

«El acontecimiento será nuestro maestro interior». Emmanuel Mounier (1905-1950)

Revista de pensamiento personalista y comunitario Órgano de expresión del Instituto E. Mounier

AÑO XXV NÚMERO 93 2009/4 www.mounier.org

EDITORIAL

Mucho más que una crisis económica

El colapso del aparato financiero del neocapitalismo en los dos últimos años sólo es comparable a la terrible crisis de los años treinta del siglo pasado. Su salvamento de la quiebra absoluta por los poderes políticos se ha logrado mediante el saqueo fiscal de una so-

ciudad cautiva, que ha tenido que pagar a la fuerza los platos rotos de la fiesta financiera.

La economía ha sido convertida en una función de las finanzas, subvirtiendo de este modo el orden de los fines y los medios. El dinero, que debía estar al servicio de la actividad eco-

nómica, se sirve de ella para reproducirse y aumentar el poder de quienes lo administran, prestan o invierten. Pero, aún peor, la sociedad ha sido convertida en un objeto manipulable, en un juguete del poder plutocrático, que le asigna el papel que en cada momento le conviene a sus

Continúa en la página siguiente

SECCIONES

01 Editorial

■ POLÍTICA Y ECONOMÍA

03 La sociedad de mercado y el pensamiento de Karl Polanyi, por Sergio Barbero Briones

■ EDUCACIÓN

05 Hacia una psicología de inspiración existencial-personalista, por Miguel Jarquín

■ PENSAMIENTO

09 José Luis Aranguren. Un cristiano en la España del siglo xx, por Carmen Herrando

13 Aborto, derecho y fuerza moral por José Ramos Salguero

■ RELIGIÓN

16 Una lectura de *Caritas in veritate*, por José Luis Loriente

■ TESTIMONIO

20 Viajar profundizando en el sentido de la vida y en el sentido de la historia, por Mireia Biosca Ordaz

22 Guatemala, Julia Kammleiter

■ TABLÓN DE ANUNCIOS

24 Inauguración del local de la Fundación E. Mounier

■ CARTAS DE LOS LECTORES

26 Rincón bibliográfico

ANÁLISIS



Crisis económica, crisis de civilización

30 PRESENTACIÓN

31 La crisis de lo económico

Peru Sasia

37 Efectos sociales de la crisis

Paco Zugasti

41 Efectos culturales del crash de 2008

Emilio Andreu

47 Juzgar la crisis. Perspectiva ética

Agustín Domingo Moratalla

53 La crisis, juicio desde la Antropología

Antonio Calvo

57 La dimensión ambiental en la crisis económica y el decrecimiento como alternativa

José Bellver y Javier Mingo

61 Crecer en humanidad

Carlos Díaz

CONSEJO DE REDACCIÓN

Director: Luis Ferreiro
Secretario: Fernando Soler
(fsoler@us.es)

Luis Capilla
Carlos Díaz
José Antonio Fernández
Teófilo González Vila
Carmen Herrando
José M. Linares Poveda
Eduardo Martínez Hermoso
Julia Pérez Ramírez

PRÓXIMOS NÚMEROS 2010

- *El saber* (94)
- *Lo Totalmente Otro* (95)
- *El cuerpo y el espíritu*
- *La libertad*

EDITA: Instituto Emmanuel Mounier
c/ Melilla, 10 - 8º D ■ 28005 Madrid
Tel./Fax: 92 473 16 97
<http://www.mounier.org>
Periodicidad: trimestral.
ISSN: 1698-5486
Depósito legal: M-3.949-1986.

DISEÑO Y PRODUCCIÓN: La Factoría de Ediciones,
SERVICIOS EDITORIALES, tel.: 92 521 32 20
Impresión: Color 2002, S.L. (Getafe)

Una mirada superficial a la crisis evidencia su carácter económico, pero más allá de la crisis económica, una mirada en profundidad delata el trasfondo de una civilización en estado crítico, que en su escala de valores ha puesto a la economía antes que la vida, al capital por encima del trabajo, y al dinero muy por encima de la persona. Tal civilización merece una revolución en profundidad que ponga esta escala sobre los pies.

Director de Acontecimiento

Boletín de suscripción por domiciliación bancaria.				FOTOCOPIE Y ENVÍE ESTE FORMULARIO			
Para enviar al Instituto E. Mounier (Melilla, 10 - 8º D / 28005 Madrid)							
Nombre _____							
Apellidos _____							
Domicilio _____							
Población _____ Provincia _____ C.P. _____							
Correo electrónico _____							
Banco o Caja _____							
Domicilio del Banco o Caja C.P. _____							
Código Cuenta Cliente (CCC) <i>(escriba todos los números)</i>							
Entidad	Agencia	D.C.	Número de cuenta				
Importe: _____ € , que corresponden a <i>(marque lo que corresponda):</i>							
☐ Suscripción a la revista Acontecimiento (4 números, 16,00 €)							
☐ Cuota de socio del Instituto Emmanuel Mounier (desde 35,00 €/año) <i>(la cuota incluye la suscripción a Acontecimiento).</i>							

La sociedad de mercado y el pensamiento de Karl Polanyi

Sergio Barbero Briones

sergio.barbero@io.cfmac.csic.es

Una economía de mercado sólo puede existir en una sociedad de mercado.¹

Economía y sociedad van indisolublemente unidas; nos recuerda Karl Polanyi, uno de los más lúcidos y originales economistas del siglo xx. El fin de la economía —y aquí Polanyi retoma ideas aristotélicas— debe ser lograr el sustento de la sociedad, garantizando las necesidades básicas del ser humano; y por ende, una economía que olvida este fin es una economía desvirtuada. Hoy en día la economía dominante a escala planetaria, la economía de libre mercado, dista mucho de garantizar el sustento de las sociedades. Esto es razón suficiente para rechazar la economía de mercado —no hace falta recordar las escandalosas estadísticas del hambre—, pero es que además ésta ejerce un nefasto efecto de transformación social. El sistema de mercado empobrece los esquemas de comportamiento social ya que reduce a dos las motivaciones económicas: «el miedo al hambre y el deseo de ganancia»². Esta bipolaridad conductual de la sociedad de mercado era también resaltada por Emmanuel Mounier: «el mal más pernicioso del régimen capitalista y burgués no es hacer morir a los hombres, sino el aplastar en la mayoría de ellos, sea por la miseria, sea por el ideal pequeño-burgués, la posibilidad y hasta el gusto incluso de ser personas»³. El oprimido —a través del miedo— y el opresor —a través de la avaricia— acaban deshumanizándose.



Polanyi dedicó buena parte de su vida a dismantlar el mito liberal que sostiene que la búsqueda de ganancia ha sido la principal motivación económica a lo largo de la historia. Desde la antropología, describe con detalle —recordándonos a Piotr Kropotkin— cómo han sido otros los mecanismos económicos predominantes de signo comunitarista, en concreto los principios de reciprocidad y redistribución. En cambio, en una sociedad de mercado: «la creación de bienes no necesita ni de actitudes de reciprocidad o ayuda mutua, ni de las preocupaciones de mantenimiento del hogar, ni del orgullo del artesano en el ejercicio de su comercio; ni de la satisfacción de los elogios públicos —nada excepto la simple motivación de ganancia, tan familiar para aquellos cuyo oficio es la compra-venta».

Se repite hasta la saciedad —incluso la FAO— que el problema del hambre en el mundo es un problema no tanto de producción de alimentos sino de su distribución. Pero aquí se suele acabar el discurso, omitiéndose que esto

no es corregible en una economía de libre mercado ya que el principio de redistribución está intrínsecamente subordinado al principio de intercambio sujeto a ganancia. Polanyi nos recuerda que el hambre sufrida de manera individual —en tiempos como los actuales con excedente de producción— era un fenómeno extremadamente inusual en sociedades previas a la sociedad de mercado, donde sólidos lazos conviviales impedían semejantes situaciones.

Polanyi supo diseccionar el devenir histórico que culminó con la instauración de la economía de libre mercado, un proceso único en la historia de la humanidad, ya que nunca antes la sociedad había perdido el control del hacer económico. Aunque iniciado siglos atrás en Inglaterra, el proceso se afianzó y radicalizó en el siglo xix mediante la mercantilización exhaustiva de la tierra, el trabajo y el dinero.

Una economía de mercado debe abarcar todos los componentes de la industria, incluyendo trabajo, tie-

1. Polanyi, Karl. *The great transformation: the political and economic origins of our time*, Beacon Press, Boston, 2001.

2. Polanyi, Karl. *El sustento del hombre*, Mondadori, Barcelona, 1994.

3. Mounier, Emmanuel. *El compromiso de la acción*, ZYX, Madrid, 1967.

rra y dinero. Pero el trabajo y la tierra no es otra cosa que los propios seres humanos que forman la sociedad y el medio natural en el cual existe. Por lo tanto incluirlos (trabajo y tierra) en los mecanismos de mercado significa subordinar la propia esencia de la sociedad a las leyes del mercado».

Hoy en día esta triple mercantilización alcanza cotas máximas: el trabajo asalariado, regularizado o no, esclaviza a la mayoría de las personas; el uso mercantilista de la tierra⁴ como generadora de plusvalía es el fundamento de muchas economías (como la española); y el dinero puesto en juego en el mercado financiero representa la mayor parte del dinero total circulante.

Un siglo después, el movimiento de mercantilización continúa, el hambre por convertir nuevas parcelas de la vida humana en mercancía parece inagotable. Una de ellas es la cultura. Desde las instituciones del poder se predica que la sociedad del futuro es la sociedad del conocimiento, pero no para retomar la utopía ilustrada de construir una sociedad de sabios, sino por el mero convencimiento de que el mecanismo de generación de plusvalor está hoy más en el control de la información que de la producción. Como José Manuel Naredo nos advierte, la fase actual del ca-

pitalismo se ha especializado en generar plusvalía a través de la adquisición más que mediante la producción de riqueza. Se produce propiedad, de manera institucional, asignándole un valor suficiente para generar plusvalía: «por decirlo contundentemente, no estamos sino ante un método de producción artificial de propiedad mediante una norma jurídica»⁵. Y no sólo el conocimiento: hoy en día se mercantilizan cosas tan increíbles como el derecho de contaminar véase el mercado de emisiones de CO₂.

Y todo esto ocurre tanto en el ámbito de la empresa privada como en la estatal. Un error es pues presentar la lucha política como la dicotomía propiedad estatal versus propiedad privada. Un Estado bien puede comportarse y de hecho se comportan como las peores multinacionales, basando su acción política en la más dura competencia económica respecto de otros Estados o empresas multinacionales.

Polanyi resaltó que el triunfo de la economía de mercado no fue fruto de una evolución determinista de la historia —en clara oposición de la visión decimonónica—, sino muy al contrario, sólo fue posible gracias a un control consciente de las instituciones políticas centrales: primero el Estado liberal y luego el Estado burgués. Mediante leyes muy concretas fue el poder

político el que creó —y sigue creando— el laberinto en el que hoy en día estamos encerrados: una sociedad atrapada en las necesidades desvirtuadas de una economía.

Polanyi estaba convencido —sus ideas fundamentales cristalizaron en tiempos del crack del 29— de que la hegemonía de la economía de libre mercado era una fase excepcional en la historia, sin probabilidades de éxito; y su supervivencia una utopía de la ideología liberal —o mejor dicho distopía, por conducir a la propia autodestrucción de la sociedad. Una de la tesis de su obra más importante, *La Gran Transformación*, es que no sólo la sociedad de mercado es intrínsecamente perjudicial, sino que además, cuando la economía de mercado colapsa, puede llevar a reacciones sociológicas brutales, como ocurrió con el triunfo del fascismo durante el crack económico de los años treinta.

Sin embargo, la historia sigue sorprendiendo: la sociedad de mercado ha pervivido más de un siglo y no sólo eso, sino que se ha extendido a niveles que el propio Polanyi no hubiese podido imaginar; ¿Cuánto más le queda por existir? Depende de nosotros, si planteamos una acción política bien definida. Un primer paso sería desvincular del mercado las que Polanyi llamaba mercancías ficticias: trabajo, tierra y dinero.

4. No toda la tierra está sujeta a propiedad privada mercantilizada. Por ejemplo, según estimaciones de Félix Rodrigo Mora, en España existen aún en torno a 4 millones de hectáreas de terreno comunal. Estos terrenos gestionados por las gentes del campo de manera autogestionada durante siglos son algunos de los ecosistemas mejor conservados de la Península. Los amantes del senderismo pueden comprobar como, sin ir más lejos a pocos kilómetros de la megalópolis madrileña existen preciosos lugares como las dehesas boyales de Moncalvillo o Somosierra.

5. Sádaba, Igor. *Propiedad intelectual: ¿Bienes públicos o mercancías privadas?* Los libros de la Catarata, Madrid 2008.

Hacia una psicología de inspiración existencial-personalista

Miguel Jarquín

Psicólogo. Guadalajara (México)

Bien decían nuestros abuelos: «mientras más viejo se hace uno, más pronto se pasa el tiempo». ¡Qué afirmación tan cierta! Al avanzar la edad, todo pasado parece presente. El día de ayer recibí el número 88 de *Acontecimiento* gracias a un regalo de una amiga, la Dra. Patricia Casimiro, quien escribe un artículo en esta revista y por lo cual la felicito y me alegro. Al avanzar en la lectura, saltó una fecha: 2005, ocasión en la que el IEM decidió realizar una gran reunión en Madrid para celebrar el nacimiento del fundador del personalismo: Emmanuel Mounier, quien llegara al mundo en 1905. En aquella tertulia, una noche, nos congregamos quienes nos dedicamos al campo de la psicología y hemos sido tocados por las «filosofías de inspiración personalista». En medio de la noche y la charla, decidimos seguir adelante y escribirnos, además de anotar los logros y las aportaciones que vamos realizando en nuestro trabajo como psicólogos a la luz del enfoque existencial-personalista. La pena es que a la fecha no nos hemos comunicado. Ahora lo hago y vuelvo a lanzar el llamado.

Al día siguiente hice una presentación gracias a un espacio que me facilitó Luis Narvarte ante la ausencia de uno de los expositores. Ahí hice una invitación y presenté una panorámica. **La invitación:** antes de lanzarla hice un recordatorio: «todos los aquí presentes sabemos que Emmanuel Mounier pidió que el personalismo no se convirtiera en un sistema». Ahora sí: «sin embargo, ya es tiempo de que el personalismo deje de ser solamente una inspiración en el mundo de la psicología y se sistematice generando un movimiento con coherencia y significación que impacte el trabajo psicológico en general y el clínico en particular.

La panorámica: dejé ver que en la tradición personalista, cuyas raíces se extienden enormemente como lo mostraron Emmanuel Mounier y Carlos Díaz, hay un traspaso ante la propuesta filosófica y es de corte psicológico. Baste recordar el *Tratado del alma*, la obra dedicada al *Maestro* y los trabajos sobre el amor en Agustín de Hipona, los *Pensamientos* de Pascal. En fin: hay que saltar a Kierkegaard y su concepto del yo como relación. Indiscutiblemente Marcel y su propuesta sobre *el aprendizaje del tú*, hermosa expresión que más tarde recoge Mounier. En Teilhard de Chardin su *Esbozo sobre un universo personal*, título que impactó los trabajos del propio Mounier. El concepto mismo de *acontecimiento* inspirado, sin lugar a dudas, en Paul-Louis Landsberg, quien a su vez viene de lo más rico de la tradición fenomenológica de cuño husserliano y, por supuesto, la axiología de Scheler. En el sendero hebreo está Franz Rosenzweig y Martin Buber, para quienes la protorrelación *yo-tú* juega un papel nodal en la configuración de la persona y los eventos de presentificación. De la propia generación de Mounier surgen los trabajos de Paul Fraisse y de la siguiente generación la hermosa obra sobre *El alma romántica y el sueño y Creación y destino* de Albert Béguin, los trabajos sobre la tragedia de Jean-Marie Domenach y las extraordinarias investigaciones de Jean Lacroix que culminan con su concepción sobre el *Fracaso*. No puedo olvidar los estudios excelentes de la hermenéutica que Ricoeur realizó sobre el psicoanálisis de Freud. El terreno es pródigo, la semilla es fecunda y es tiempo de cultivar para sistematizar en la mente lo que el amor ha ordenado en el corazón. Es tiempo de plantear que no es la mente la que se enferma, sino el corazón. No es la inteligencia la que se arruga, sino el corazón el que se repliega. Al finalizar, muchos aplausos y abrazos con la promesa de seguir ade-

lante. Un rostro singular apareció para mí: Xosé Manuel Domínguez. En el camino del amor y el perdón, nos abrazamos y lloramos. Ahí decidimos seguir juntos.

1. Una tentación

Es curioso lo que pasa en la vida: en mi escuela de filosofía me insistían mucho en que cada ciencia tenía sus límites propios y que eran «claros y distintos», según la expresión inmortal de Descartes. Nunca los pude ver así de precisos como mis profesores querían. La tarde que presenté mi examen de grado en la licenciatura en filosofía, una persona que fungía como sinodal, y por quien guardo un gran recuerdo y siento un gran respeto, afirmó que le gustaba mucho mi trabajo pero que no sabía si era una tesis de literatura, de historia, de psicología o de filosofía... Hasta la fecha sigo igual.

Sin embargo, a pesar de esta falta de precisión en las ciencias o en los saberes, me encuentro con que parece que éste es un fenómeno que acompaña a muchas personas y muchas obras y quiero seguir algunos de esos testimonios. Este recorrido que emprendemos no busca ser un tratado de historia de la psicología, sino una vista a vuelo de pájaro de la afirmación que iré proponiendo.

1.1. Los clásicos

Cuando empecé a leer a los escritores de corte existencial como las novelas y las obras de teatro de Sartre, las novelas de Camus y las de Simone de Beauvoir, así como el teatro de Marcel, me encontré que eran descripciones psicológicas extraordinarias de los personajes. Sus relatos reconstruían en sus personajes historias, que eran al mismo tiempo *historias de la enfermedad* y, en algunos casos, *historias de la locura*, así como de la bondad, la pie-

dad, el cuidado, como me pasó con las narraciones de Dostoievski. Este estilo, justamente, es lo que pide y sigue la tarea del *análisis existencial*.

Los personajes de esa literatura eran tan ejemplares del tipo de hombre que va forjando cada época en la historia de la humanidad como lo son los casos clínicos que han inmortalizado a los grandes autores como el «caso Juanito» en la clínica de Freud, el «caso Ana» en el análisis junguiano, la descripción del «círculo vicioso de un complejo de inferioridad neurótico» en *La educación de los niños* en la obra de Adler, las confidencias de «Renée» a M. A. Sechehayé que dieron paso a la creación del *Diario de una esquizofrénica*, el caso de «Ellen West» en el análisis existencial de Ludwig Binswanger...

La literatura fue mi maestra para ingresar al mundo de la biografía como camino hacia la interioridad y para poder constatar la lucha del hombre por alcanzar la conquista de su persona. Nunca más volví a ver a la literatura como la danza de las letras, sino como un camino de interiorización que permite a los hombres reconocerse en el tiempo a través de su palabra. De esta manera, la literatura se volvió mi maestra en la psicología clínica.

1.2. Los programas editoriales

Mi amistad con algunas personas ligadas al mundo editorial, me descubrieron obras que, originalmente parecían que pertenecían al área de la filosofía, la filología, etc., sin embargo, tenían un fuerte trabajo psicológico.

Así me encontré con la obra de Max Scheler a quien conocí como filósofo. Ahora, a partir de una obra publicada por Caparrós: *El resentimiento en la moral*, pude plantearme el tema de la envidia desde otra perspectiva y me sirvió para aproximarme fenomenológicamente a la enferme-

dad de la «gota» ácido úrico en la sangre, así como otras de corte degenerativo ligadas a los huesos y las articulaciones como la «arterioesclerosis», y, por supuesto, me permitió ver a Nietzsche desde otra perspectiva, independientemente de que hubiera fallado el disparo en algunos aspectos de su crítica al cristianismo, propició que viera a la envidia y al resentimiento con otra cara. Además, me permitió entender en qué sentido la *psicoterapia gestalt* de Fritz Perls, es existencial: sólo a partir de la re-lectura de Nietzsche. El programa terapéutico de Perls es una respuesta a la desolación que Nietzsche plantea ante el abandono del hombre por vivir una «moral de esclavos»; todo su trabajo sobre los introyectos no es más que ese itinerario del hombre «que rompe las tablas».

Una vez más la sorpresa apareció al quedar frente a la colección de escritos que reunió Xosé Manuel Domínguez de Martin Buber para publicar en la Colección Persona con el título de *Sanación y encuentro*. El ensayo *Culpa y sentimiento de culpa* colaboró para que profundizara, por un lado en el concepto de la *culpa existencial* para distinguirla como se hace en *psicoterapia existencial* de la *culpa neurótica* o bien de la *culpa patológica*, siguiendo a May, Bugental, Yalom y otros. No sólo era traer este tema al campo de la psicología de donde fue desterrado, sino dar pistas para su abordaje. Aunque en su propuesta, Buber equivoque el tiro al pensar que el psicólogo no puede hacer nada, en una parte del abordaje, pierde de vista la posibilidad del trabajo terapéutico, ya que él no se dedica a este quehacer, ni conoció las nuevas propuestas. De cualquier manera esta obra permeó cantidad de posibilidades para la visión psicológica y en especial la clínica. En esta misma obra se publica la entrevista que planeó Maurice

Friedman invitando a Carl Rogers a platicar con Martin Buber y pude constatar el itinerario que Rogers siguió en la perspectiva fenomenológico-existencial para llegar a su propuesta: otra vez una respuesta a un pensador: Sören Kierkegaard y su pregunta: «cómo se convierte un hombre en persona». Un poco más de cien años después le contesta Rogers con *El proceso de convertirse en persona*. Sin más: diálogo ente psicólogos y filósofos.

1.3. Mis amigos

Más sorpresas me aguardaban en el camino. Hace más de quince años conocí a un hombre con quien hemos forjado una amistad que bordea la frontera de la hermandad: Carlos Díaz. Un filósofo de cepa. Es un hombre que cree en el trabajo como servicio *diaconía* al otro, y es incansable; apuesta a la labor de escribir como siembra constante, y es inalcanzable; se esfuerza por fomentar la fortaleza del pensamiento, y es indomable. Su obra es, aunque él me diga que no, autobiográfica: es la narración del hombre herido en su corazón ante la injusticia, el abuso y la mediocridad del mundo de hoy. Es un hombre a quien le duele la *juventud sin maestros*. Es un hombre cuyo dolor es el dolor de los demás. Y su prisa, la de responder prontamente a ese dolor. Por eso concibe a *la persona como don*. Y en la vida cotidiana, es un filósofo que funge de psicoterapeuta. Su obra, indiscutiblemente filosófica, tiene un desliz caracterizable: se ladea hacia la psicología. Prueba de ello son obras como *Sanando el alma*, *Dolet, ergo sum*. Para una *reconciliación con el dolor*, que para muestra, basta.

Gracias a Carlos tuve un encuentro con otro hombre que es fundamental en mi vida: Xosé Manuel Domínguez. Mi amistad con él es más joven. De nuevo el fenómeno: un filósofo pro-

fundo e innovador y al mismo tiempo además de ser un militante a carta cabal, un enamorado de la psicología. Su obra de pensamiento también camina por este sendero: su obra sobre *Frankl* tanto en la colección Sinergia, como en la colección Persona, su trabajo de traducción sobre Buber, McMurray y sus artículos en *Prometeo*, y recientemente un extraordinario abono al trabajo terapéutico: *De todo corazón*, además de otras obras, su trabajo como docente, su colaboración en el *Proyecto hombre*, que es un servicio para personas en situación de adicción y participante en los movimientos en favor de los matrimonios.

Dos amigos más viejos ya me habían presagiado esta relación amistosa entre la psicología y la filosofía, en este caso, la fenomenología. Me refiero a la Dra. Anna-Teresa Tymieniecka, quien dirige el *Instituto Mundial de Altos Estudios en Fenomenología*, y que, justamente a una invitación suya para la XXXII *Internacional Phenomenology Conference* en Praga, Checoslovaquia, pude más tarde ponerme en contacto con Carlos Díaz, y antes, en el Congreso de Fenomenología que me tocó organizar en Guadalajara, confirmar la relación con mi otro buen amigo: el Dr. Antonio Ziri6n, quien impulsa fuertemente el *C6rculo Latinoamericano de Fenomenología*. Hay otro fenomen6logo, amigo respetuoso y querido, quien camin6 de este movimiento hacia el personalismo, conocedor y experto en la psicología fenomenol6gica: el Dr. Juan Mar6a Parent.

En resumen: parece ser que los fil6sofos son m6s psic6logos y terapeutas de lo que ellos mismos consideran y los psic6logos y terapeutas, son buscadores de una verdad profunda en el hombre y en la vida, que sin m6s, han de merodear alrededor de la filosof6a. Es tiempo de que la filosof6a de la persona acoja en su seno, de manera or-

denada y disciplina a los hijos que vienen del mundo de la psicología para una nueva lectura de la realidad. Es el momento para que el enfoque existencial-personalista se vuelva una matriz fecunda en donde se acune una nueva visi6n de la psicología.

2. Una precisi6n

Carlos D6az y Xos6 Manuel Dom6nguez, creo, sin haber realizado un estudio concienzudo y profundo de su obra y sus propuestas, adem6s de que no conozco su obra completa, se orientan hacia lo que podemos llamar *facilitaci6n* o bien, *acompa6amiento*.

2.1. La facilitaci6n

6ste es un concepto que descende del Enfoque Centrado en la Persona (ECP) y traduce una propuesta que inicia Carl Rogers: propiciar un clima psicol6gico de seguridad. Esta idea result6 nodal en su pensamiento y su t6cnica, ya que antes de abordar al paciente en su enfermedad o disfunci6n y, antes de plantear el modelo terap6utico de intervenci6n o la estrategia de abordaje, Rogers piensa que es fundamental *crear un clima*. Esta idea nos remonta a la *teor6a del campo* que la psicología gestalt desarroll6: para que una figura emerja del fondo, se necesita un *medio* adecuado que la propicie. Si el medio o conductor no es el adecuado, la energ6a que surja no se mover6, ya que no encuentra el medio apropiado para su propagaci6n. Rogers considera que algo semejante sucede en el *proceso* terap6utico: se requiere un *clima* adecuado para que la persona se atreva a explorarse y exponerse ante los dem6s. Para lograr este clima, considera que se necesitan ciertas condiciones b6sicas o necesarias. Entre ellas menciona: la empat6a, la aceptaci6n incondicional y la coherencia. Algunos rogersianos, al ver este

trabajo estupendo que prepara el espacio para la exploraci6n terap6utica, decidieron llamar al creador de este clima *facilitador*, ya que su tarea es *facilitar* la generaci6n de este espacio. En el 2006, tuve la oportunidad de trabajar en pareja con Xos6 Manuel Dom6nguez en la Ciudad de M6xico a invitaci6n de Smael en su congreso anual de logoterapia. Adem6s de que me result6 una experiencia inolvidable, pude constatar la capacidad de mi compa6ero para la generaci6n de este clima. Muchos de los asistentes a aquel evento, a6n lo recuerdan: calidez y profundidad al mismo tiempo.

2.2. El acompa6amiento

El camino no se detuvo ah6. Con el paso del tiempo se descubri6 que hay quehaceres en los que el facilitador *no hace nada*, s6lo *est6 ah6*. ¿En qu6 consist6a esta labor? El concepto de *presencia* que es la focalizaci6n de la persona «dirigida al mundo» en una brillante expresi6n de Mounier, me hizo comprender esta labor: *estar ah6* con esa persona en total presencia. Por ejemplo cuando se acompa6a a una persona a *vivir su muerte*. En un seminario de formaci6n en psicoterapia existencial en el programa de doctorado de Integro, en *La Primavera*, un lugar cercano a Guadalajara, Carlos D6az trabaj6 con un grupo y platic6 con una persona quien creo yo, se encontraba terriblemente atrapada en su vida. Su pl6tica con Carlos y la capacidad de 6ste para escucharlo, result6 inmensamente liberador para 6l. Esa noche se despidi6 aquel hombre de sus compa6eros y sus maestros. Nadie pens6 que su despedida era final, en la madrugada falleci6. Carlos s6lo estuvo *totalmente con 6l*. Aprender a acompa6ar es aprender a estar con el otro de un modo que podemos describir como: *aqu6 y ahora, as6 contigo*. 6sta es la presencia.

2.3. La clínica

A esa estupenda labor, le hace falta abordar el trabajo estrictamente clínico. Sé que hoy hay un ataque muy fuerte a la enfermedad como si fuera un estigma. He de reconocer que el modelo médico de orientación positivista ha hecho estragos en la concepción de la enfermedad y en el trato al paciente, tanto que Rogers y otros prefieren usar el término de *cliente* porque es el usuario de un servicio. La psicología fue seducida por este modelo positivista y desprestigió tanto el concepto de la locura como el del paciente. Considero que ésta es una de las tareas claves del enfoque existencial-personalista: recuperar el valor de la enfermedad, de la locura y del paciente, sin caer ni en la prepotencia ni en el negacionismo.

2.4. La caracterología

Una tarde en el otoño de 2002, Carlos y yo, en su estudio, pegamos un grito de emoción al coincidir en una apreciación, los dos mirábamos el canto de una obra intitulada *La estructura de la personalidad*, escrita por Philipp Lersch por primera vez en 1938: «verdad que es el mejor tratado sobre la personalidad!». Nuestras miradas se aliaron en un gesto de complicidad y nuestras cabezas asintieron al mismo ritmo. Esta es una obra monumental que quienes estamos dentro del personalismo hemos de promover para ser estudiada y releída, hoy más que nunca, ya que imperan las obras fáciles de inventarios que reducen a unas cuantas características al ser-personal. Teorías de la personalidad orientadas desde la funcionalidad. Esta obra es hermana de otro de los grandes tratados que dio a luz el siglo veinte: el *Tratado del Carácter* que escribiera Emmanuel Mounier iniciándolo en la cárcel en el año de 1943. En el pórtico de la obra, Mounier señala el itinerario:

rio: «...hemos entrado en una de esas crisis periódicas del hombre en que éste busca en medio de la angustia retener los rasgos de un rostro que se deshace o reconocer la figura del hombre en el nuevo rostro que le viene. Le es necesario entonces elegir vigorosamente, en la confusión de todos los valores, lo que es el hombre, y hombre de su tiempo, después quererlo osadamente, aliando imaginación y fidelidad. Nosotros hemos elegido. En nuestra investigación no hemos querido solamente tratar del hombre, sino combatir por el hombre». De aquí se desprende la gran faena: asaltar las escuelas de psicología y educación para invitar a sus estudiantes a encajarle el diente a estas dos maravillosas obras, y ambas, de corte personalista.

3. El proyecto

Quiero proponer algunas pistas por donde creo que podemos transitar si nos atrevemos a consolidar, de verdad, una psicología de inspiración existencial-personalista con una orientación fundante en lo comunitario:

1. Precisar una definición del quehacer de la psicología desde el enfoque existencial-personalista.
2. Afinar las áreas de influencia de la psicología y cómo se definiría su quehacer desde el enfoque existencial-personalista.
3. Estudiar a fondo las aportaciones de la fenomenología y en especial de la fenomenología psiquiátrica, como descripción de la persona y de la persona en su vida de locura.
4. Confrontar la teoría de la enfermedad mental como enfermedad del corazón, qué sentido tiene esta propuesta y qué se desprende de ella.
5. Iniciar un aprendizaje para aprender a leer la vida de la enfermedad como historia de la persona-que-se-enferma.

6. Diseñar un modelo de intervención terapéutica que se centre en los *ejercicios de personalización* y no en técnicas de manipulación, control o dominio.
7. Mostrar que el avance *individual* no garantiza el avance comunitario.
8. Mostrar que las habilidades individuales no garantizan el desarrollo de las habilidades comunitarias.
9. Diseñar una intervención comunitaria, centrada en la comunidad y no en las necesidades de los sujetos de intervención, que se ven haciendo el bien desde su visión, y no fomentando la labor interna de compromiso comunitario.
10. Implementar un modelo de supervisión desde el enfoque existencial-personalista.

4. Despedida

Antes que nada, éste es un escrito de reconocimiento a mis amigos y a las instituciones que han permitido que difunda este movimiento al servicio de la persona-comunitaria. Ahora que me veo próximo a los sesenta años, observo que mi camino está plagado de amigos y que sin ellos jamás habría podido avanzar en esta propuesta.

Hay cuatro personas que han sido testigos de este caminar y en muchas ocasiones les ha tocado pagar los platos rotos de mis locuras y mis desatinos. Espero que también lleven en su corazón el amor de este hombre que no sería quien es, sin su presencia en mi vida. Su presencia ha hecho resplandecer el rostro de la persona que asciende en su conquista. A ellas, mi amor y mi gratitud: Lupita, mi esposa, y mis tres hijos: Yael, Naieli y Yoltic. Benditos sean, porque *su amor ha hecho maravillas en mí*.

José Luis Aranguren.

Un cristiano en la España del siglo xx

Homenaje a Aranguren en el centenario de su nacimiento

Carmen Herrando

Miembro del Instituto E. Mounier, Zaragoza

José Luis López Aranguren nace en 1909 y muere en 1996. Su vida abarca, pues, casi todo el siglo xx. Vive en una Iglesia que queda enmarcada entre dos importantes acontecimientos: el Concilio Vaticano I y el Concilio Vaticano II. El Concilio Vaticano I tuvo lugar en 1870 y en él se re-definió la doctrina católica, al tiempo que se proclamaba el dogma de la infalibilidad del papa; esto significaba cierta continuidad con el paradigma de demarcación de la fe, propio del Concilio de Trento. El Concilio Vaticano II, sin embargo, vendría a dar un aire nuevo a la Iglesia, casi un siglo después, representando un verdadero intento de puesta al día, de una nueva inserción de la Iglesia en la sociedad y en el mundo. Entre concilio y concilio, la Iglesia española vive momentos difíciles a lo largo del siglo xx: en el primer tercio del siglo, las luchas entre católicos tradicionales e integristas; en los años treinta, el drama —también drama religioso— de la guerra civil; vino después el *nacional-catolicismo* (lo católico y lo español se tornan equivalentes) de la dictadura de Franco; la década de los sesenta la protagonizan el Concilio Vaticano II y la oposición de muchos españoles a un catolicismo politizado e intervenido por el poder, catolicismo político que Aranguren combate desde la que él llamaba su «acción católica con minúsculas». A finales de los setenta, comenzaba el pontificado de Juan Pablo II, de 27 años de duración, en el que la Iglesia se fue distanciando, al menos en las formas, de aquel primer espíritu del Concilio, un riesgo con el que, por aquel entonces, ya contaba José Luis Aranguren.

En medio de esta realidad, José Luis Aranguren vivió también su propio itinerario religioso y humano. Nació en

Ávila, en el seno de una familia católica tradicional, y con sólo cuatro años de edad perdió a su madre. A los nueve años ingresaba en el colegio de los jesuitas de Chamartín, en Madrid, en régimen de internado. Allí viviría la religiosidad del momento: vida de piedad, con ejercicios espirituales una vez al año, y también esa dimensión de encuentro personal con uno mismo, que no podía evitarse cuando uno se educaba con los jesuitas. Aranguren guardó buen recuerdo del colegio, y se puede afirmar, sin miedo a errar, que quedó marcado de por vida por su educación en la Compañía de Jesús. Tuvo, por lo demás, muy buenos amigos jesuitas, y durante toda su vida estaría en relación con la Compañía, por un motivo u otro.

A la etapa del colegio siguió la de los estudios superiores en la Universidad. Primero estudió Derecho y luego Fi-

losofía. La facultad de Filosofía le fascinó, pues en ella encontraría maestros como Ortega, Zubiri, García Morente o Gaos; pero la timidez le impidió acercarse a ellos de manera personal. Terminaba la carrera de Filosofía a comienzos del verano de 1936.

La guerra civil sorprendió a Aranguren y a su familia de camino hacia San Sebastián. Pese a lo fácil que le habría resultado irse a Francia, Aranguren decidió quedarse en España. Sirvió en el frente como conductor de ambulancia, pero pronto cayó enfermo, y los años de la guerra fueron para él tiempo de recogimiento y de refugio en el matrimonio, pues se casó en febrero de 1938 con María del Pilar Quiñones. En este tiempo de recogimiento (en sus *Memorias* se refiere a los «ejercicios espirituales de la guerra»), su personal realidad espiritual



fue un tanto particular. Él mismo dice que hizo un «uso religioso del tiempo», pues leyó y escribió mucho, aunque la mayor parte de aquellos escritos los destruiría. Llegó a sentirse verdaderamente marginado en aquella soledad que discurría entre la realidad trágica de España y la de su propio ensimismamiento. Sin embargo, en aquel retiro vislumbraría algo de la que habría de ser su propia vocación intelectual, aunque se desencantó enseguida, y empezó a persuadirse de que nunca haría nada de provecho en el plano intelectual. No obstante, estos años de lecturas, meditación y oración fueron fundamentales en la vida de Aranguren. Leyó a San Juan de la Cruz, a Eugenio d'Ors, a Kierkegaard, a Unamuno, a Guardini, a Rilke, a Chesterton, a Rudolf Otto, a Max Scheler. Y el misal y *La Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis, estaban en el centro de su vida de piedad. Algo quedó, sin embargo, en sus adentros, de aquel primer barrunto de su vocación intelectual, porque en la primavera de 1942 decidió participar en un concurso literario que había convocado la Junta Nacional para el IV Centenario de San Juan de la Cruz. Aranguren elaboró un trabajo sobre el santo, que consistía, según cuenta en sus *Memorias*, en una interpretación con acento existencial. Pero tres años después el concurso se declaró desierto, y el fruto de este trabajo no saldría a la luz hasta 1965, como Introducción a las Obras de San Juan de la Cruz que publicó la editorial Vergara, de Barcelona. Este trabajo sería su primer libro.

Pero nuestro autor recibió otro premio, esta vez por un ensayo sobre el pensamiento de Eugenio d'Ors. Se trataba de uno de los temas propuestos por la Junta Restauradora del Misterio de Elche, en marzo de 1944, para otro concurso literario. Y cuenta Aran-

guren que el premio más grande fueron los elogios que D'Ors dedicó a su trabajo, pues no tardaría en dar cuenta de él en sus *glosas*, refiriéndose al «nombre nuevo para mí de José Luis López Aranguren, del cual pronto a su vez se honrará la filosofía española».

Aranguren empezó a frecuentar las tertulias semanales que tenían lugar en casa de Eugenio d'Ors, y allí conoció, entre otros personajes de la intelectualidad del momento, a Luis Felipe Vivanco, quien le pondría en relación con los miembros de la revista *Escorial*: Dionisio Ridruejo, Luis Rosales, Leopoldo Panero, Antonio Tovar, Pedro Laín, José María Valverde y el propio Vivanco. Estos poetas y escritores se convertirían en el grupo de amistad de Aranguren, quien pronto destacaría entre ellos como crítico literario. La publicación del trabajo de sistematización de la filosofía de Eugenio d'Ors, primero en *Escorial* y luego como libro —*La filosofía de Eugenio d'Ors*—, fue el acontecimiento que lanzó a Aranguren a la vida pública.

Pero esta vinculación amistosa y literaria con *Escorial* no arrinconó en Aranguren la tendencia al aislamiento y a la reflexión. Sería precisamente en aquel momento de felicitaciones por el trabajo sobre la filosofía orsiana cuando en los adentros de nuestro autor comenzaría a fraguarse una polaridad que habría de marcarle en años sucesivos. Los trabajos sobre San Juan de la Cruz y Eugenio d'Ors vienen a representar estos dos polos. Si d'Ors representa una religiosidad cultural, figurativa y liturgista, San Juan representa la mirada al interior, el arraigo de la religiosidad en la vida, la religiosidad existencial, en suma. Y es en *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia* donde queda patente esta polaridad en el pensamiento religioso de Aranguren, como tensión entre lo católico-cultural y lo cristiano-existencial. En el Pró-

logo que escribe en 1980 para la nueva edición de *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, Aranguren se refiere a la transición que se da en la obra entre un término de origen (*a quo*) y otro de llegada (*ad quem*). El punto de partida es «un catolicismo orsiano-guardiniano, clásico o clasicista, cultural-cultural, benedictinista de Maria Laach», representado por *La filosofía de Eugenio d'Ors*; el de llegada no es sino un cristianismo existencial. Y deja entrever cierto alejamiento de Eugenio d'Ors, porque considera que el catolicismo cultural al que tiende el pensamiento orsiano llega a olvidar la entraña cristiana del catolicismo. *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia* aparece en 1952, pero su autor venía proyectando este trabajo desde finales de 1944.

Pero, ¿por qué el catolicismo y el protestantismo? Probablemente, por lo que uno y otro juegan en la polaridad expresada. El primer atractivo que Aranguren siente hacia la «filosofía católica» orsiana quedaba empañado por el catolicismo que se vivía entonces en España, cada vez más politizado y sociológico. Por otra parte, el existencialismo cobraba fuerza en la filosofía europea, al tiempo que remitía a los planteamientos intimistas de la religiosidad protestante, en el extremo opuesto al de un catolicismo cultural. Aranguren llegó a encontrarse en una encrucijada. Y en su búsqueda de una autenticación del catolicismo español comprendió que el elemento cristiano del catolicismo es lo más auténtico de éste, mientras que aquel catolicismo vigente en España, combativo e identificado con el poder, había perdido buena parte de su esencia cristiana. No cabe duda de que los días de intimismo, oración, lecturas y meditaciones de la guerra y la inmediata posguerra marcaron definitivamente a José Luis Aranguren.

De *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia* se desprende, pues, un catolicismo existencial que viene a ser la síntesis entre los citados polos y pone el acento en un cristianismo bien radicado en la vida, en la circunstancia y en la búsqueda personales. Esta obra representó también cierta *heterodoxia* de un Aranguren que más tarde se vería a sí mismo como católico-cristiano heterodoxo. Hablar de protestantismo en la España de los años cincuenta era como *mentar al demonio*, y nuestro autor cometió tal osadía. Sólo Miguel de Unamuno había intentado en su día algo parecido, pero con un enfoque bien distinto.

En 1955, la vida de José Luis Aranguren cambió radicalmente de rumbo. Emprendió su etapa de catedrático de Ética y Sociología en la Universidad de Madrid. En 1958 publicaba su obra más conocida: *Ética*, donde presenta su tesis de la apertura de la ética a la religión. Aranguren no sólo afirma que la ética se abre a la religión cuando se enfrenta a los límites de la vida (situaciones de enfermedad y de muerte, el sentido de la vida, el más allá), sino que en su visión del hombre como realidad constitutivamente moral encuentra una conexión con el misterio que envuelve a la persona. En *Ética* es esencial la presencia de la filosofía de Zubiri. «Si he tenido un maestro en filosofía, ese maestro fue Zubiri», decía Aranguren a principios de los noventa. Nuestro autor presenta dos aspectos fundamentales de la moral: la «moral como estructura» y la «moral como contenido». También se refiere a la «moral como actitud», pero en esto insistirá más en obras posteriores como *Propuestas morales* o *Moral de la vida cotidiana, personal y religiosa*. Al hablar de moral como estructura, asume la antropología filosófica de Zubiri. El punto principal de esta visión es la «constitutiva versión del hombre a la realidad», la

concepción del ser humano como realidad abierta, como realidad final y como personalidad religada. Aranguren se fija en el concepto zubiriano de *religación*, que es el que viene a designar el vuelco esencial del hombre hacia lo real. Es en la aprehensión de la realidad como tal realidad, posible gracias a la inteligencia, donde tiene sus cimientos la existencia humana. El hombre se encuentra como realidad en la realidad, y tiene que habérselas con los demás hombres y con cuanto constituye su mundo. Y es en esta relación esencial del hombre con su mundo, inscrita en su propia estructura moral, donde barrunta Aranguren un elemento que viene a restar imprecisión a la ya de por sí difícil inespecificidad presente en toda vida humana. Se refiere el autor a una *sobredeterminación* que está por encima de esta indeterminación que conlleva la vida. Como si la misma estructura moral del ser humano persiguiera una finalidad misteriosamente señalada de antemano. De manera que se puede afirmar que es en la misma estructura moral del hombre donde percibe Aranguren la apertura de la ética a la religión. Pero el autor destaca también los contenidos de la moral, dentro del segundo aspecto al que se ha hecho referencia: la «moral como contenido». A menudo es la religión la que provee de contenidos a la moral. Pero lo más importante en este punto es el proceso de elaboración de la vida moral de cada persona. Todo ser humano tiene que forjarse su propia personalidad moral, cada persona ha de construirse un *éthos*, carácter o personalidad moral, a partir de ese sentimiento fundamental de la existencia que es el propio talante. En esto consiste para Aranguren la vida moral; y la noción de vocación está íntimamente ligada a ella.

En otra obra de 1958, *La ética de Ortega*, trata Aranguren más detenida-

mente el tema de la vocación. Ortega entiende la vida como «quehacer», y Aranguren tomará esta idea, añadiendo que al quehacer ético de inventar la propia vida le corresponde la tarea de buscar el propio proyecto vital que dé sentido a la vida, esto es, la propia vocación, que no es sino «conciencia del sentido unitario de la propia vida». Porque la vida, más que en quehacer, consiste, para Aranguren, en un *quehacerse*, en ir construyendo, instante a instante, la propia personalidad moral. Este edificar la propia vida culmina en el momento de la muerte. Y Aranguren esboza un sentido ético de la muerte, donde no pueden dejar de aflorar aspectos religiosos. Ve la muerte como la «cristalización» definitiva de lo que, viviendo, hemos hecho de nosotros. Pero al ser la muerte un destino del hombre, éste no puede apropiarse su propia muerte, y ésta queda, así, en manos de ese destino y como puesta a disposición del misterio que la envuelve.

En cuanto a la «moral como actitud», hay que destacar la propia actitud moral de Aranguren, más a la vista desde que emprende su actividad pública como Profesor de Ética y Sociología en 1955, y a través de sus escritos e intervenciones ante sus contemporáneos, que se multiplicarían tras la expulsión de la cátedra, en 1965. Su etapa de profesor en los Estados Unidos le abrió de manera especial al mundo de los jóvenes y a otras realidades, y tanto en estos años como en los que siguieron a su vuelta definitiva a España, en 1976, Aranguren no cesó de ir de aquí para allá, participando en todos los encuentros donde se requería su presencia.

José Luis Aranguren se interesó durante toda su vida por las cuestiones religiosas. Y nunca abandonó su empeño de hacer más auténtico el catolicismo de su tiempo; la clave estaba en el cristianismo como núcleo fundamen-

tal del catolicismo. Pronto empezaría a referirse más a su ser cristiano que a su ser católico. Esta transición se vislumbra ya en *Catolicismo, día tras día*, obra de 1955. Y más de veinte años después, en *Contralectura del catolicismo*, afirmará que si tuviera que ponerle título de nuevo a *Catolicismo, día tras día*, le pondría, por ejemplo, «cristiano, pese a todo». Ningún seglar en España se pronunciaba entonces con la libertad con la que lo hacía Aranguren sobre temas que quedaban un tanto vetados a los laicos; es verdad que tampoco era habitual estar tan al corriente del pensamiento teológico de su tiempo. En esto, Aranguren es comparable a Unamuno. Nuestro autor reclamó su derecho a hacer oír su voz como cristiano laico, y con esta actitud contribuyó como nadie a devolver a las cuestiones religiosas el peso y la honra que habían ido perdiendo, porque las particulares circunstancias de España (aquel catolicismo contrarreformador, sobre todo) las habían relegado a espacios clericales.

Como cristiano laico, Aranguren participó en las Conversaciones Internacionales de San Sebastián, en las Conversaciones Católicas de Gredos y en las Semanas de Intelectuales Católicos de Francia. En torno a las Conversaciones de Gredos, se puede situar su etapa de católico ortodoxo, aunque hay que destacar que éste era el único lugar de encuentro sobre pensamien-

to religioso en el que participaban clérigos, laicos y seminaristas, en la España de los años cincuenta, y que no estaba del todo bien visto por los miembros más ortodoxos de la Jerarquía. La etapa de cristiano heterodoxo hay que centrarla en torno al «Foro sobre el Hecho Religioso» que, desde 1978, promovía el Instituto Fe y Secularidad, vinculado a la Compañía de Jesús. Entre Gredos y los foros sobre el hecho religioso, se repite el esquema general de «evolución» desde el catolicismo hacia el cristianismo.

En esta última etapa, como expresa en 1978 en *Contralectura del catolicismo*, que es una re-lectura valiente, punto por punto, de *Catolicismo, día tras día*, Aranguren se pronuncia a favor de una «Iglesia eclesial», de la que nunca dejaría de sentirse miembro, frente a una «Iglesia eclesiástica», por la que muestra un interés que va quedando relegado al terreno de lo anecdótico. Según el testimonio de José Gómez Caffarena, Aranguren afirmó en alguna ocasión que el Foro sobre el Hecho Religioso era su verdadera «ecclesiola in ecclesia».

En definitiva, Aranguren es un hombre de su tiempo, o, mejor dicho, de sus «tiempos». Como dice de él José Jiménez Lozano, ha sido «un cristiano secular tranquilo y sin miedo a la historia». Su manera de pensar y de vivir la religión resultan un incentivo para tantos otros cristianos que han querido y quieren tomarse su cristianismo en

serio; pero también para el diálogo entre creyentes y no creyentes. Porque logra devolver toda su actualidad a lo que él mismo llamaba «dialéctica del espíritu humano», ese diálogo que se da en el interior de la persona, pero que sale al exterior porque sobrepasa lo individual, lo que no deja de ser una señal por la que se identifican las sociedades libres; y acaba por convertirse en vida cultural: cuestionamiento, reflexión y debate sobre las grandes preguntas que siempre han inquietado el corazón del hombre, y que constituyen su enjundia, su riqueza, su clamor más necesario.

A los cien años de su nacimiento, Aranguren sigue invitándonos a considerar la realidad del mundo en que vivimos, a no dejar de observar con atención y con el sentido crítico bien en alerta cada acontecimiento, cada decisión, cada paso. Él puso en esa lectura de la vida todo su esfuerzo intelectual, y como intelectual quiso combatir la *desmoralización* que observaba en los hombres y mujeres de su tiempo. Esa sería su principal tarea humana y, por humana, también moral y cristiana. Y a seguir llevando a cabo nuestra propia labor ética, que englobaría todas las demás dimensiones humanas, nos invita también hoy, en un mundo más desmoralizado aún, y hasta desquiciado, que puede estar caminando hacia su destrucción, a fuerza de desatención a lo ético.

Aborto, derecho y fuerza moral

.....
José Ramos Salguero

Profesor de Filosofía
.....

El hecho en que radican tanto la moral como el derecho (que es el mínimo común o social de la moral) es la existencia de seres que, al igual que nosotros, no son meros medios u obstáculos para la supervivencia, como los animales o las cosas. La justicia, moral o jurídica, es el respeto a la persona, incluso reflexivo, como precisó preclaramente I. Kant al formular el imperativo que late en la razón (o co-razón) de los hombres: «Obra de modo que trates siempre a la humanidad, tanto en tu propia persona como en la de otro, siempre al mismo tiempo como un fin y nunca sólo como un medio». La justicia es la lógica limitación que posibilita la auténtica libertad de nuestro arbitrio; el deber que fundamenta que podamos invocar coherentemente ante los otros el derecho común, exigiendo que nos respeten en plano de igualdad.

La contrariedad o disgusto que conlleva a veces el justo respeto moral es el precio que hemos de pagar por vivir una vida propiamente humana. No hay vida humana sin moral, ni moral sin autocontrol o sometimiento del gusto a la voluntad racional. Por lo demás, nuestra vida entera está llena de obstáculos y de ineludibles limitaciones y obligaciones. Nuestra salud integral estriba en la *responsabilidad* ante ellos, que empieza por su *reconocimiento*. Sólo que este reconocimiento no es sólo cuestión de *entendimiento* sino también y aun antes de *voluntad* («no hay peor ciego que el no quiere ver»). En la medida en que nos *ajustamos* a los diversos requerimientos de la vida, desplegamos la *fuerza moral*, o fuerza práctica de la razón, para responder ante ellos. También en este punto ha sido preclara la enseñanza del gran filósofo moral de la modernidad, Kant: cuando sólo

atendemos a la felicidad personal inmediata (egoísta, necia), desconsiderando el requerimiento de la virtud, cometemos la eutanasia («muerte dulce») de la moral. Al contrario, contra lo que suele temerse y aun enseñarse, es el afrontamiento lúcido, valiente y riguroso de lo debido lo que nos eleva, anima y fortalece moralmente, haciéndonos dignos de la felicidad. Lo contrario es decadencia o degeneración individual o colectiva. También Nietzsche

(...) incluso en caso de «grave enfermedad física o psíquica» de la madre (tercer supuesto despenalizado actualmente) sería (debería ser) un delito, a no ser que estemos dispuestos a despenalizar la matanza de los humanos que nos ponen enfermos (el jefe, enfermo, vecino o cuñado/a que nos resultan insufribles y merman nuestra salud o bienestar).

lo señaló luego en atinadas sentencias: «cuando se tiene un porqué se puede soportar casi cualquier cómo»; «el hombre no busca la felicidad (sólo los ingleses lo hacen)», sino la excelencia: una misión en que empeñar y hacer crecer sus potencias, una obra que valga la pena inevitable de toda vida, que la haga valiosa y memorable. En esa tarea, «lo que no me aniquila me fortalece», así como «todo crecimiento se delata en la búsqueda de un adversario [o adversidad] *potente*»: la superación de sucesivos retos es la ley del progreso. Y, como dijera C. G. Jung, no son los acontecimientos los que les pasan a los hombres, sino al contrario.

La cuestión sobre la moralidad o/y la criminalidad del aborto (voluntario)

depende decisivamente de si consideramos, o no, ser humano al feto humano. Si al unirse en el seno materno un óvulo con un esperamotozoide estamos ante un ser vivo de naturaleza humana (¡con su propio genoma humano!), entonces desde ese mismo momento inicial que llamamos cigoto tendríamos la responsabilidad de proteger su vida. Interrumpirla o abortarla (ab/orto: desde su inicio) voluntariamente sería homicidio, como se considera aún en la vigente ley que lo despenaliza en tres supuestos. Y asesinato, puesto que, sin eximente de defensa de la propia vida, añade el agravante de alevosía. Por ello incluso en caso de «grave enfermedad física o psíquica» de la madre (tercer supuesto despenalizado actualmente) sería (debería ser) un delito, a no ser que estemos dispuestos a despenalizar la matanza de los humanos que nos ponen enfermos (el jefe, enfermo, vecino o cuñado/a que nos resultan insufribles y merman nuestra salud o bienestar). En ese sentido, la nueva ley en ciernes se encamina a disolver la incoherencia lógica y jurídica de la vigente, obviando arteramente (pues sólo un perverso cinismo podría negarlo) que dentro de la madre haya ser humano que respetar y no hablando de «aborto» sino de «interrupción voluntaria del embarazo». Ahora bien, esa inminente ley señala un plazo de unas cuantas semanas para considerar o no delito el aborto (aunque su diseño posibilita de nuevo que, hecha la ley, esté con ella hecha la trampa de eludir en cualquier caso el delito). ¿Cuál es el criterio, el límite, el fundamento objetivo para reconocer en el feto el ser o no ser humano y por tanto sujeto de derechos? Ninguno se aporta, por lo que tanto el número de semanas de gestación como la decisión abortista misma resultan absolutamente arbitrarios.

¿Será cuestión de falta de entendimiento o de falta de voluntad esta actual duda social e ignorancia legal so-



bre los límites de la identidad humana? Al cabo de milenios de dramática historia ¿no sabemos o no podemos acordar un criterio incontrovertible de humanidad, un sujeto inequívoco al que aplicar nuestra pomposa lista de Derechos Humanos? ¿De verdad que «no hay fundamento científico» para determinar si el feto que habita en un vientre humano es o no un ser de naturaleza humana, como ha dicho la ministra impulsora de esta ley? ¿O será que falta la recta y coherente intención de respetarlo aun en caso de embarazo personal, aprovechando su suprema indefensión? Si no hay recta voluntad, confundiremos u ocultaremos el entendimiento, no reconoceremos la humanidad del feto y querremos librarnos de la responsabilidad y el debido respeto sobre su vida. Pero resulta escandalosamente erróneo e injusto, por parcial, reducir a una situación subjetivamente embarazosa (hasta hablar de «derecho al aborto»: un círculo cuadrado) la situación objetiva de un embarazo, es decir, la objetiva responsabilidad ante la vida de otro ser humano, que en su comienzo necesita más que nunca todo el respeto y apoyo individual y legal: el colmo más criminal

y cobarde del individualismo egoísta. Ello sería no sólo reflejo sino también refuerzo de una actitud débil, decadente y degenerativa ante la vida, que no sólo elude llamar a las cosas por su nombre y asumir la propia responsabilidad, sino también las enormes posibilidades de la solidaridad social en su actitud positiva, valiente y generosa (generativa frente a degenerativa) ante la vida, así como la alegría y engrandecimiento moral de quienes han superado generosamente la dificultad personal de un embarazo indeseado.

Si caemos en la tentación de consentir esta ley por debilidad de la voluntad, es decir, para evitar las embarazosas consecuencias de los embarazos indeseados (lo que puede que afecte a más de un 50% de la humanidad no por nacer sino incluso ya nacida), entonces estaremos negando de plano y con la más radical incoherencia el sentido mismo del derecho y la moral; es decir: de la vida humana. En cualquier caso, se necesita el concurso cómplice de la oscuridad, omisión o confusión intelectual para cometer un desatino. Por eso, para prevenir el entuerto en la medida en que se trate de un problema de *discernimiento*, propongo esclarecer la cuestión ate-

niéndonos a lo *elemental* (es decir, lo simple y fundamental aunque a menudo desapercibido; inadvertido u olvidado, obviado por pura obviedad), al sentido (de lo) común que no necesita de científicos ni dudosos expertos. Y que, por supuesto, es una evidencia racional independiente de creencias religiosas, aunque se haya utilizado tendenciosa y demagógicamente este equívoco reproche a quienes se manifiestan antiabortistas. En esto, como en la mayoría de las cuestiones morales y jurídicas fundamentales, no se trata tanto de conocimiento cuanto de *reconocimiento*. Así, considero originario, más que original, establecer como el requerido criterio absoluto de identificación la *clase* o especie de un ser vivo, y de ningún modo su *grado*, que en el caso humano es siempre relativo.

En efecto, una vida humana, como toda vida, tiene un comienzo y un fin, y de principio a fin es lo que es: una vida, es decir, un proceso de *desarrollo* primero ascendente y luego descendente. En el caso de la vida humana, sin embargo, la mayor complejidad de su constitución y desarrollo puede hacernos perder de vista este punto de partida fundamental. Es decir, si nos fijamos, por ejemplo, en el carácter esencial de la conciencia y la autonomía en la vida humana, puede que los árboles nos impidan ver el bosque: que sólo consideremos digna de respeto la racionalidad plenamente consciente y responsable, y no sólo en lo intelectual sino también en lo moral. Ahora bien, ¿quién puede afirmar que se encuentra en la plenitud de sus facultades? ¿Quién podría llegar a ellas, en cualquier caso, sin un proceso de desarrollo y de solidaridad social (somos animales sociales; por eso una madre no puede abortar por sí misma, sin colaboración o complicidad)? y ¿quién tiene el derecho de dictaminar cuándo un animal humano es actual y plena o suficientemente persona (ser racional y moral)? Nadie. Entre principio y fin de

la vida humana todo es relativo a circunstancias y responsabilidad personal, todo es gradual, admite grado, a veces casi imposible o ilegítimo de juzgar. El único criterio absoluto e indubitable que todos podemos compartir es el respeto a nuestra vida humana, a su clase o especie, a su genoma, presente desde el cigoto inicial; no a su calidad. De otro modo, abríramos la puerta a cualquier arbitrariedad, injusticia, abuso y manipulación genética o tanática, aunque con ello, por cierto, no abríramos ni cerraríamos ningún libro: sólo escribiríamos otra página en la historia de la humanidad en tanto historia de la infamia y la iniquidad.

Malpensando o poniéndome en todo para eludir la irresponsable ingenuidad («piensa mal y acertarás»), me pregunto por qué se quiere ahora una modificación tan sustancial en la consideración legal del aborto, cuando ya hay una ley que lo despenaliza generosa y desafortunadamente. Y no puedo sino sospechar que uno de los espurios motivos de esta osada iniciativa es corregir un error con otro más grande, a saber: tapar el desastroso resultado de la información (que no formación) sexual de los últimos lustros. La estadística de adoles-

El único criterio absoluto e indubitable que todos podemos compartir es el respeto a nuestra vida humana, a su clase o especie, a su genoma, presente desde el cigoto inicial; no a su calidad.

centes abortistas o con embarazos indeseados es espeluznante. No cabía esperar otra cosa del hecho de haber banalizado la sexualidad, reducida a un episodio superficial y descomprometido de mero placer corporal, segregándola del conjunto de la personalidad y las relaciones humanas en cuya integridad debe ser contemplada. Por lo demás, las leyes sancionan y guían, educan o deseducan. De llegarse a aprobar, esta ley, que comete la insolente temeridad de cambiar de principio mismo en cuanto a lo que es la vida humana, convertirá para generaciones futuras el aborto en un medio anticonceptivo más; como ya lo está siendo, pero ahora cegando y no dejando lugar a ningún cuestionamiento moral al respecto.

Nos jugamos en esto la salud de nuestra fuerza moral y su dinámica futura, porque se trata de valores fundamentales, *sagrados*: los que hay que *segregar* y poner aparte, con respeto absoluto, para mantener la vida saludable y evitar su degradación. La transgresión de estos límites esconde la trágica posibilidad de un camino de transgresión sin retorno. La pérdida de criterio en cuanto a lo que es vida humana y su debido respeto es un síntoma deplorable del patológico *relativismo* teórico propio de las sociedades permisivas, que evitan puerilmente toda contrariedad y, buscando absolutamente lo placentero, fomentan inevitablemente su contrario: la insatisfacción permanente y la violencia resultante de esta frustración crónica. La vida se degrada cuando se reduce (a) alguno de sus grados, por muy tolerado socialmente que pueda estar este atentado y por muy generalizado (en otros países) que pudiera estar este mal. La justicia y el respeto a lo sagrado no se deciden democráticamente, por mayoría o cantidad de votos, sino que fundamentan cualitativamente la democracia y la salud social. Como dijo Antonio Machado, «la verdad es lo que es y sigue siendo verdad aunque se piense al revés».

Una lectura de *Caritas in veritate*

.....
José Luis Lorienté Pardillo

Sacerdote, miembro del I.E.M.

Esta nueva encíclica del papa Benedicto XVI se ha presentado con retraso. La actual crisis ha hecho que también el Papa tenga que afinar los instrumentos de análisis y replantear algunas cuestiones. Al fin y al cabo, los signos de los tiempos cambian y el Magisterio tiene que iluminarlos.

En este artículo vamos a resumir algunos de los puntos que nos parecen más destacables de esta encíclica que se presenta como algo atípica si la comparamos con las dos anteriores del papa Ratzinger. Su extensión es mayor y su estilo distinto, más magisterial y no tan singular como el que aparece en la primera parte de *Deus caritas est* y de *Spe salvi*. Sin embargo, se dejan ver en ella intuiciones y preocupaciones distintas de Benedicto XVI y, aún más, del teólogo J. Ratzinger, sobre todo en la introducción y en otros lugares donde la memoria del pensamiento de otros pontífices deja paso a la elaboración propia de nuestro Papa actual.

1. La caridad como criterio de actuación político y económico

La apuesta del Papa en este documento es fuerte: afirmar que la caridad (el amor) es un criterio de actuación no

sólo personal, sino social, político y económico. Al igual que en otras ocasiones el Papa ha hecho una defensa del valor epistemológico de la fe (*Discurso de Ratisbona*) y del valor ético universal de la moral cristiana (*Discurso de La Sapienza*), ahora afirma:

La caridad es la vía maestra de la doctrina social de la Iglesia. Todas las responsabilidades y compromisos trazados por esta doctrina provienen de la caridad que, según la enseñanza de Jesús, es la síntesis de toda la Ley (cf. Mt 22, 36-40). Ella da verdadera sustancia a la relación personal con Dios y con el prójimo; no es sólo el principio de las micro-relaciones, como en las amistades, la familia, el pequeño grupo, sino también de las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas» (n. 2).¹

Si esto puede ser así es porque la caridad no es mero sentimentalismo, sino que unida a la verdad adquiere un valor que, ciertamente, nuestra cultura emotivista y relativista no le quieren conceder. «La verdad, afirma el Papa, *preserva y expresa la fuerza liberadora de la caridad en los acontecimientos siempre nuevos de la historia*» (n. 5). Y advierte:

El riesgo de nuestro tiempo es que la interdependencia de hecho entre

los hombres y los pueblos no se corresponda con la interacción ética de la conciencia y el intelecto, de la que puede resultar un desarrollo realmente humano. Sólo con la caridad, iluminada por la luz de la razón y de la fe, es posible conseguir objetivos de desarrollo con un carácter más humano y humanizador (n. 8).

De entrada puede sorprendernos una propuesta tan nítida que, además, no deja difuminar la caridad en no-sabe-qué-cosas, sino que la concreta en la justicia² y en el bien común, ligados por otra parte al destino último del hombre.³

2. Replanteamiento de los dogmas económicos frente a la crisis

Los dos primeros capítulos de *Caritas in veritate* aparecen estrechamente ligados a la *Populorum progressio* de Pablo VI. Benedicto XVI relee esta encíclica del papa Montini en clave de continuidad⁴ y destaca aspectos importantes de la misma: el carácter integral del desarrollo, la necesidad de una respuesta libre del hombre, la urgencia de la reformas... Es en este contexto de revisión de las esperanzas y temores que Pablo VI presentaba en su encíclica en el que aparece la crisis actual. A pesar de todo lo negativo que

1. Cf. nn. 30-31.

2. «La justicia es 'inseparable de la caridad', intrínseca a ella. [...] La 'ciudad del hombre' no se promueve sólo con relaciones de derechos y deberes sino, antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión. La caridad manifiesta siempre el amor de Dios también en las relaciones humanas, otorgando valor teológico y salvífico a todo compromiso por la justicia en el mundo» (n. 6).

3. «Se ama al prójimo tanto más eficazmente, cuanto más se trabaja por un bien común que responda también a sus necesidades reales. Todo cristiano está llamado a esta caridad, según su vocación y sus posibilidades de incidir en la *pólis*. [...] Como todo compromiso en favor de la justicia, forma parte de ese testimonio de la caridad divina que, actuando en el tiempo, prepara lo eterno. La acción del hombre sobre la tierra, cuando está inspirada y sustentada por la caridad, contribuye a la edificación de esa ciudad de Dios universal hacia la cual avanza la historia de la familia humana» (n. 7).

4. Quizá sea excesivo el énfasis en la continuidad en el Magisterio social tal como se presenta en el n. 12. Sobre todo cuando se aprecia un estilo muy distinto a partir del Concilio Vaticano II, que ha llevado no sólo a la Doctrina social, sino también a la moral social a «teologizarse» más y a cobrar un relieve propio frente a la moral natural y la filosofía política escolástica; aunque ciertamente no pueda hablarse de ruptura con lo anterior, porque los principios que la sostienen son los mismos. Muestra de esta constante revisión de planteamientos particulares es la afirmación que en esta misma encíclica se hace: «Hoy, esta visión de la *Rerum novarum*, además de puesta en crisis por los procesos de apertura de los mercados y de las sociedades, se muestra incompleta para satisfacer las exigencias de una economía plenamente humana» (n. 39).

está trayendo, el Papa es capaz de ver en ella también «*ocasión de discernir y proyectar de un modo nuevo*» (n. 21) el desarrollo.

Aparecen en este momento en la encíclica una serie de iniciativas que deben de resultar bastante heterodoxas para la ideología neo-conservadora. Precisamente por ello, no por su novedad, las reseñamos aquí. El Papa habla claramente de intervencionismo estatal al invitar a replantearse el papel de los Estados:

Hoy, aprendiendo también la lección que proviene de la crisis económica actual, en la que los poderes públicos del Estado se ven llamados directamente a corregir errores y disfunciones, parece más realista una renovada valoración de su papel y de su poder, que han de ser sabiamente reexaminados y revalorizados, de modo que sean capaces de afrontar los desafíos del mundo actual, incluso con nuevas modalidades de ejercerlos (n. 24).

Denuncia también el Papa la desafortunada propiedad intelectual, la reducción de la red de seguridad social y del Estado social, la movilidad laboral y la desregulación en general. Están también presentes el relativismo cultural, el hambre, la libertad religiosa y el respeto a la vida.⁵ Con ello frente a la crisis está invitando a una praxis económica muy diferente de la imperante y de la que se quiere perpetuar.

3. Introducir la lógica de la gratuidad y la economía de comunión en el mercado

Este punto junto con el primero son quizá los más destacables de la encíclica. En el capítulo III el Papa concreta aquello que presentaba en la introducción, la operatividad de la caridad con respecto a la economía, y lo hace no renunciando al mercado y a la lógica contractual o conmutativa, sino declarando su insuficiencia y abogando por introducir en el mercado otros factores como la lógica de la gratuidad. Para Benedicto XVI:

El gran desafío que tenemos, planteado por las dificultades del desarrollo en este tiempo de globalización y agravado por la crisis económico-financiera actual, es mostrar, tanto en el orden de las ideas como de los comportamientos, qué no sólo no se pueden olvidar o debilitar los principios tradicionales de la ética social, como la transparencia, la honestidad y la responsabilidad, sino que en las relaciones mercantiles el principio de gratuidad y la lógica del don, como expresiones de fraternidad, pueden y deben tener espacio en la actividad económica ordinaria. Esto es una exigencia del hombre en el momento actual, pero también de la razón económica misma. Una exigencia de la caridad y de la verdad al mismo tiempo» (n. 36).

Pero la introducción de esta lógica, aún cuando beneficiaría al mercado, está fuera del poder del mercado mismo. Esta inoculación de un principio, que de momento es extraño al mercado, en el mercado no se puede hacerse sino desde fuera. Lo mismo ocurre con la justicia social, que la economía por sí misma no produce, sino dirigida por la política⁶. Es decir, sin el auxilio de la política, no entendida ésta sólo como el conjunto de medidas que toma el Estado, la gratuidad será excluida por el mercado. Hacen falta una serie de medidas y comportamientos sociales que la apoyen.

Aquí se da un cambio de perspectiva importante en el Magisterio que quizá la retórica no nos deje ver. Para Juan Pablo II, que consideraba el conjunto social como compuesto de tres instancias —mercado, Estado y sociedad civil—, a ésta última correspondería la lógica de la gratuidad. Sin embargo, Benedicto XVI está proponiendo introducir el don en el mismo mercado. De este modo la solidaridad no es algo que se sitúa más allá de los límites del mercado, ni es meramente un principio moral, sino que ha de ser **un principio económico** de pleno derecho al lado de otros principios, como puedan ser la propiedad o la libertad. Es esto lo que posibilita que junto a la empresa privada y la pública exista otro tipo de empresa con fines sociales⁷, que por lo dicho en el párrafo anterior debería ser políticamente favorecida.

El Papa se muestra convencido de que éste es el camino para salir no sólo

5. Es en este último punto donde el Papa siguiendo la estela de Juan Pablo II afirma que hemos de ampliar «el concepto de pobreza y de subdesarrollo a los problemas vinculados con la acogida de la vida, sobre todo donde ésta se ve impedida de diversas formas. [...] La apertura a la vida está en el centro del verdadero desarrollo. Cuando una sociedad se encamina hacia la negación y la supresión de la vida, acaba por no encontrar la motivación y la energía necesaria para esforzarse en el servicio del verdadero bien del hombre» (n. 28).

6. «La actividad económica no puede resolver todos los problemas sociales ampliando sin más la lógica mercantil. Debe estar ordenada a la consecución del bien común, que es responsabilidad sobre todo de la comunidad política. Por tanto, se debe tener presente que separar la gestión económica, a la que correspondería únicamente producir riqueza, de la acción política, que tendría el papel de conseguir la justicia mediante la redistribución, es causa de graves desequilibrios» (n. 36).

7. Cf. n. 38.

de la crisis, sino muy especialmente del subdesarrollo:

La victoria sobre el subdesarrollo requiere actuar no sólo en la mejora de las transacciones basadas en la compraventa, o en las transferencias de las estructuras asistenciales de carácter público, sino sobre todo en la apertura progresiva en el contexto mundial a formas de actividad económica caracterizada por ciertos márgenes de gratuidad y comunión. El binomio exclusivo mercado-Estado corroe la sociabilidad, mientras que las formas de economía solidaria, que encuentran su mejor terreno en la sociedad civil aunque no se reducen a ella, crean sociabilidad (n. 39).

Es destacable la apertura del Papa a esta serie de nuevas instancias económicas, que por otro lado muestra la actualidad de *Caritas in veritate* y la actualización constante de la Doctrina social.

En el capítulo IV el Papa también hace mención de estas empresas que podríamos enmarcar en un nuevo estilo económico: la economía de comunión. Éstas no renuncian al beneficio, pero lo contemplan como instrumento para objetivos humanos y sociales⁸. El Papa ve en ellas un importante papel en el desarrollo, sobre todo porque pueden ser flexibles a las necesidades y peculiaridades locales,

pueden actuar fuera de los circuitos a donde la economía global no llega o no quiere llegar y de hecho cambian efectivamente las condiciones de vida de las personas.⁹

4. Dar bases antropológicas y teológicas al desarrollo

Ahora bien, ¿esta apuesta económica se sustenta artificialmente o hay en toda actividad humana de suyo cabida para ella? ¿Es ideológica o tiene base en la realidad? Esta pregunta no explícita en el texto del Papa es muy importante, pues como decíamos antes no estamos hablando de un correctivo al mercado tras comprobar los espantosos resultados a los que nos puede llevar. En último término si se pueden y se deben introducir factores como la gratuidad, la comunión, el interés social... en la economía es por la peculiar forma de ser del hombre y, por tanto, de toda actividad suya. Benedicto XVI habla en el capítulo V de la **comunión** como un existencial humano con toda la carga filosófica y teológica que esto tiene.

La criatura humana, afirma el Papa, en cuanto de naturaleza espiritual, se realiza en las relaciones interpersonales. [...] El hombre se valoriza no aislándose sino poniéndose en relación con los otros y con Dios» (n. 53). Y «esta perspectiva se ve iluminada de manera decisiva por la relación entre las Personas

de la Trinidad en la única Sustancia divina. La Trinidad es absoluta unidad, en cuanto las tres Personas divinas son relacionalidad pura. La transparencia recíproca entre las Personas divinas es plena y el vínculo de una con otra total, porque constituyen una absoluta unidad y unicidad. [...] En particular, a la luz de misterio revelado de la Trinidad, se comprende que la verdadera apertura no significa dispersión centrífuga, sino compenetración profunda (n. 54).

El Papa menciona la Trinidad como fuente última y modelo de la comunidad humana, recogiendo así el fundamento de la Doctrina social que ya apuntó el Concilio Vaticano II¹⁰ y que ha venido tratándose en las últimas décadas por algunos teólogos.

5. La técnica como factor de desarrollo

La encíclica del Papa no muestra de entrada ningún prejuicio contra la técnica¹¹. Benedicto XVI dice en las primeras páginas: «En sí misma considerada, la técnica es ambivalente» (n. 14) y advierte sobre el peligro que comportan tanto la ideología tecnocrática como aquella de corte postmoderno que entiende la técnica como algo totalmente antihumano y degradante. Sin embargo, el Papa, en el último capítulo de su encíclica, recuerda que la técnica por sí misma no es factor de

8. Cf. n. 46.

9. Cf. n. 47.

10. «Más aún, el Señor Jesús, cuando pide al padre que todos sean uno..., como nosotros somos uno (Jn 17, 21-22), ofreciendo perspectivas inaccesibles a la razón humana, sugiere cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y el amor» (GS. 24).

11. Por la equidistancia de esta postura sobre la técnica con su postura sobre la globalización diremos una palabra sobre ésta. Con respecto a la globalización (incluida la movilidad del capital y las nuevas formas de empresa), el Benedicto XVI afirma: «la verdad de la globalización como proceso y su criterio ético fundamental vienen dados por la unidad de la familia humana y su crecimiento en el bien. Por tanto, hay que esforzarse incesantemente para favorecer una orientación cultural personalista y comunitaria, abierta a la trascendencia, del proceso de integración planetaria» (n. 42). No se trata de que el Papa ignore los peligros de la globalización, sino de que como se ve afirma la posibilidad del hombre de dirigirla hacia el bien de todos.

desarrollo precisamente por esa misma ambivalencia. Necesita de una libertad guiada por el bien¹². Y, en último termino, no será capaz de solucionar los problemas si no va acompañada de hombres moralmente responsables. En pocas palabras, no hay justicia si no hay hombre justo:

El desarrollo nunca estará plenamente garantizado por fuerzas que en gran medida son automáticas e impersonales, ya provengan de las leyes del mercado o de las políticas de carácter internacional. El desarrollo es imposible sin hombres rectos, sin operadores económicos y agentes políticos que sientan fuertemente en su conciencia la llamada del bien común (n. 72).¹³

En este punto el Papa descubre un elemento ideológico del tecnicismo: el prometeísmo. Aunque Benedicto XVI no emplee este término, se está refiriendo a su contenido. La técnica sin referencia a un marco humano y ético abierto a la trascendencia favorece que el hombre se ensimisme en su supuesta omnipotencia y trueque *deber* por *poder*. De manera especial esto se aprecia en el campo de la bio-

tecnología. Del mismo modo se introduce un materialismo chato que recorta el desarrollo y lo reduce a lo meramente material.¹⁴

Conclusión

Tenemos ante nosotros una nueva aportación a la Doctrina Social de la Iglesia que introduce elementos nuevos o simplemente tratados desde una nueva perspectiva que amplía notablemente su interés. Hemos intentado resumirlos aquí, orillando otros que nos parecen no menos provechosos, pero sí menos novedosos (ecología, sindicatos, organización internacional...).

Aquí tenemos esta encíclica ofrecida a todos los hombres. Para quienes rechazan la posibilidad de que la fe pueda iluminar el camino del hombre este texto expedirá un insoportable olor a Dios. Ante aquellos que consideran que el hombre es ya un ser en fase de ser borrado de la faz de la tierra, ¡qué decir! Pero la reflexión de un cristiano sobre el desarrollo —y, más aún, una reflexión magisterial— no puede partir de otros supuestos que estos:

Dios es el garante del verdadero desarrollo del hombre en cuanto, habiéndolo creado a su imagen, funda también su dignidad trascendente y alimenta su anhelo constitutivo de 'ser más' (n. 29).

Quisiera recordar a todos, en especial a los gobernantes que se ocupan en dar un aspecto renovado al orden económico y social del mundo, que el primer capital de se ha de salvaguardar y valorar es el hombre, la persona en su integridad (n. 25).

No obstante, la más preocupante objeción no es la de la teoría, sino la de la práctica. Pues ya se sabe aquello del Evangelio:

Un hombre tenía dos hijos. Llegándose al primero, le dijo: «Hijo, vete hoy a trabajar en la viña». Y el respondió: «No quiero», pero después se arrepintió y fue. Llegándose al segundo, le dijo lo mismo. Y él respondió: «Voy, Señor», y no fue (Mt. 21, 28-30).

12. Cf. nn. 17 y 68-70.

13. Lo mismo afirma de la paz (cf. n. 72).

14. Cf. nn. 76-77.

Viajar profundizando en el sentido de la vida y en el sentido de la historia

Mireia Biosca Ordaz.

Estudiante de Educación Social y Magisterio. U. Católica de Valencia.

Las cosas aparecen cuando más las necesitas. La vida siempre nos sorprende gratamente. En un momento en que necesitaba alejarme de todo lo conocido, poner distancia y proseguir mi itinerario interior, tomé un avión hacia Argentina.

Subía al avión con la maleta llena de ilusión para disfrutar de cada paisaje, de cada calle, de cada conversación... Tenía ante mí un viaje para la observación, la reflexión y el descanso.

Allí pretendía conocer el país: su paisaje y su paisanaje, sus costumbres y la realidad social. Pero como casi todo en la vida, por un lado van tus expectativas y por otro, lo que realmente sucede.

Durante este mes, sí es verdad que he podido conocer la cultura Argentina, sus gentes, su gastronomía... así como una primera toma de contacto con la realidad social del país.

Puedo decir satisfecha que mis expectativas iniciales se cumplieron. Pero ahí no acaba todo, este viaje me ha brindado muchas más satisfacciones.

No sólo me he llevado una primera visión de Argentina, sino que he podido pensar sobre mi vida y aclarar mis ideas, deseos y aspiraciones. A veces necesitas alejarte de tus tareas cotidianas para comprender qué es lo que quieres hacer con tu vida. Durante los últimos meses he vivido muchos cambios y necesitaba un tiempo fuera de mi realidad cotidiana para asimilarlos. En este viaje he comenzado a construir los primeros pilares de mi nueva vida. Una vida en la cual la protagonista soy yo, sin miedos, sin complejos, con las ideas claras y con ganas de perseguir mis sueños, los que yo misma libremente he elegido y dan sentido a mi existencia.



En la sede de las Madres de Plaza de Mayo

Este mes fuera de casa me ha permitido retirarme momentáneamente de mi vida cotidiana para volver a ella con más ganas y recuperar la ilusión y motivación por ayudar a los demás, por dedicar mi vida a cambiar esta sociedad gobernada por la injusticia social.

He encontrado la respuesta a una pregunta que he tenido en la mente desde hace muchos años: ¿Qué es la felicidad? Ahora lo tengo claro: la felicidad reside en hacer felices a los demás, en dejar a un lado el individualismo y la búsqueda del propio beneficio, trabajando a favor del interés colectivo, del Bien Común, teniendo como guía el Amor al prójimo y a uno mismo. Este es el sentido actual y futuro de mi vida.

He podido comprobar que la bondad de la gente, aunque no aparezca en los medios de comunicación, existe en todos los lugares. Parece que en la humanidad prevalezca el mal sobre el bien, sin embargo, en este viaje he descubierto que existe mucha gente con ganas de cambiar esta sociedad y de dedicar su vida a ayudar a todos aquellos que, por este desorden establecido,

hemos explotado y empobrecido. He comprobado que hay más motivos y convicciones para la esperanza, que para el desánimo.

Durante este tiempo he podido profundizar sobre los pueblos originarios, esos pueblos primitivos que han estado ocupando esas tierras desde sus orígenes, luchando por sobrevivir ante las matanzas que han sufrido y que los españoles proseguimos hace ya seis siglos. Es verdad que estos pueblos deberían adaptarse a las nuevas tecnologías que nos facilitan la vida. A la vez, los países occidentales deberíamos aprender mucho de ellos. Los principios básicos de estos pueblos son: amar, trabajar, tener piedad y aprender de la naturaleza. Ellos tienen la necesidad de recibir algo a cambio de dar; esto es lo que les da prestigio socialmente: el poder-dar y no el ganar o acumular para sí. ¿No son éstos los valores que deberíamos perseguir? Al menos son los que yo quiero en mi vida y me parece que nuestra sociedad también los necesita. Tal vez así el camino hacia la felicidad, la paz y la justicia, fuera más fácil. Quizás estén atra-



En el Museo de la Inmigración de Buenos Aires



sados en cuanto a las tecnologías o la medicina, pero en cuanto a los valores humanos y la defensa incondicional de la vida, nos llevan mucha ventaja. Unos y otros debemos aprender a sumar esfuerzos.

Se dice que los viajes te permiten abrir la mente y los ojos a lo desconocido y que te dan la posibilidad de conocer y aprender cosas que no olvidarás. Éste ha sido mi tercer viaje y estoy totalmente convencida de ello. Poco queda ya de la Mireia que, en 2006 con 16 años, tomo su primer avión hacia México. Desde entonces mi vida ha dado un gran giro: mi manera de mirar el mundo y a mí misma ha cambiado, mi carácter se ha endulzado, mi mente ha madurado, mi vida ha encontrado su sentido. Al fin sé hacia donde quiero ir.

Vuelo a Valencia con un pensamiento claro: aún me quedan muchos lugares por visitar, muchas experiencias por vivir, muchas gentes por conocer... mucho que aprender; al fin y al cabo, «la vida es un viaje maravilloso».



Manifestación en Salta (Noroeste argentino)

Guatemala

Julia Kammler

Heidelberg, ALEMANIA,
j.kammler@web.de

Levántense chicos. ¡Levántense ya!» La voz enérgica de Tía Virginia no tenía perdón. A las cinco de la madrugada la rutina diaria en la Aldea iba comenzando. Cada mañana a esta hora, mientras yo podía quedarme otro ratito en la cama, los ocho chicos y dos chicas de «la ocho» se pusieron a barrer el suelo, preparar el desayuno y lavar su ropa a mano... pero eso sí, con la música *reggaeton* siempre a tope.

«La ocho» es una de las 17 casas de la «Aldea Infantil Rudolf Walther» en Salcajá, Guatemala, donde en total 170 niños y jóvenes han encontrado un nuevo hogar. En cada una de las casas hay una madre social, la Tía, que tanto cuida de ellos como intenta crear un ámbito familiar. El verano pasado tuve la oportunidad única de trabajar y convivir durante dos meses con esos niños, compartiendo con ellos no sólo la casa y la comida, sino también muchos momentos especiales.

La mayoría de los residentes de la Aldea, fundada y sostenida por la ONG alemana «Kinderzukunft» (Futuro de los niños), no son huérfanos al pie de la letra. Más bien los calificaría de «huérfanos sociales» cuyos padres no pueden o no quieren ocuparse de ellos. En casi todas las actas de los niños uno puede leer y asustarse de sus tristes pasados, los cuales narran de violencia familiar, padres alcohólicos, abuso sexual, negligencia parental, extrema pobreza y otros tristes episodios.

Aún más sorprendente me resultó por todo esto su comportamiento y forma de ser. Desde un primer momento me mostraron mucho cariño, dándome abrazos y besos, cogiéndome de la mano y acariciándome. Siempre estaban muy interesados y me inte-

rrogaron en cuanto a mi vida, mi familia y mi país o cualquier otra cosa que les hubiera llamado la atención.

Cuando les observaba jugar, me pareció increíble que se pudiese tratar de niños maltratados y traumatizados. Me pregunté si no hacía falta más que un lugar protegido como la Aldea y un poco de tiempo para curar todas las heridas.

Pero evidentemente la cosa no es tan fácil. Aparte de experiencias traumáticas - procesadas o no - muchos de los niños están marcados por años de desnutrición, lo que ha perjudicado gravemente su desarrollo físico y mental. Como consecuencia de este menoscabo, concentrarse, aprender algo nuevo y desconocido o transferir lo aprendido les sigue costando bastante.

Por las mañanas trabajé en la humilde escuela rural de la Aldea, ocupándome de los más pequeños. Al llegar a la guardería, ya me esperaban las madres que venían de Salcajá u otros pueblos vecinos para entregarme a sus hijos.

Jugar, cantar, bailar y pintar un rato con quince niños de entre cuatro y seis años suena divertido pero en realidad fue un trabajo durísimo. Sin embargo, la mayor parte del tiempo me lo pasé bien con ellos y nos beneficiamos mutuamente, por ejemplo en lo concerniente a nuestro idioma. Mientras a ellos se les fue pegando el «vale» y la forma del «vosotros» de España, yo agregué palabras guatemaltecas como «patojo» (niño), «caminoneta» (autobús) o «canche» (rubio/a) a mi vocabulario. Pero sobre todo me enseñaron a tener mucha paciencia y a no perder los estribos cuando al mismo tiempo uno de ellos estaba llorando, otro pegando, otro tirando la leche y el último pintando las paredes.

La tarea que más me gustaba eran las clases de apoyo e inglés que di a jóvenes de entre 13 y 17 años, después de

los almuerzos. Sinceramente me quedé alucinada con el comportamiento de esos chicos, dado que en este punto no se parecían nada a los coetáneos españoles o alemanes con los que había trabajado antes. Fue muy agradable ser la profesora de aquel grupo ya que siempre fueron muy corteses, nunca me faltaron el respeto y tampoco nadie molestó en clase.

La rutina de la Aldea se apoderó velozmente de mi ritmo cotidiano y me fui adaptando a esa vida tan diferente y ajena sin darme cuenta. Al cabo de pocas semanas ya no me importó desayunar frijoles a las seis de la mañana y tampoco eché de menos la tele o el móvil, al contrario.

Logré dormirme sin problemas sobre una cama durísima, envuelta en un saco de dormir y tapada con dos mantas para no pasar frío. Tomé café instantáneo con leche en polvo, deseé el «buen provecho» no antes sino después de comer y abracé a los compañeros de la escuela, al saludarlos, sin que me pareciese extraño.

Cuanto más me fui acostumbrando, más se me fue pasando la excitación inicial que había sentido al llegar a Guatemala. Se me hicieron menos los momentos sobrecogedores y de asombro total. Entonces empecé a darme cuenta de que en la Aldea tampoco todo lo que brillaba era oro.

Por un lado era obvio que las donaciones de Alemania no siempre llegaban a los destinatarios por haberse perdido antes, y tanto la corrupción como los pequeños delitos (por ejemplo, llevarse alimentos de la Aldea a casa) estaban a la orden del día.

Por otro lado noté el desamparo de algunos empleados que no se dejaban llevar por esa falta de escrúpulos. Sin embargo no se atrevían a abrir la boca porque temían perder el trabajo. Tal vez no es de extrañar que todo esto ocurra en un ambiente tan indigente

como el altiplano guatemalteco. Pero aún así es triste ver el aprovechamiento a costa de los niños y reconocer la dificultad de cambiar esas circunstancias. Por desgracia estos no son los únicos problemas a los que Guatemala ha de enfrentarse y tampoco los más graves.

El Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación de España avisa en su página web que «las condiciones de seguridad en Guatemala se han deteriorado significativamente en los últimos meses.» Se advierte de «un importante aumento de la criminalidad común, particularmente en lo referido a robo de automóviles, asaltos, secuestros express, atracos y agresiones físicas y sexuales»¹.

¿Por qué viajar entonces a este país supuestamente tan peligroso? Afortunadamente tomé la decisión de irme sola a Guatemala antes de leer estas advertencias porque la Guatemala que yo conocí es distinta, completamente distinta.

No voy a negar que allí la cuota de criminalidad es más alta y estoy convencida de que hay más asaltos, atracos y robos que en nuestros países autodenominados «desarrollados». Pero, sin embargo, es enorme la discrepancia entre la imagen de Guatemala transmitida por nuestros gobiernos y la imagen que percibí yo cuando estuve ahí.

A lo mejor tuve mucha suerte pero a mí no me robaron, ni me asaltaron ni me violaron y tampoco me secues-

traron. Tomando ciertas precauciones básicas (por ejemplo, no salir sola por la noche), nunca me sentí amenazada o insegura, nunca tuve la impresión de encontrarme en un ambiente violento mientras estaba en Guatemala.

La belleza natural —con sus volcanes, los lagos, la jungla— y los vestigios de la cultura maya son tan impresionantes y exóticos que cada vez más turistas emprenden un viaje a estos lugares mágicos. Según el Instituto Guatemalteco de Turismo (INGUAT), en el 2008 un total de 1.715.426 turistas ingresó al país². La mayoría de ellos se concentra cerca del Parque Nacional Tikal y en La Antigua.

Son sitios preciosos y cuando se viaja por Centroamérica es imprescindible visitarlos. Al pasear por las calles adoquinadas y limpias, uno se cruzará rara vez con mendigos o gente andrajosa que tiene más mellas que dientes en la boca. Es incómodo darse cuenta, pero de hecho se trata de mundos artificiales y protegidos, contruidos únicamente para el turismo. Lamentablemente no tienen nada que ver con la realidad existente en Guatemala, o sea, lo que se encuentra detrás de los impactantes templos de Tikal y las lindas casas coloridas de La Antigua.

Finalmente cada uno de nosotros decide qué quiere ver y qué ignorar, pero aunque preferimos no enfrentarnos a la realidad, deberíamos por lo menos respetarla y comportarnos a la

altura de las circunstancias. No entiendo cómo se puede ir con la conciencia tranquila a un bufete libre en el país más golpeado por el hambre en Latinoamérica, sobrecargar el plato con comida y luego tirar la mitad mientras un 50% de los niños guatemaltecos menores de cinco años están afectados con desnutrición crónica³. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Guatemala es un país que todavía tiene que dar la cara por muchos problemas estructurales y luchar contra bastantes inconvenientes omnipresentes. Pero sin duda alguna es el país más fascinante, maravilloso y rico en contrastes que he conocido y el tiempo que pasé allí fue el más excitante, enriquecedor y emocionante, a la vez que el más duro y meditabundo de mi vida.

En ningún momento me arrepentí de haber hecho este viaje y recomiendo a cada uno atreverse a mirar más allá de su propia nariz —siempre que no lo haga con la actitud del rico europeo sabelotodo— sino con la mente abierta y con el respeto suficiente por una cultura y mentalidad diferente.

Es cierto que en Europa algunas cosas funcionan mejor, pero también podemos aprender mucho de los guatemaltecos, entre otras cosas, quejarnos un poco menos, no obsesionarnos tanto con la angustia existencial y enfrentarnos al futuro con más optimismo. ¡GUATEÁMALA!

1. <http://www.maec.es/es/MenuPpal/Paises/ArbolPaises/Guatemala/Recomendaciones%20de%20viaje/Paginas/recoGuatemala.aspx> , 25/10/2009.

2. <http://estadisticas.almadelatierra.com/boletines/BOLETIN%20ANUAL%20ESTADISTICAS%20DE%20TURISMO%202008.pdf> , p.6, 01/11/2009.

3. (Artículo del 08/09/2009) http://www.elpais.com/articulo/internacional/hambre/golpea/Guatemala/elpeuint/20090908elpeuint_4/Tes , 01/11/09.

Inauguración del local de la Fundación Emmanuel Mounier



Redacción de Acontecimiento

Instituto E. Mounier

El pasado día 20 de septiembre de 2009 celebramos la inauguración del local de la Fundación Emmanuel Mounier que se encuentra en la calle Benamargosa 1 de Madrid. Fue un momento apasionante y muy emotivo. Este local llega tras 25 años de duro trabajo en el IEM y es la concreción de una honda aspiración de todos nosotros: disponer de un lugar donde acoger a toda persona y desde donde difundir el personalismo comunitario. Que llegue a ser hogar y taller es cosa de todos nosotros, igual que ha sido gracias al esfuerzo de todos que la Fundación haya podido dar este importante paso. Es solo el primero; tras éste, viene el segundo y el tercero y el cuarto, todos en forma de cuota mensual del crédito, y en todos ellos necesitamos seguir sumando esfuerzos, creciendo en las aportaciones económicas, y contagiando a otros la importancia de este proyecto. Empezar un proyecto es un ejercicio de decisión y coraje; mantenerlo es la prueba de la responsabilidad y la madurez en las opciones.

El acto de inauguración comenzó con unas palabras del presidente del Instituto Emmanuel Mounier, Luis Ferreiro, con las que repasó la historia del Instituto durante estos 25 años, recordó a cuantos han pasado por nuestras vidas estos años, a los que nos han dejado por ley de vida, a los que han colaborado puntualmente y, sobre todo, a los que se han entregado

con espíritu militante. Por último, agradeció personalmente y en nombre de todos a quienes han hecho posible la compra y acondicionamiento del local, mencionando especialmente la gran labor y dedicación de Luis Narvarte, así como de los amigos que han sacado de su bolsillo una contribución para hacer posible esta obra, sabiendo que en algunos casos lo han hecho con gran sacrificio de sus modestas economías.

Terminó rindiendo un homenaje a la que, sin ninguna duda, ha sido la persona que más se ha entregado al IEM durante estos 25 años: Julia Pérez. Le hizo entrega de una «edición especial de sinergia verde» con la biografía de esta gran mujer, en la que todos los presentes pudieron plasmar dedicatorias y palabras de agradecimiento y que, de seguir así, necesitará de una segunda parte bien pronto. Luis Ferreiro subrayó que él es absolutamente contrario a hacer biografías de personas vivas, pero que el caso de Julia era la única excepción a la regla. El presidente le entregó asimismo una placa conmemorativa de este homenaje y en la sala se oyeron voces que solicitaban que el local se bautizara como «Aula Julia Pérez». Todo se andará.

Finalmente, Luis Ferreiro dio paso al fundador del Instituto Emmanuel Mounier, Carlos Díaz, quien hizo unas interesantes reflexiones sobre el provenir de esta institución, llamada a volar alto pero sin despegarse de la realidad, equilibrio harto difícil, pero nadie dijo nunca que la vocación del IEM fuera fácil.

El acto terminó con un ágape regado con vino de Rioja, que es como termina toda buena celebración: en torno a la mesa. Cuando hubimos dado cuenta de todas las viandas, dimos por concluida la inauguración, no sin un llamamiento final: el de llenar de vida el local. Es labor de todos. Consideradlo vuestro. Utilizadlo. Y, por favor, contribuyamos todos a su sostenimiento.



Cartas

**De Ángel Nistal,
Astorga (León)**

19 de noviembre de 2009

Amigo Carlos, ya sabes que estoy contigo. Me alegro de ese reconocimiento que te han hecho.

Cuenta con mi oración.

Un abrazo.

ÁNGEL

**De Rosa Morlán,
Algorta (Vizcaya)**

19 de noviembre de 2009

Saludos de una abuela de setenta años, que está encantada de darle la alegría de compartir sus ideas en defensa de la vida humana desde sus escondidos comienzos.

También suscribo íntegramente el Manifiesto sobre el aborto del Instituto. Me siento orgullosa y agradecida de tener por amigos (al menos así los considero yo), a gente generosa y pensante, que regala su tiempo para defender contra viento y marea a la persona humana. Que Dios siga manteniendo vuestro tesón y vuestra esperanza.

Un cordial saludo de

ROSA MORLÁN

De Julia Villa

19 de noviembre de 2009

Estimado Carlos:

Tuve la suerte de escucharle en varias ocasiones cuando era yo más joven (y usted también). ¡Y me encantaba lo que decía y cómo lo decía! He leído algunos de sus escritos. Los últimos, Soy amado, luego existo I y II.

Ahora, sé algo de usted por D. José-Román Flecha. Él me ha enviado los archivos adjuntos sobre presentación y editorial de la revista *Acontecimiento*.

Estoy plenamente de acuerdo y siento que tanto usted como el profesor Flecha no puedan desenmascarar a todos los que (con su cara bonita —o fea—) defienden la ley del aborto con inventos.

Siga escribiendo y hablando. Es muy clarito.

Un saludo.

JULIA VILLA GARCÍA

**Jorge M. Ayala
Zaragoza**

23 de noviembre

Recordado Carlos:

Estoy plenamente de acuerdo con los 5 silogismos que propones en *Acontecimiento*.

Os felicito, porque con este número dejáis bien patente el Humanismo que defendéis.

Recibe un cordial saludo.

JORGE M. AYALA

**José-Román Flecha
Salamanca**

30 de noviembre

Querido Carlos:

Que sí, que «de por mientras», estoy muy de acuerdo con los cinco silogismos.

Ya he hecho bastante publicidad de la revista *Acontecimiento* en los lugares donde he hablado de Bioética en los días pasados. Además de hacerme socio del Instituto...

Te envío las reflexiones que he preparado para este próximo fin de semana con destino a mis amigos de acá y de acullá.

Feliz tiempo de Adviento y un abrazo,

JOSÉ-ROMÁN FLECHA

Queridos amigos:

He leído, atraído en muchos momentos por el contenido y la forma, el libro de Luis Narvarte: *Para difundir sentido y esperanza* (colección Sinergia).

Ha sido escrito con rigor, seriedad, claridad, sencillez, que convence por los atrayentes ejemplos hasta de su cálida experiencia familiar.

Hará bien a sus lectores. Lo he seleccionado para mi biblioteca comunitaria familiar «Scala Paradisi».

Luis: ¡GRACIAS!

ANTONIO PUÉRTOLAS





Enciclopedia del la persona en el siglo xx

Editado por Antonio Pavan
Ediciones Científicas Italianas,
Nápoles, 2009, pp. 1184, € 125

Ha llegado a las librerías italianas, en el pasado mes de mayo, la *Enciclopedia della persona nel xx secolo* [Enciclopedia de la persona en el siglo xx]. Imponente obra en la que han trabajado durante 8 años una red de más de 250 expertos de todo el mundo (coordinada por el filósofo de la universidad de Padua Antonio Pavan). La obra trata de ser un primer intento de balance mundial de esa cultura de la persona que ha venido madurando en el siglo xx y que hoy se encuentra más que nunca en el centro de los debates sobre esa dignidad humana que, más allá de los límites ideológicos, religiosos y filosóficos, se está convirtiendo en la preocupación de fondo de nuestra edad en todas sus formas. En la *Enciclopedia* se estudian nada menos que 500 autores: de las diferentes culturas (europea, norte y sudamericana, asiática, africana...); de los diferentes campos disciplinares (filosofía, política, teología, economía, arte, educación...); de las diferentes tradiciones intelectuales; y, hecho nuevo para una obra de este género, de testimonios de diferentes campos de la acción (sindical, política, económica, religiosa, etc.).

Un obra completa sobre la preocupación antropológica de un siglo por el que se ha ido perfilando la idea de persona; idea que no ha sido inventada en este siglo —pues tiene sus orígenes en las disputas teológicas del cristianismo primitivo— pero que es rescatada para advertir de la dignidad del hombre «en lo terrenal» (después de siglos de utilización prevalentemente teológico-me-

tafísica cuando no «sagrada»). La *Enciclopedia* documenta este reencuentro en el siglo xx como una «obra común» en la que «se trabaja y se aportan conocimientos de los cuatro puntos cardinales del planeta. De modo que la idea de persona que se reencuentra en el siglo xx es, cada vez más, patrimonio común de la civilización, un gran topos laico (es decir, común)». Esto puede explicar la fuerza y la extensión del recurso a la idea de persona que hoy se constata para designar la dignidad del hombre. Entrando en el siglo xxi se puede usar y se usa «persona» más allá de las culturas, las religiones, las filosofías, las ideologías: para llamar al hombre no en su desnudo «residuo natural» como tienden a hacer los diferentes reduccionismos, sino en la imposibilidad de quedar confinado en el enigma de su humanidad.

Después de esta obra nos quedará la obligación de revisar las ópticas corrientes que asocian la idea de persona a la tradición «particular» cristiana en una tendencia «occidental», a una familia específica de posiciones ético-filosóficas como los «personalismos» u otras.

Ahora más que nunca, y por la variedad de «justificaciones» teóricas y culturales, persona es el nombre con el que, cada vez más —y contra la amenaza de cosificación del ser humano— se habla de su dignidad y de su no-cosidad. «Persona» se ha vuelto, en el redescubrimiento que ha hecho el siglo xx, la palabra menos reductiva con la que se pueda hablar del hombre como ser de libertad y de autonomía; de ahí que su «lugar natural» es, cada vez más, el horizonte de los derechos humanos. Y es sobre el fondo de este horizonte donde la *Enciclopedia* va a descubrir

donde quiera que sea, más allá de cualquier territorio establecido, los indicios de esta personología en su estado naciente.

Entre los autores estudiados señalaremos aquí algunos del área de lengua española: J. L. López Aranguren, Pedro Casaldàliga, Miquel Coll i Alentorn, J. M. Coll i Alemany, Eusebi Colomer, A. C. Comín, Carlos Díaz, Ignacio Ellacuría, José Gaos, Manuel García Morente, Gustavo Gutiérrez, Pedro Laín Entralgo, Juan José López Ibor, A. López Quintás, José Manzana, Julián Marías, A. Millán Puelles, Eduardo Nicol, J. Ortega y Gasset, Fernando Rielo, J. L. Ruiz de la Peña, Joaquín Ruiz Jiménez, Juan Luis Segundo, M. de Unamuno, Joaquín Xirau, María Zambrano, Xavier Zubiri, etc.

En España han colaborado como redactores, entre otros: Jordi Giró, J. L. Vázquez Borau, Xosé Manuel Domínguez Prieto, J. M. Burgos, Juana Sánchez-Gey, J. R. Nieto, Javier Pinazo, Agustín Domingo...

Saludamos con alegría la publicación de esta gran obra de referencia, que no debería faltar en las mejores bibliotecas filosóficas que se precien de serlo.

REDACCIÓN DE ACONTECIMIENTO

Teología de la liberación tras el fin de la historia. La renuncia a dejar de sufrir.

Daniel M. Bell Jr.

Ed. Nuevoinicio. Granada, 2009.
382 pp.

La teología de la liberación ha realizado durante los últimos treinta años sublimes esfuerzos por distanciar el cristianismo del capitalismo, aunque al propio tiempo haya incurrido en el error de aceptar al Estado como posible instrumento anticapitalista: la política alcanzaría su más alta expresión en el Estado como órgano de cambio social y político. El espacio de libertad que deja

libre la Iglesia en el cambio político lo ocuparía el Estado.

Ahora bien, fracasado el mito izquierdista del *socialismo de Estado*, la teología de la liberación ha vuelto sus ojos hacia la *sociedad civil* como herramienta del Estado para su propia democratización y humanización económica. Semejante actitud ha enemistado a los teólogos de la liberación con la postulación neoliberal de un «Estado mínimo» en cuanto a asistencia social pero máximo en cuanto a su capacidad represiva (Estado policía necesario para entregar la sociedad al mercado), pero también con autores en boga como Gilles Deleuze, para el cual capitalismo y Estado se han fusionado hasta tal punto que, como también asegura Michel Foucault, la denominada sociedad civil, supuestamente antitética con el Estado, reorienta los deseos humanos hacia los fines propios del capitalismo corrompiendo la comunidad interpersonal para suscitar una fiebre insaciable de «siempre más» y provocando la guerra de todos contra todos: *Estado y sociedad civil no serían sino lacayos del capitalismo posmoderno*, auténtica forma de locura, desde el momento en que es malo que sus multinacionales te exploten, y peor aún que ni siquiera te exploten, aquellos nichos de excluidos que ni siquiera son capaces de encontrar un lugar en los márgenes de este sistema, quedándose solamente la rebuza en los basureros. Para el Estado capitalista, el desarrollo del Tercer Mundo ya no es una meta que deba alcanzarse, sino una amenaza que hay que aplastar: el capitalismo salvaje opta por una maximización del beneficio antes que por el desarrollo.

Ambas tesis, tan profundamente certeras y verdaderas,

llevan a Daniel Bell hacia una superación *postsecular* (es decir, rompedora de la barrera entre lo religioso y lo político-social) de la teología de la liberación: para superar el capitalismo supuestamente apolítico, la Iglesia no debe ser una entidad conservadora de valores apolíticos abstractos, sino autorreconocerse como realidad íntegra (social, política, económica) capaz de desafiar al capitalismo y al Estado para proclamar *la acción concreta de Dios en la historia de la humanidad*. Frente a los pactos de silencio con el desorden establecido, la Iglesia no ha de aparecer como una sociedad civil neutra o domesticada, sino como una *sociedad incivil* en orden al Reino de Dios para la dinámica revolucionaria y terapéutica del perdón y la *renuncia a dejar de sufrir*, es decir, de renunciar a los sufrimientos injustos *haciendo a su vez justicia con más sufrimiento*, lo cual no tiene nada de patetismo neurótico o masoquista, sino que es por el contrario el fruto de la comunión en el Espíritu del Señor resucitado, verdadera terapia del deseo deforme que el liberalismo del pretendido «fin de la historia» ha inoculado en el corazón humano.

La desterritorialización del deseo capitalista lleva así, paradójicamente, a la recuperación de la condición del bautismo cristiano gracias al cual nos convertimos en militantes de lo sagrado, profetas de la denuncia de lo profano, y reyes del reino de

Dios y su justicia. Por decirlo paradójicamente: se trataría de purificar la teología de la liberación, pues ¿puede una teología verdadera no ser verdaderamente liberadora? *Teología de la liberación tras el fin de la historia* del teólogo metodista Daniel Bell Jr. Es, pues, un excelente, un magnífico libro, hay que leerlo.

CARLOS DÍAZ

Cuatro personalistas en busca de sentido (Ebner, Guardini, Marcel, Lain).

Alfonso López Quintás

Ed. Rialp, Madrid, 2009, 237 pp.

Si existe algún pensador español fiel al personalismo dialógico, ese es Alfonso López Quintás, mi maestro desde hace casi medio siglo, con quien tengo una deuda de reconocimiento que ningún homenaje podría sustituir. Medio centenar de libros atestiguan el rigor y el método con que ha pensado y vivido ese su jugoso personalismo, aunque en el panorama español actual pretenda negársele el pan y la sal. Sin embargo, con alegría puedo testimoniar que no hay país en toda Hispanoamérica por el cual yo pase en que no se reconozca su presencia con admiración y ya con especial veneración filial. Vaya esto por delante como mínima *restitutio in integrum*. La historia dirá.

La riquísima aportación de don Alfonso al personalismo es sobre todo metodológica; ningún otro después de Romano Guardini, más incluso que este último,

ha concedido tanta importancia a esta exigencia de rigor intrínseco del pensar metodológico mismo. *Cuatro personalistas en busca de sentido* resume y ejemplifica con lucidez sin igual el acercamiento a la realidad en su variedad de planos y de estructuras. Todo un maestro en la analítica de las claves de interpretación de la vida, de la que podemos extraer certeras *pautas de conducta*, toda una escuela, todo un futuro. Mucho se escribe sobre comentario de textos, pero sólo López Quintás lo hace con la riqueza exploratoria que debe hacerse cuando se quiere captar la sinfónica verdad de lo visible e invisible.

A mi personalmente me encanta la buena literatura edificante (¿quién no pretende edificar, acaso los deconstruccionistas no, acaso los nihilistas no?), la que edifica su edificio con rigor conceptual, horizonte de sentido y actitud proactiva, vital, propositiva, capaz también de lucidez autocrítica, como se aprecia en estas frases de *Cuatro personalistas en busca de sentido* (Ebner, Guardini, Marcel, Lain): «Los temas básicos del personalismo dialógico presentan una espléndida y temible ambigüedad. Espléndida, porque responde a la condición abierta, relacional, de las realidades personales y, en general, de las ambivalentes, que 'no limitan' (M. Buber), antes están llamadas a entreverar sus campos de realidad y de acción. Temible, porque, si no es domeñada intelectualmente

mediante el uso de una metodología adecuada, esa ambigüedad será vista como vacilación y causará desprestigio» (p. 41). A este riesgo hay que añadir que el descubrimiento de la *experiencia del encuentro* ha llevado a los pensadores dialógicos a renunciar por principio «a dar una explicación racional—al modo de la filosofía trascendental idealista— de esa realidad del encuentro, del estatuto ontológico del 'entre' y del rango ontológico de la categoría de relación cuando es vista como elemento *constitutivo*—no sólo *consecutivo*— de los seres personales. Esta actitud del personalismo dialógico fue interpretada a menudo como opuesta a la tendencia del pensamiento *trascendental* a 'deducir'—o al menos a explicar— el conocimiento del otro a partir de la certeza del propio yo pensante. Se afirma que la filosofía trascendental reduce el encuentro con el tú a la relación del propio yo con otros yos en un campo de *intersubjetividad*, y que la filosofía dialógica parte de la intuición que se alumbra en la experiencia de la relación *interpersonal* que el yo realiza antes de toda actividad *razonadora*» (p. 41).

Tales peligros, en mi opinión, no pasan de ser lo que son: peligros, que yo no daría en modo alguno como revalidados por los mejores personalistas dialógicos¹, cuyo rasgo distintivo decisivo «tal y como fue concebido por F. Ebner², F.

1. Especialmente por Emmanuel Levinas, cuya ausencia resulta flagrante en la obra de nuestro maestro, y lo lamentamos mucho, precisamente porque en Levinas se evitan con fenomenológica precisión esos peligros que recalca López Quintás y pueden afectar a las posiciones más perezosas: «Al no consagrar suficiente atención al análisis filosófico de los resultados de su honda experiencia personal, los pensadores dialógicos dan la impresión de situarse en un plano de mera experiencia y quedar enfrentados con la pretensión de racionalidad absoluta que caracteriza el pensamiento trascendental».

2. Me adhiero especialmente al reconocimiento del peligro que López Quintás señala muy bien de que «con frecuencia, los pensadores personalistas apoyan explícitamente sus razonamientos en datos de la experiencia religiosa. Algunos, por ejemplo Ebner, no se consideran obligados a justificar tal interferencia de planos porque manifiestan abiertamente que su pensamiento no es filosófico, sino 'pneumatológico'. La explicación queda con ello desplazada de lugar, pero sigue echándose en falta» (p.42). Este peligro es resultado, como vengo señalando en mis propias obras, de una impropia analítica de la razón que sigue separando lo afectivo y lo intelectual, especialmente en el caso de Ebner, aunque no sólo en él. Y hay que conjurarlo exorcizando los propios demonios interiores. Lo mismo que debería hacer todo sistema de pensamiento en bien de todos.

Rosenzweig, M. Buber, E. Bruner, G. Marcel, J. Lacroix, M. Nédoncelle, E. Mounier y R. Guardini entre otros, viene dado por su voluntad de ajustar el estilo de pensar al modo de la realidad que ostentan las realidades personales. Ese ajuste —que implica una verdadera *metanoia* o conversión— intentaron realizarlo mediante el cambio del esquema mental *yo-ello* por el esquema mental *yo-tú*» (p. 154).

Sólo añadir que, a la vista de estos escollos, desde mi particular punto de vista, lo que el personalismo necesita es la universalización de una crítica de la razón fría, a favor de una razón postfenomenológica, al modo de Ortega o de Zubiri y otros, una razón cálida, utoprfética. Y en ello estamos.

CARLOS DÍAZ

El negocio del poder. Así viven nuestros políticos

Federico Quevedo, Daniel Forcada
Editorial Áltera, Barcelona, 2009.
245 pags.

Cuando se menciona a los políticos, no es raro hablar de sus sueldos, de sus privilegios, de su aprovechamiento del puesto para favorecerse o favorecer a sus allegados; y, todavía más, cuando un día sí y otro también, aparecen continuos casos de favoritismos, influencias, manejos y corruptelas varias en la prensa.

Federico Quevedo y Daniel Forcada son dos periodistas jóvenes que, como manifiestan al comienzo de este libro, intentan hacer «un retrato de nuestra clase política. Con sus sombras y con sus grandezas.

Sin apriorismos y sin partidismos. Un retrato alejado de la demagogia y justificado, únicamente, en numerosos datos».

La idea les surgió de una iniciativa que en Italia ya es fenómeno editorial. Dos periodistas, Sergio Rizzo y Gian Carlo Stella, sorprendieron al país describiendo los privilegios y desmanes de la clase política con su libro *La Casta. Así se han convertido en intocables los políticos italianos*.

Aclaran los autores que muchos de los servidores públicos son personas honradas, preocupadas únicamente por el bien común, pero que algo «chirría». Es la otra cara del poder, el aspecto más lucrativo, que ya nos sorprende poco por las muchas veces que aparece en los medios de comunicación. Así, en palabras de los autores: «Las evidencias son, sin embargo, abrumadoras; ya tantas, que es imposible recogerlas todas en este libro, razón por la que hemos hecho una selección de lo que nos ha parecido más destacado y, sobre todo, lo de mayor actualidad presente». Y todo, sacado de los medios de comunicación y del B.O.E.

El libro se divide en tres partes. En la primera de ellas, titulada «¿Éstos son los mejores?», se comienza con un caso de actualidad, el «Caso Gürtel», y con la famosa reunión del entonces ministro de Justicia, Bermejo, con el juez Garzón y con el jefe de la Policía Judicial, en la ya conocida (por otros asuntos políticos) finca de Quintos de Mora. A continuación, en el capítulo segundo, se pasa a tratar sobre los gastos del Rey, de los cuales parece que no da cuentas,

para completar esta primera parte con la buena vida de quienes pueden permitírselo gracias a la política: desde el uso de aviones oficiales para asuntos personales hasta el empleo del dinero público para aprovechamiento personal. Todo con nombres, apellidos y datos publicados.

En la segunda parte, titulada «Todo por un sueño», aborda a los parlamentarios. Un capítulo lo dedica a los parlamentarios nacionales: sus sueldos, pero también todos los complementos que se les suman, que no son pocos, hasta alcanzar en algunos casos cifras astronómicas, muy por encima del sueldo medio de los españoles. Incluso están los que compaginan su trabajo de parlamentario con su «pensionazo» de ex-ministro. Resulta curioso enterarse de que ex-ministros y ex-secretarios de Estado son los únicos ciudadanos que tienen el privilegio de cobrar dos sueldos de la Administración, y quizá puedan seguir cobrando también el sueldo de sus partidos. Pero todavía es más jugoso el capítulo siguiente, dedicada a los parlamentarios europeos, que pasan inadvertidos para los medios de comunicación, pero que, en palabras de los autores, tienen cinco años para «euro-forrarse», pudiendo un diputado hacerse millonario en una sola legislatura. Hasta tal punto ha llegado la situación, que el Tribunal de Cuentas de la Unión Europea ha llamado la atención sobre el descontrol de gastos en la Cámara. Y, como final de esta parte, se hace referencia más detallada a la «Operación Gürtel» y al lujo y ostentación de algunos políticos.

En la tercera parte, «El dinero público no es de nadie», tratan los autores sobre el despilfarro de la autonomías, con los coches de lujo comprados por cargos autonómicos (Benach en Cataluña, Pérez Touriño en Galicia), los despachos «personalizados», la afición por los viajes a cargo del presupuesto público, las comidas diarias en restaurantes de lujo y, en definitiva, los gastos descontrolados, porque cuando de dinero público se trata, no hay austeridad que valga (y todo ilustrado con ejemplos de personajes públicos concretos). Marbella, la «Operación Malaya», alcaldes que ante la falta de regulación legal de sus retribuciones han hecho con sus sueldos lo que han querido... todo va desfilando por las páginas del libro. Y no se olvidan los autores tampoco de las dinastías políticas que hacen que el poder se quede en casa.

Termina el libro con un epílogo donde se dan pistas para una necesaria regeneración del sistema y con un anexo donde aparecen los sueldos de los regidores de los sesenta y siete principales municipios de España, el régimen económico de los diputados, las subvenciones a los Grupos parlamentarios del Congreso, y sueldos de altos cargos y de presidentes autonómicos.

En definitiva, un libro interesante, muy actual, que cuenta esta parte de la política que más que servicio es interés personal, partidista y aprovechado, sobre todo económico, para beneficiarse del puesto conseguido democráticamente. Una parte de la política que necesita limpieza y regeneración.

RAFAEL A. FLETA



ANÁLISIS

Crisis
económica,
crisis de
civilización

PRESENTACIÓN

■ LUIS FERREIRO

Director de *Acontecimiento*

El pasado mes de julio se celebraron en Burgos las XIX Aulas de Verano del Instituto Emmanuel Mounier. Como otros años ha contado con la presencia de numerosos miembros del IEM y de otros amigos que han tomado contacto con el IEM a través de ellas.

Con el lema de las Aulas, *De la especulación financiera a la esperanza humana*, quisimos significar la confrontación de dos actitudes diversas e incompatibles a la hora de organizar una economía y, más allá de ella, una sociedad verdaderamente humana. Porque, efectivamente, donde se hace presente la especulación se expulsa la esperanza en todas sus dimensiones.

De hecho, la especulación es una desesperada búsqueda de ganancias materiales con el mínimo esfuerzo. Es esta una actitud (in)humana cuyo supuesto existencial previo es haber desesperado de lo verdaderamente humano en sí mismo y en los otros, pues quien especula lo hace por no encontrar gusto ni gozo en las cosas sencillas y valiosas de la vida. El especulador desprecia el presente en aras de un futuro que imagina más rico en dinero o en cosas que supone que le darán más felicidad.

El alma especuladora, como diría Antonio Machado, «por ansia de lo que espera no goza de lo que tiene». La presente crisis es una consecuencia de la **ansiedad codiciosa** de unos pocos, a los que otros pocos, que ostentan la representación democrática, han proporcionado vías de expansión y territorios a arrasar mediante el desenfreno crematístico, al que, como a caballo de Atila, han dejado campar a sus anchas sin riendas ni montura y eliminando cualquier obstáculo a su marcha.

Pero, si ya es desgraciado tener que trabajar para alimentar y engordar a la caterva del mundo financiero, y malo es tener que votar cada cuatro años a la casta de

los políticos, para que a la postre sirvan a aquéllos, incluso al precio de entregarles los recursos del país, peor aún es constatar la desesperación de la sociedad que calla y otorga. Aparentemente sosegada, la sociedad se consume en la peor de las desesperaciones, en aquella que ni siquiera se reconoce como desesperación: el **conformismo**, cuya impotencia se desahoga como mucho en el lamento.

En este sentido, los artículos de Paco Zugasti y Emilio Andreu muestran el desarrollo de la crisis y su impacto social, económico y cultural, cuya consecuencia es el ninguneo de la persona y de la sociedad en su conjunto. Peru Sasia, denuncia el excesivo relieve alcanzado por lo económico, que ocupa en nuestras sociedades el lugar central y dominante alrededor del cual gira y se supedita todo lo humano. Todo lo expuesto nos lleva a una conclusión: un poco de dignidad exige una revolución que ponga las cosas en su sitio adecuado.

¿Desde donde plantear esa revolución? Un intento de respuesta lo tenemos en el análisis de Agustín Domingo y Antonio Calvo. La crítica de la situación descrita ha de llegar al fondo de las cosas: es una concepción perversa del hombre y de su comportamiento el que subyace al desorden actual. Es preciso sustituir el vigente sistema de valores por otro y por el predominio de conductas que reconozcan al otro como prójimo, y que sean capaces de anteponer los derechos de los pobres a todo lo que es secundario, pues no olvidemos que esta crisis es un episodio pasajero de los países que no están acostumbrados a ellas, mientras el 80% de la humanidad vive en crisis permanente.

Por último, no ofrecemos aquí una salida a la crisis, pero apuntamos que para salir de ella habrá que aspirar a algo más que a superar su aspecto económico y **salir de esta civilización** con destino a otra más humana. Para ello son necesarias ciertas condiciones, que para José Bellver y Javier Mingo vendrían dadas por un necesario decrecimiento material para crecer humanamente. Yendo a fondo y de modo directo, Carlos Díaz termina reclamando la fuerza fundamental para un **crecimiento en humanidad** que se abra paso luchando contra el nihilismo rampante, el conformismo borreguil y la voracidad de una globalización feroz y despiadada con los pobres. ■

LA CRISIS DE LO ECONÓMICO

■ PERU SASIA
Proyecto Fiare

Es razonable pensar que la expresión utilizada para titular estas líneas resulta, al menos, chocante. Que no refleja correctamente lo que se esperaría de un texto sobre la crisis en estos tiempos. Seguramente dejarían más conforme al potencial lector expresiones que apuntasen a un texto comprometido con el análisis de una crisis que acontece en *éste sistema económico*. Porque, a primera vista, es de eso de lo que se trata: no una puesta en cuestión de «lo económico», sino un toque de atención sobre los problemas que han surgido en nuestro sistema actual de producción, distribución e intercambio de bienes y servicios. Problemas que tienen una cierta singularidad y, por lo tanto, pueden analizarse en sus nuevos factores desencadenantes y en su posterior desarrollo, de cara a poder introducir las necesarias correcciones.

Yendo un poco más lejos, podría aventurarse un título algo más audaz, que anunciara un ensayo sobre «la crisis de éste sistema económico». Con un título así, estaríamos proponiendo una reflexión a fondo de los elementos estructurales del actual sistema que han conducido a esta crisis, cuya novedad se puede achacar a su desarrollo y consecuencias, pero no a los factores desencadenantes, dado que éstos tendrían sus raíces en los mecanismos del propio sistema. En una reflexión de este tipo, el reto supondría mostrar que no nos encontramos ante una crisis excepcional, sino ante el inevitable resultado que cabe esperar en un sistema económico que lleva en su misma entraña los dinamisismos necesarios para generarlas. Frente a este reto, nos preguntaríamos si es posible plantear sistemas económicos alternativos, tímidamente apuntado por algunos gobernantes al comienzo de esta crisis, dubitativos en torno a la profundidad de las necesarias revisiones. Duda, dicho sea de



paso, que rápidamente se soslayó, evitando plantear cualquier reconsideración en profundidad de los mecanismos e instituciones fundamentales que mantienen vivo el sistema económico único que hoy impera globalmente.

La reflexión que se propone, sin embargo, es de mayor alcance. Lo expresado en el título nos compromete a mostrar que es la propia concepción de lo económico en nuestras sociedades lo que está en crisis, más allá incluso de los modelos o sistemas empleados para «hacer economía». Se puede apuntar, no sin razón, que en tiempos de pensamiento único en los que lo económico sólo se puede plantear vinculado al sistema capitalista neoliberal globalizado, hablar de hacer economía o de hacerla de esta única manera supone dos formas de afrontar el mismo campo de análisis. Sin embargo, la referencia deliberada a la crisis de *lo económico* que se propone en el título supone ya de por sí una tesis inicial: lo que esta crisis nos muestra, alineada con muchas otras crisis permanentes con las que nos hemos acostumbrado a convivir, es un profundo mal funcionamiento no sólo de los mecanismos propios de este sistema económico, sino de todo un contexto mucho más amplio que, hoy por hoy, configura de forma prácticamente única nuestras sociedades. Un contexto que va mucho más allá de lo que habitualmente hemos venido conociendo como economía, pero que hoy se encuentra profundamente economizado, sometido a una racionalidad que emana de los valores que el sistema económico ha impuesto, y que ha colonizado ámbitos como el cultural, el político, el del ocio o el de las relaciones interpersonales.

A raíz del desplome financiero, muchas voces dentro del propio *establishment* neoliberal se han alzado reclamando o augurando un «profundo cambio». Incluso pre-

mios Nóbel de economía como Krugman o Stiglitz dirigen algunas de sus reflexiones en esa dirección. Sin embargo, la cuestión de fondo persiste: ¿estamos *capacitados* para pensar y promover ese cambio?, porque plantea preguntas que remiten a contenidos no solo económicos, sino netamente políticos, y que observa al sistema económico como un elemento sobre el que reflexionar. Preguntas que deben ser planteadas y respondidas por aquellos agentes sociales responsabilizados de cuestiones mucho más importantes que las que atañen a los mecanismos e instituciones económicas, como son la igualdad de oportunidades, el bienestar y la felicidad de las personas.

La tarea así delineada presenta una notable dificultad, dado que dicha capacidad exige una libertad de pensamiento que se arraigue en la ausencia de bloqueos intelectuales y formales que permitan afrontar lo nuevo sin constricciones. El problema es que estos bloqueos existen, y son muy sólidos, ya que se alimentan de las percepciones de inviolabilidad de algunos de los pilares que sería necesario remover. Pilares tan arraigados en nuestra cultura y nuestro marco de valores como la propiedad individual, el crecimiento continuo en el consumo o los derechos de disfrute de algunos de los elementos de bienestar a los que sólo tenemos acceso los más favorecidos. Pensemos que de lo que estamos hablando es de una revisión que parte de un replanteamiento de los conceptos de felicidad o buena vida, que no pertenecen a la esfera económica, o que al menos no pertenecían hasta que esa esfera ha acabado incluyéndolas en su sistema, que ya no es sólo de intercambios, sino también de valores.

Por eso, es «lo económico» lo que es necesario repensar, empezando por preguntarse por aquello que le es propio para comprender su lugar y función social. Porque, aunque a muchos les genere un cierto escalofrío pensarlo, es precisamente redescubrir esa función subordinada de lo económico al bienestar de las personas donde se encierran las claves de posibilidad del cambio.

UNA CRISIS RETRANSMITIDA

Una de las formas más evidentes de percibir esta saturación de lo económico que existe en nuestras sociedades es reconocer la dimensión mediática de esta crisis. Mientras escribo estas líneas, nos vamos enterando de

que la crisis económica global parece estar tocando a su fin. Que ciertos indicadores macroeconómicos de determinados países-locomotora muestran que lo peor ya ha pasado, y que esos brotes verdes traerán sin duda un nuevo periodo de bienestar y crecimiento. Excelente noticia que nos vuelve a sumir en ese letargo neoliberal en el que sonreímos mientras soñamos: superadas felizmente las tentaciones de traicioneras aventuras, no hay alternativa al capitalismo, ni falta que hace, ya que éste es perfectamente capaz de corregir sus errores y reconducirse espontáneamente por la senda del bienestar. Y, teniendo en cuenta que la realidad se asimila cada vez más a lo que se nos muestra de ella, no podemos por menos que acatar el veredicto. Aprovechando el vigésimo aniversario de la caída del muro de Berlín, comprendemos, impulsados por la profusión de imágenes de muros cayendo y titulares de indicadores macroeconómicos corrigiéndose, que estamos en el mejor de los mundos posibles.

Con los «brotes verdes» de las buenas noticias económicas iluminando las portadas de los medios de comunicación, resulta evidente la sospecha sobre ese desproporcionado interés por informar. Se sabe que el capitalismo se alimenta de explotar las situaciones de inquietud, incertidumbre y miedo que invaden a la ciudadanía en momentos de crisis. Ahora, quizás interese enterrar en una maraña de opinión inducida que lo que en verdad se ha confirmado es que la *mano invisible* del mercado no lo puede todo, que el capitalismo neoliberal globalizado no es capaz de regularse por sí mismo. Ahora, resulta al menos razonable pensar que este recurso a la sobre-información pudiera presentarse como una última y desesperada estrategia del propio sistema para producir tal hartazgo en la ciudadanía que permita desviar el foco de atención de su herida de muerte.

RESPONSABILIDAD INDIVIDUAL Y TRANSFORMACIÓN SOCIAL

Siendo tan solo uno de los muchos aspectos de esta crisis que se pueden analizar, el *frente mediático* nos muestra uno de sus elementos más característicos, que no es otro que la necesidad que tiene el nuevo capitalismo de construir «opinión pública» en torno a las cuestiones económicas. Opinión que lo primero que hay que entender es que se puede considerar cualquier cosa menos

pública, al menos en el tradicional sentido republicano de esta palabra. Accedemos a las informaciones de forma individualizada y apelan éstas a nuestra condición de *homo economicus*, de consumidor capaz tan solo de decir: «comprar o no comprar, esa es la cuestión».

Situar en el terreno individual, en nuestra condición de consumidores, las respuestas frente a esta crisis, no es inocente. Este es un mecanismo que los agentes impulsores del nuevo capitalismo globalizado conocen bien ya que, como decimos, lo utilizan con gran eficacia. También conocen las limitaciones de cualquier intento de generar propuestas de alternativa sobre la base de estrategias similares, ya que saben bien que estos intentos chocan al menos con dos sólidas dificultades.

La primera está relacionada con ese desbordamiento de lo económico en nuestras sociedades, y se sustenta en la manera en la que el marco de valores que las configura actualmente opera bloqueando nuestra responsabilidad. Cayó el Muro de Berlín y se aprovecha en este aniversario para recordarnos que aún existen muchos otros muros de la vergüenza bien sólidos, levantados para apartar a los indeseables, para limitar la movilidad de otras personas, para demarcar el territorio propio y defenderlo del extraño, del ajeno. Muros tangibles, hechos de sólida piedra. Pero poco o nada se habla de otros muros intangibles, pero no por ello menos consistentes. Muros hechos de aspiraciones creadas artificialmente, de publicidad, de modelos de éxito social, de falsedades convertidas en verdades por su machacona difusión. Muros que nos aíslan de valores como la comunicación interpersonal, el compromiso en favor de terceros, la piedad, la austeridad, el reconocimiento del débil o la solidaridad, y que despliegan toda su eficacia en la construcción de una individualidad que ignora al otro y nos lanza a consumir.

Porque es precisamente así como funciona nuestro sistema económico. Nos aísla como consumidores que toman decisiones individuales. Decisiones que, agregadas unas a otras, producen un solo y poderoso mensaje para los grandes grupos económicos: *seguid produciendo (como sea que lo hagáis) que yo compro*. Esos millones de mensajes, sumados sin nuestra participación consciente, son la fuente del extraordinario poder que tienen y utilizan las grandes organizaciones económicas. Lo que ocurra en todo este proceso de producción y distribución ya no es asunto

nuestro. La obscena desigualdad que surge, con nuestra colaboración, de este sistema de intercambios no se nos hace evidente, oculta tras muros que ciegan nuestra responsabilidad. La *tentación de la inocencia* de la que hablaba Pascal Bruckner a finales del siglo pasado es hoy el *imperativo de la inocencia*, impulsado por los mecanismos e instituciones básicas del neo-liberalismo globalizado. Un nuevo imperativo amoral que desactiva toda tentación de preguntarnos por las consecuencias de nuestras opciones de consumo.

La segunda dificultad que enfrenta un planteamiento exclusivamente asentado en el ámbito personal es la obvia, aunque no suficiente-

mente considerada, necesidad de que existan alternativas sobre las que articular la potencial respuesta responsable. Son muchas las estrategias orientadas a generar en nosotros tristeza, espanto o indignación ante las bochornosas realidades de desigualdad que existen en nuestras sociedades. Pero, incluso en el caso de que esa tarea sensibilizadora tenga éxito, esos sentimientos difícilmente podrán conducir a un compromiso militante por la transformación social si no existen alternativas sobre las que operativizar ese compromiso. La mayor parte de las veces, incluso esas estrategias (algunas de ellas des-

Fiare



arrolladas por organizaciones del Tercer Sector y basadas en técnicas de marketing al más puro estilo neoliberal) han abdicado del objetivo de promover la militancia, contentándose con obtener como resultado algunos fondos excedentarios de nuestros ricos bolsillos.

LA NECESIDAD DE PROMOVER ALTERNATIVAS

Decíamos que lo económico no sólo necesita una revisión interna, sino un replanteamiento de su lugar social, «des-economizando» espacios en los que la lógica económica neoliberal como marco de valores no tenga vigencia. Merece la pena recordar aquí, como uno de los ángulos desde los que entender este desafío, los planteamientos que ofrece Luis Razeto sobre los factores de éxito de muchos emprendimientos sociales alternativos que operan en la esfera económica. Un análisis ligado estrictamente a los tradicionales factores económi-

cos (fuerza de trabajo, tecnología, medios materiales, financiamiento y gestión) demuestra que muchas de esas iniciativas no deberían sobrevivir mucho tiempo.

Pero sobreviven. Y lo hacen sobre la base de lo que Razeto llama el «factor C», no considerado por el pensamiento económico actual y que, sin embargo, es factor clave de éxito de muchas de estas iniciativas. Un conjunto de valores que se ligan, en unas condiciones determinadas, a

estas experiencias alternativas: *Cooperación, Compañerismo, Comunidad, Compartir, Colectividad*,... Factores de éxito que el pensamiento económico actual no dudaría en considerarlas «fuera del sistema» y que han sido desterradas del marco de valores que configura hoy de forma muy predominante nuestras sociedades. Factores que, como resaltábamos anteriormente al hablar de la capacidad, el análisis que es posible hacer desde lo económico hoy no sería capaz de encontrar¹.

Es importante resaltar que la dimensión política de los retos globales ante estas crisis adquiere ahora una resonancia especial. Para este proceso de deseconomización,

es condición imprescindible que exista una dinámica de índole netamente política que rescate un pensamiento alternativo al capitalismo neoliberal y que reconozca las pautas económicas de cada persona y organización como un *lugar político*, un momento de participación de la ciudadanía en la configuración de nuestras sociedades. Porque, no lo olvidemos, no es suficiente con apelar a una ciudadanía vigorosa que asuma sus responsabilidades individuales en este terreno. El vi-

gor ciudadano debe necesariamente promoverse desde la esfera pública y es ésta una labor de carácter esencialmente político.

Como venimos mostrando, los tiempos actuales confirman esta tesis: el ejercicio de la ciudadanía, en un contexto como el actual, está diseñado para prescindir de la participación, de la solidaridad, e incluso de la responsabilidad de sus ciudadanos y sus instituciones. De



1. E Razeto, L. ¿Pueden juntarse economía y solidaridad? ACC. Salamanca 2007.

ahí que resulten tan estériles los intentos por sensibilizar y enredar a la ciudadanía desde las mismas reglas de juego del sistema económico neoliberal. Es bien cierto que una propuesta que trate de rescatar la esfera pública como un lugar de articulación de *otro modo de hacer economía* requiere, sin duda, de una *ciudadanía vigorosa*, de una ciudadanía densa y comprometida. Pero no es menos cierto que de poco sirve esperar una disposición hacia la participación y la solidaridad de la misma si previamente no se estimulan las condiciones para su despliegue. Si esperamos que la ciudadanía actúe y participe en la construcción de lo público motivada por valores alternativos es necesario que en ese marco público existan instituciones, estructuras y espacios que estimulen la aparición y el desarrollo de esos valores.

Esta llamada al reforzamiento de nuestra ciudadanía no sólo debe encontrar eco en las administraciones públicas, sino que supone un reto hoy para todas aquellas organizaciones que reivindicaban su legitimidad como agentes de transformación social. Es urgente que entiendan que en estos tiempos, y sea cual sea su campo de actuación, su carisma o su misión, una actualización irrenunciable de éstas consiste en asumir la transformación de lo económico y el necesario impulso de una ciudadanía responsable que la haga posible.

Siendo primordial que gobiernos e instituciones públicas afronten este tarea de resituación de lo económico, no lo es menos que otros agentes de la sociedad civil como universidades, iglesias, ONGs o sindicatos entiendan asimismo este contenido de su responsabilidad.

Que asuman como propio un compromiso por la transformación social que incluye inevitablemente la articulación de alternativas que congreguen a esa ciudadanía en torno a actividades económicas de todo tipo desarrolladas de acuerdo con un marco de valores radicalmente distinto al impuesto por el capitalismo neoliberal, con la intención de superarlo.

UNA ALTERNATIVA FINANCIERA: EL PROYECTO FIARE DE BANCA ÉTICA

proyecto de Banca Ética de Fiare... Un proyecto soportado en cuatro pilares básicos:

- **CRECE ABIERTO A LA PARTICIPACIÓN**
- **BUSCA SUPERAR LAS INSUFICIENCIAS ÉTICAS DE LA INTERMEDIACIÓN FINANCIERA**
- **SITÚA A LAS PERSONAS DESFAVORECIDAS Y A LAS ENTIDADES QUE TRABAJAN CON ELLAS EN EL CENTRO DEL PROYECTO**
- **SE INSERTA EN EL ENTRAMADO FINANCIERO**



En Noviembre de 2003, 52 organizaciones de lo que se conoce en sentido amplio como el «Tercer Sector» constituyeron la Fundación Fiare en Bilbao. La intención fundacional al convocar a estas organizaciones era explorar las vías para llegar a constituir una entidad financiera «diferente», en línea con la corriente conocida comúnmente como Banca Ética².

Construido a partir de los esfuerzos de muchas organizaciones de todo el estado, el proyecto Fiare de Banca Ética es hoy una realidad que aglutina a más de 300 entidades sociales de Euskadi, Navarra, Catalunya, Madrid, Valencia, Castilla-León, Andalucía y Extremadura. Existen asimismo organizaciones planteándose la creación de redes de apoyo en Galicia, La Rioja, Baleares y Canarias. Se trata de organizaciones sociales de los ámbitos de la cooperación al desarrollo, el comercio justo, la inserción social, el ecologismo, el cooperativismo, la educación e investigación... Todas ellas se han reunido, cediendo recursos económicos y humanos, para ir construyendo un proyecto de Banca Ética que opere en toda España. A fina-

2. Un desarrollo pormenorizado de lo que es la Banca ética se encuentra en: Sasía, P. y de la Cruz, C. *Banca ética y ciudadanía*. Madrid. Trotta 2008.

Un Proyecto de Banca Ética que responde a un **doble objetivo**:

- **Financiar actividades económicas que tengan un impacto social positivo.** Esto significa apoyar empresas y proyectos sociales, medioambientales, culturales y humanitarios, y prestar especial atención en poner los recursos al alcance de las personas más pobres y a las organizaciones que trabajan con y para ellas, tanto en el Norte como en el Sur.
- **Ofrecer al ahorrador e inversor responsable** la posibilidad de apoyar este tipo de actividades, canalizando sus deseos de decidir responsablemente sobre el uso que de éste hace la entidad financiera.

... gestionado de forma sostenible:

- Se inserta en la esfera de lo económico y en ella se obliga a respetar las reglas del juego, exigiéndose cumplir la ley, adaptarse a las costumbres, equilibrar ingresos y gastos... El resultado económico no es un objetivo. Condiciona las estrategias posibles, pero no las define. **Ningún grupo de interés participante en el proyecto Fiare reclama la maximización del beneficio económico.**

fiare
compartimos tu interés



les de Octubre de 2009, Fiare ha recogido más de 17 millones de euros en depósitos y ha concedido financiación por un valor total superior a los 10 millones de euros.

A diferencia de las entidades bancarias existentes, la banca ética es una propuesta de intermediación financiera que persigue la transformación social, sobre la base de dos objetivos generales. Por un lado, financiar exclusivamente actividades económicas que comporten un impacto social positivo y transformador. Es decir, apoyar

empresas, actividades y proyectos sociales, ecológicos, culturales y solidarios, favoreciendo el desarrollo humano tanto en nuestras sociedades del Norte como del Sur, poniendo el dinero a disposición de las personas excluidas y de las organizaciones que trabajan con ellas. Por otro, ofrecer instrumentos de ahorro y de inversión responsables, poniendo a disposición de la ciudadanía la posibilidad de apoyar con sus ahorros ese tipo de actividades, decidiendo responsablemente el uso que de éstos hace la entidad financiera y excluyendo cualquier inversión en actividades o empresas que colaboren con el mantenimiento de la injusticia y el deterioro de nuestro mundo.

El primer valor sobre el que se asienta este proyecto es su vocación de transformación e inclusión social mediante el crédito. Dicho en otras palabras, utilizar para construir sociedades más justas ese inmenso poder que dejamos en manos de las entidades financieras, permitiéndoles que usen un dinero que no es suyo pero que nosotros les hemos dejado en depósito.

Un proyecto que trata de rescatar valores que, como decíamos, han sido desterrados de nuestras sociedades y, para ello, se construye sobre la base de una participación de personas y organizaciones que han entendido como propio el desafío de promover alternativas económicas, superando algunos de esos pilares sagrados del neoliberalismo globalizado como son la búsqueda del máximo beneficio económico o la necesidad de crecer en propiedades. La aventura es, por supuesto, muy difícil. Pero no menos difícil que pretender conservar una apariencia de dignidad en un mundo tan injusto³. □

3. Para más información: www.proyectofiare.com

EFECTOS SOCIALES DE LA CRISIS

El que la hace no la paga

■ **PACO ZUGASTI**

Sindicalista. CGT, Málaga

La cosa viene de lejos, el capitalismo es así y estas son sus consecuencias. Lo de la crisis no es nada nuevo. No es cosa de este año ni del pasado. Se ha producido una agudización de la crisis con el estallido de la burbuja financiera que, junto al tsunami inmobiliario y al agotamiento de la despensa de recursos naturales del planeta, parecen augurar el fin del sistema. Pero a mí me parece que sólo lo parece.

La crisis que preocupa al poder es la crisis financiera, porque pone en evidencia sus propias vergüenzas y puede dar al traste con la falsa imagen de un sistema que se proclama único posible e insustituible. Pero la crisis social, la que afecta al conjunto de los trabajadores, tanto más cuanto más pobres, la venimos padeciendo desde hace ya muchos años, prácticamente desde que el capitalismo fue extendiendo sus tentáculos por el mundo. La lucha organizada de las víctimas del sistema y la amenaza de otro sistema alternativo posible, puso freno a la ambición sin límites que caracteriza al modo de vida capitalista, pero lo hizo durante un tiempo limitado y sólo en el entorno privilegiado occidental. Pronto se empezó a cuestionar ese gran pacto social que constituyó el estado del bienestar y que en España apenas pudimos empezar a paladear.

A partir de entonces la evolución regresiva de las condiciones sociolaborales ha sido una constante en la que han tenido mucho que ver el entreguismo del sindicalismo hegemónico y la sumisión a los intereses del capital de los sucesivos gobiernos, de derechas o de «izquierdas», mera semántica por lo general.

La aproximación a un escenario cercano en el tiempo y en el espacio, como es la crisis de 1992-93 en España, sus efectos sociales y el contraste con la situación actual,



estimo que pueden ayudarnos a comprender mejor la que ahora está cayendo¹.

La frontera entre tener o no un puesto de trabajo es tanto como tener o no garantizada la subsistencia, de ahí que coloquemos el paro en primer término de nuestro repaso a la evolución de la situación social. Si en 1994 el paro había alcanzado al 24% de la población activa, desde entonces inició un progresivo descenso hasta quedarse en un tercio del mismo (el 8,3% de la p.a. en el año 2007). Este porcentaje prácticamente se ha duplicado en el 2008 (13,91%) y llega al 17,92% en el primer semestre de 2009, más de cuatro millones de personas están actualmente en el desempleo y más de un millón de hogares tienen a todos sus miembros en paro.

Cuantas medidas se han tomado para disminuir el desempleo no han servido de nada pues volvemos a estar donde estábamos y vamos camino de estar peor. Aunque para hacer honor a toda la verdad hay que decir que las medidas adoptadas por los sucesivos gobiernos, directamente o escenificando pactos con la patronal y la representación sindical homologada por el poder, sí que han servido. En primer lugar han servido para incrementar las tasas de beneficio empresarial a costa de reducir salarios y mantener en el raquitismo los recursos destinados a protección social; y han servido también, qué duda cabe, para sostener una burocracia sindical dócil y útil a los intereses del capital.

La desigualdad en el reparto de la riqueza en España ha crecido considerablemente en los últimos años. Si desigual es la distribución de la renta (la renta media del 10% de los hogares con más ingresos es 3 veces mayor que el 50% de los hogares con menos ingresos), mucho

1. Los datos del periodo 1994-2006 están tomados del Barómetro Social de España, del Colectivo IOE.

más lo es la distribución del patrimonio, éste mucho más significativo que la renta porque mide la riqueza consolidada (el patrimonio medio del 10% de los hogares más ricos es 16 veces el del 50% de los más pobres).² Así pues, cuando los políticos profesionales se refieren a los problemas de las familias sin distinción, para aparentar que les preocupa la cuestión social, están hurtando deliberadamente una realidad social terriblemente dispar y en nada equiparable.

La lucha contra el desempleo ha sido, durante estos años atrás, y ahora lo es más, la gran excusa para proceder, de un modo constante y sistemático, a una merma considerable de derechos sociales y laborales, además de las correspondientes reducciones salariales.

Las grandes facilidades para el despido, individual y colectivo, y la alta tasa de temporalidad (un 35% de la p.a., 7 millones de personas) y de rotación laboral (más de la mitad de los contratos temporales tienen una duración inferior a un mes), son las principales medidas que mantienen cautiva a la clase trabajadora y la incapacitan para dar una respuesta adecuada a la situación actual. Son precisamente los trabajadores con contrato temporal los más vulnerables cuando la situación empeora; de hecho la tasa de temporalidad ha descendido en 7 puntos en el último año por la gran cantidad de despidos encubiertos que ha habido con la no renovación de contratos.

En el periodo que va desde la anterior crisis al comienzo de la presente, los salarios, en conjunto, pierden poder adquisitivo (un -4,2 %) y los más jóvenes ganan bastante menos que los mayores (lo que augura un porvenir de retribuciones salariales mucho más bajas). Esta situación está ahora mucho más agudizada pues sólo en el primer trimestre de este año se registra una bajada de 2,7 puntos. Particularmente indignante es la reducción

salarial habida en este tiempo del Salario Mínimo Interprofesional que es el salario de los más pobres (un 30 % de los trabajadores).

El contrato de trabajo, que se supone es el mecanismo legal que garantiza unos derechos mínimos a los trabajadores y un respeto a la norma que regula las relaciones laborales para evitar que se imponga la ley de la selva en las mismas, ha ido perdiendo valor normativo tras las sucesivas reformas laborales que permiten cada vez más arbitrariedad en las condiciones de contratación. Hacer contratos temporales para puestos de trabajo fijos, legalizar el prestamismo laboral a través de las empresas de trabajo temporal o, el último invento, legalizar el fraude de considerar autónomos a trabajadores que en verdad tienen una relación laboral dependiente de un solo patrono.

En cuanto a la negociación colectiva —que es la otra forma de regular las condiciones de contratación, y que debería dar resultados mucho más ventajosos para los trabajadores, pues se realiza en un contexto en que ya no está solo el trabajador frente al empresario—, se ha convertido en una farsa en la mayor parte de los casos. Los convenios actuales son como el mundo al revés, en la mayor parte de ellos ya no se discuten las reivindicaciones

que plantean los trabajadores sino las aspiraciones de la empresa. La patronal cuestiona los derechos vigentes de los trabajadores, económicos o sociales, y los representantes de los trabajadores tratan de minorar este cuestionamiento pero, salvo escasas y honrosas excepciones, no plantean batalla alguna por nuevos derechos o conquistas sociales.

No pocas veces, esta reducción de derechos sociales y económicos se lleva a cabo de manera sutil y especialmente perversa; en muchos convenios de empresa se pacta mantener determinados derechos y retribuciones para los que ya están y reducirlos para los que entren nuevos; de este modo el empresario se asegura un amor-



2. Datos de la Encuesta Financiera de las Familias del Banco de España para el año 2002.

tiguador de conflictos, cómplice, entre los trabajadores, que además es quien va a ocupar, en la mayor parte de los casos, la representación sindical.

Cobrar de las empresas por negociar despidos o peores condiciones para los trabajadores, que es tanto como participar de la explotación del trabajo asalariado, es una de las más graves perversiones en la que está sumido el sindicalismo homologado. Práctica que antes se ocultaba y que ahora, cada vez más, se airea para que se vaya asumiendo como algo «normal».

En un terreno ya no estrictamente laboral —si es que puede hacerse en rigor esa distinción— hay unas consecuencias sociales de la crisis especialmente graves que quiero destacar.

- La especulación inmobiliaria ha convertido el derecho a la vivienda en una falacia. Cada vez es más difícil el acceso a una vivienda para una buena parte de la población, prueba elocuente es la cantidad de parejas jóvenes, muchas de ellas con hijos, que han tenido que acoplarse en casa de los padres por no poder pagar la hipoteca; y no menos significativa es la cantidad de personas que han tenido que renunciar a una vivienda de protección oficial por no poder pagarla. En breve vamos a asistir a una renovada chabolización de la vivienda, quizá al estilo americano pues ya se están ofertando «casas móviles» de 6.000 a 20.000 euros. Y todo ello con un millón de viviendas vacías, a la espera de mejores tiempos para especular con ellas.
- La privatización creciente de lo público para ampliar el área de negocios privados, aunque sea a costa de deteriorar las condiciones sociales del conjunto de la población, consecuencia inevitable de lanzar a la selva del mercado servicios públicos como la sanidad, la

energía, el transporte o las comunicaciones. Esta medida se complementa con la introducción de criterios de gestión capitalista en los servicios públicos que permanecen en manos de las administraciones, primando la rentabilidad económica sobre el beneficio social.

- Las ayudas sociales se dilatan en el tiempo y los presupuestos en materia social se reducen. Muchos ayuntamientos carecen de infraestructuras sociales, aunque no por ello renuncian a sus obras faraónicas y a sus gastos suntuarios o a sus salarios de ricos. Los servicios sociales municipales o autonómicos tardan meses en tramitar ayudas urgentes. Los fondos públicos para ayudas básicas han sido los mismos para 2009 que para 2007. De algún sitio ha de salir la atención a los bancos, clientes preferentes del Estado; porque son éstos los que conceden créditos que luego condonan a los partidos. La corrupción institucionalizada campa a sus anchas, mucho más allá de los casos que se airean en los medios.
- Al contrario que en el cuento de los altramuces, hay cada vez más pobres que al mirar atrás ven la cara de su enemigo y no a otro más pobre, digno de compasión. Las autoridades, en el gobierno y en la oposición, juntas y al alimón, no son

ajenas a esta situación, son ellas las que promueven, con su política migratoria y sus declaraciones patriotas, el odio al emigrante. Enfrentar pobres contra pobres parece ser la siniestra táctica para evitar que los pobres se enfrenten unidos a los ricos, a los expropiadores. Primero explotamos a los emigrantes y, cuando ya no nos sirven, los expulsamos; ¿hay política más inmoral que ir a la caza del emigrante y establecer cupos policiales de detención de emigrantes?

- Otra grave consecuencia de la crisis es el efecto contra ecológico. El desequilibrio ecológico es conse-

«La especulación inmobiliaria ha convertido el derecho a la vivienda en una falacia. Cada vez es más difícil el acceso a una vivienda para una buena parte de la población, prueba elocuente es la cantidad de parejas jóvenes, muchas de ellas con hijos, que han tenido que acoplarse en casa de los padres por no poder pagar la hipoteca».

cuencia del desequilibrio social, lo que unos consumen es a costa de los recursos de todos. La crisis financiera es el estallido de una pompa de jabón (dentro no había nada, era un puro bluf), pero la crisis ecológica plantea algo mucho más dramático: la imposibilidad de subsistencia por el camino que vamos.

Pues si parecía que la conciencia mundial y la presión social consecuente con ella estaban produciendo cambios de actitud en los gobiernos a este respecto, la crisis vuelve a esgrimirse como excusa para dar marcha atrás en los compromisos medioambientales. En esta línea de conducta se inscriben el frenazo al desmantelamiento de las centrales nucleares, o el apoyo a la industria automovilística y de la construcción, principales agentes contaminantes; siempre con la excusa, falaz, de mantener empleos. De nuevo prevalecen los intereses, ciegos e irracionales, del poder económico.

La crisis, como dije al comenzar, viene de lejos y es cosa propia del capitalismo o, si se prefiere, de poner en cabecera de la vida social la ambición humana sin límites. La crisis de ahora, como las de siempre, viene bien como excusa anti ecologista, antisocial, para recortar salarios y prestaciones sociales, para reducir los derechos laborales, sobre todo para abaratar el despido, para facilitar las reestructuraciones y despidos colectivos, para emplear sin contrato, para aumentar la economía sumergida (que es puro trabajo esclavo). Pero sobre todo para aumentar el margen de beneficio empresarial, agrandar las diferencias de renta y, sobre todo, de patrimonio. Si desde la crisis anterior (1992-93) pasamos del paro a la precariedad. De ésta, con más paro, cabe esperar más precariedad. Si algo no lo remedia.

Pero todo esto, que es una injusticia flagrante, ¿cómo se puede mantener? o, dicho al revés, ¿por qué no hay una contundente y consecuente reacción social frente a tanta injusticia?. Ya quisiera yo tener respuesta a esta pregunta... se me ocurren algunos factores a tener en cuenta:

- La situación laboral a que ya me he referido antes, que incapacita e inmoviliza.

- No hay organizaciones que agrupen a los más desfavorecidos, a los parias de cada lugar. Los sindicatos, que lo fueron en otro tiempo, ya no lo son. O lo son muy limitadamente.
- La manipulación informativa, que por una parte atemoriza (para inducir actitudes conservadoras, de repliegue) por otra minimiza los efectos. En realidad ya no pensamos por nosotros mismos, ni sobre la crisis ni sobre casi nada, el pensamiento nos viene dado por los medios que no son más que los altavoces del poder.
- Vivir bajo la opresión produce indefensión. «Socialismo o barbarie», decía Rosa Luxemburgo, pero lo que hemos conocido ha sido un pseudosocialismo bárbaro, tan bárbaro o más que el propio capitalismo. Y ese ha sido el modelo (soviético, chino o albano) que ha concitado la mayoría de las conciencias anticapitalistas desde la IIª Guerra Mundial. Ese autoritarismo mental ha impedido pensar por propia voluntad y ha incapacitado en gran medida para responder, con imaginación, a situaciones no previstas en el manual.
- El consumo nos consume. En un doble sentido: nos anula como personas y hace desaparecer los recursos naturales que proporcionan la vida. Estamos tan anclados en los valores del sistema que no concebimos otro posible, a pesar de lo que digan los eslóganes; todo lo llena el consumo y si se nos saca de él ya no sabemos qué hacer. O cambiamos los valores o esto no hay quien lo cambie. Las revoluciones fueron protagonizadas por aquellos que creyeron en sí mismos, por los que no sabían que la revolución era imposible... y por eso la hicieron.
- Lo llaman democracia pero no lo es. La incapacidad de los políticos de profesión para dar respuesta a la crisis más allá del tira y afloja electoralista, huero y vacío, evidencia que son auténticos muñecos de guiñol manejados por las corporaciones financieras a su antojo. La respuesta autoritaria a la crisis no es un riesgo, es una certeza que se va instalando poco a poco en el cuerpo social. A los que mandan en el mundo no los ha elegido nadie y son ellos quienes modelan las conciencias. Cuando vengamos a darnos cuenta estaremos persiguiendo a palos a los emigrantes. □

EFFECTOS CULTURALES DEL CRASH DE 2008

■ EMILIO ANDREU
Periodista

La crisis económica, como mito cultural, y el mito, decía Marx, y decía bien, era —es— la ideología. Esa que, antes de devenir en *crash* de hace un año, anatemizaba a todo quien osara cuestionarla. Pero a diferencia de otras anteriores, la actual recesión internacional, gestada singularmente en los Estados Unidos, no es tanto el resultado de un proceso de sobreacumulación de capital en los sectores más dinámicos de la economía mundial como de un acopio de dinero especulativo en busca de un lucro exponencial, ilimitado hasta la náusea.

En todo caso, para el imaginario social el único parangón posible ha sido con la crisis y posterior recesión de 1929 a 1933. ¿Concomitancias? Algunas. Las dos tuvieron su origen en el sistema financiero de los Estados Unidos. En las dos encontramos una sociedad enfebrecida por una cultura de la codicia.

En septiembre de 1929 —un mes antes del traumático frenazo—, el índice de las cotizaciones en la Bolsa de Nueva York había escalado del 100 al 216 en sólo 3 años. Ese alza fue resultado de una especulación generalizada y desenfrenada, no sólo por parte de las grandes empresas sino también de un gran sector de la población. No eran los dividendos lo que atraía a los compradores de acciones sino, principalmente, las perspectivas de un aumento de capital. El 24 de octubre de 1929 cundió el pánico con una oferta de venta de casi 13 millones de acciones. Cinco días después, el lunes 29, con un fin de semana por medio, ya eran 33 millones los títulos que esperaban a un Godot comprador.

Pero el boom puramente especulador había arrancado en marzo de 1928, año y medio antes del *crash*, por influencia de las grandes corporaciones. Sus prebostes se dedicaron en cuerpo y alma a persuadir a sus com-



patriotas de las bondades de jugar en el mercado de valores, ese juego de la cerilla encendida que uno pasa a otro hasta que alguien se quema, como definió John F. Kennedy a la bolsa. Para ello, no escatimaron en proclamas públicas de su fe en el futuro de la actividad económica y, por tanto, de los beneficios.

Esa nueva fiebre del oro ya no se hizo como la del último tercio del siglo XIX con mulo, pala y cedazo para cribar, sino con créditos para comprar títulos. Los bancos de Nueva York obtuvieron pingües beneficios prestando al 12 por ciento el dinero que obtenían de la Reserva Federal al 5. ¡7 puntos de diferencial en ganancias! En esas condiciones se encontraban 7.000 millones de dólares la víspera del crack, que unos desesperados agentes bursátiles se afanaron en reclamar sin éxito a quienes 18 meses antes se habían dejado engatusar.

El catedrático británico Lionel Charles Robbins, liberal y enemigo de la intervención del Estado, afirmó en 1935 que no había duda sobre el hecho de que, en el crash del 29, la magnitud de las operaciones, la apariencia de «tecnicismo» con que se rodearon y la imponente estructura de las transacciones de las altas finanzas contribuyeron a crear un estado de espíritu entre un público fácil de engañar. Éste, creyendo que iba a recoger sus beneficios antes que su vecino, no tuvo en cuenta la posibilidad de un timo.

Mucho se ha escrito sobre la estafa de Madoff, la mayor de la historia —se dice— pero, como vemos, los fraudes relacionados con las crisis económicas no son cosa nueva en el mercado de valores.



CONTEXTOS DIFERENTES

De los 24.000 bancos abiertos por aquellas fechas en Estados Unidos, 5.100 habían quebrado 4 años después. En la actual recesión no han sido tantas las entidades extinguidas pero sí, importantes. Porque la envergadura de algunas de ellas hacía impensable su hundimiento.

Tampoco hemos visto el éxodo masivo de agricultores depauperados y hambrientos, a través de la mítica *Ruta 66*, entre Oklahoma y el Sur de California, en busca de una tierra de trabajo y promisión. Ni han sido despedidos 7.000 maestros y maestras en Estados Unidos como lo fueron en ese cuatrienio de la Gran Depresión. Ni siquiera docentes como los que entonces permanecieron en el sistema educativo, que, en una gran mayoría, sólo recibían rancho y techo, pero ningún emolumento por educar a una infancia y juventud que creció en tiempos de desolación, como bien reflejó el Premio Nobel John Steinbeck en «*Las uvas de la ira*», escrita en 1939, y llevada al cine un año después por John Ford, con Henry Fonda como protagonista principal.

El trauma del 29 forma parte de nuestra cultura gracias también a las composiciones musicales del cantautor folk Woody Guthrie. Su archiconocido tema *This land is your land* (en contraposición al patrióticamente correcto «God bless América») se convirtió en himno de aquellos años. En su libro *Bound for glory* (Con destino a la gloria) narró su experiencia personal viajando en vagones de ganado junto a los «*okies*», granjeros de Oklahoma y otros Estados del Medio Oeste, *expatriados* por la pobreza en su propio país.

Intelectuales como Steinbeck, músicos como Guthrie o cineastas como Ford han determinado en gran medida la forma de entender desde la cultura las consecuencias de una crisis económica tan devastadora como fue aqué-

lla. De la actual, no encontramos aún producción cultural de ese tenor, con calado, que haya levantado acta notarial de la misma.

FABRICAR CONSENSOS

Al igual que en 1929, hoy se trata de infundir confianza en el sistema. Pero a diferencia de hace 80 años, los Gobiernos han reaccionado con mayor celeridad que entonces. Los jefes de Estado y Primeros Ministros del G20 ampliado, con Barack Obama como gran esperanza, se reunieron, en septiembre pasado, por tercera vez en menos de un año para desbrozar los caminos de salida a la crisis. Lo hicieron en Pittsburgh. Fue una cumbre en la que se enfriaron los ímpetus para acabar con el descontrol bancario. La reforma financiera quedó varada tras la decisión de los líderes mundiales de posponer hasta 2012 la exigencia de normas más estrictas a la banca.

Fíjense que esas reuniones del G20 hasta la de Washington en noviembre de 2008 apenas habían tenido interés mediático, ya que las mismas sólo se reunían a nivel ministerial. El hecho de que los

máximos mandatarios cogieran el morlaco por los pitones da cuenta de la urgencia de enviar mensajes de confianza a los mercados, en primer lugar, y, después, a sus respectivos ciudadanos. En este punto, añado una nueva consecuencia cultural de la crisis: El proteccionismo, arrumbado como solución.

El mundo ya no es ajeno a los intereses nacionales de cada país. Frente al egoísmo político nacionalista del sálvese quien pueda o el dañar al vecino para beneficio propio, vigente durante tantos siglos, ahora se impone el multilateralismo, la colaboración supraestatal, como una suerte de apoyo mutuo, ineluctable para no sucumbir al

«El mundo ya no es ajeno a los intereses nacionales de cada país. Frente al egoísmo político nacionalista del sálvese quien pueda o el dañar al vecino para beneficio propio, vigente durante tantos siglos, ahora se impone el multilateralismo, la colaboración supraestatal, como una suerte de apoyo mutuo, ineluctable para no sucumbir al pandemónium financiero».



pandemónium financiero. Por ello, los centros de Poder trabajan sin descanso en la fabricación de un consenso global que convierta la cooperación multipolar en seña de identidad de la cultura contemporánea.

LA CRISIS NARRADA POR LOS MEDIA

En su libro de referencia, *Divertirse hasta morir. El discurso público en la era del show business*, el profesor norteamericano Neil Postman, advirtió que no veíamos la realidad como era, sino como eran nuestros lenguajes. Y nuestros lenguajes —continuaba— eran nuestros medios de comunicación. Y nuestros medios de comunicación —proseguía— eran nuestras metáforas. Y nuestras metáforas —concluía— creaban el contenido de nuestra cultura.

Veamos, por tanto, cómo reflejaron negro sobre blanco los principales medios españoles la jornada más comprometida de la crisis de 2008, la del 11 de octubre.

El País tituló en primera, a cinco columnas: «El pánico hunde las bolsas». Con un antetítulo en mayúsculas: «EL CRASH DE 2008», en meridiana referencia al de 1929. En el interior varias páginas se dedicaban a desentrañar las claves. Así pudimos leer: «Varios bancos reclaman deudas millonarias a inmigrantes tras darles créditos en cadena». *Mutatis mutandis*, era lo que al comienzo les referí sobre los préstamos de los bancos neoyorkinos a los ciudadanos para que compraran títulos en el bienio 1928-29, y que el día del crash exigieron infructuosamente su reintegro.

Para *El Mundo*, ese día, la noticia de la primera plana a cuatro columnas fue: «Zapatero impone su decretazo de ayuda a la banca sin aval del PP». Como antetítulo escribió: «El Ibex se hunde un 9,14 por ciento, la mayor caída de la Bolsa desde 1951».

ABC, con un recuadro negro de un gráfico con la línea quebrada hacia abajo y que ocupaba casi dos tercios de su portada avisaba: «Viernes negro». «El Ibex sufrió ayer la mayor caída de su historia, un 9,14%, como cierre a una semana aciaga en la que ha perdido más del 20% de su valor». «Las 35 compañías del Ibex valen hoy 217.629 millones menos que el 1 de enero».

La Vanguardia, a cinco columnas, proclamó en su portada: «Caos en las bolsas». *La Razón*, también a cinco columnas, pero en la mitad inferior de su primera tituló: «Zapatero pide a Sarkozy medidas conjuntas de la UE contra

la crisis». Ilustraba una gran fotografía de manifestantes con rostros airados en Londres, portando carteles que rezaban: «¿Por qué deberíamos pagar su crisis?».

A cinco columnas y utilizando prácticamente toda la plana, *El periódico de Catalunya* se preguntaba: «¿Hasta cuándo?» Con un subtítulo: «El Ibex sufre la mayor caída de la historia». Entre el título y el subtítulo encaja una flecha hacia abajo como eje de las caídas de las bolsas de Madrid, Nueva York, Londres, París, Francfort y Tokio.

El Correo, de Bilbao, a cinco columnas tituló: «Hundiéndose histórico», con un antetítulo: «La bolsa española pierde más de 100.000 millones de euros en una semana de pánico». Además añadió un subtítulo: «El Ibex se desploma un 9,1 por ciento al agudizarse el temor a una recesión mundial.» También en primera, una llamada de su editorial en el interior pedía «Unidad ante la debacle».

CENSURA Y CRISIS

Hablar de la crisis puede ser peligroso. Así lo creyeron algunos diputados del Parlamento británico que en diciembre de 2008 sopesaron censurar informaciones y noticias económicas si se las consideraba información sensible. Se admitía la posibilidad de «operar bajo algún tipo de restricción durante las crisis bancarias». La Comisión de Economía de los Comunes analizó y debatió la inclusión de un capítulo dedicado al periodismo dentro de una nueva regulación del sistema financiero. Una normativa que estableciera más controles, tanto a los bancos como a los medios de comunicación.

La polémica estalló en Gran Bretaña cuando un conocido periodista en aquellos pagos, Robert Peston, demostró con datos fehacientes la pésima salud de los bancos Northern Rock y Royal Bank of Scotland. Mientras los medios clamaban contra esas intenciones, la Cámara Empresarial Británica defendió que, mientras durase la crisis, los medios evitasen términos como pánico, miedo o caos. Además propuso que se formaran tribunales para dictaminar sobre la labor de los redactores.

En Letonia, la justicia encarceló a un periodista económico por escribir sobre la debilidad del sistema financiero de la República báltica. En España, hace años, hubo algún escarceo al respecto. El entonces presidente de la Comisión Nacional del Mercado de Valores —CNMV—, Manuel Conthe, sugirió que los medios de

comunicación deberían desvelar sus fuentes cuando personas interesadas les filtrasen noticias que pudieran originar una manipulación en el precio de las cotizaciones. Conthe también propuso que las compañías cotizadas informaran a la CNMV de las reuniones que mantuvieran con periodistas.

La crisis económica puede lesionar la cultura democrática —anoten otra consecuencia— si la sociedad no está vigilante o se inhibe en la defensa de los baluartes democráticos, por muchas que sean las razones para criticarlos.

3.000 EMPLEOS MENOS

La caída de hasta un 30 por ciento de los ingresos por publicidad, derivada de la crisis se ha convertido en excusa de mal pagador para acometer reestructuraciones, expedientes de regulación de empleo, cierres empresariales, despidos y contrataciones irregulares. En definitiva, tan cierto es que la crisis está minando las empresas de comunicación como que se está aprovechando la coyuntura depresiva para consolidar una cultura de la precariedad y del subempleo.

Más de 3000 trabajadores han perdido sus puestos de trabajo en medios de comunicación desde junio del año pasado hasta noviembre de 2009, según datos del Observatorio de la Crisis de la Federación de Asociaciones de la Prensa de España-FAPE. En los últimos 19 meses, al menos 24 periódicos, revistas, pequeñas televisiones o noticiarios en *internet* se han clausurado en España.

En el Reino Unido, 70 periódicos locales han bajado la persiana desde comienzos de 2008. Los editores de *Los Ángeles Times* y *Chicago Tribune* se declararon en quiebra a finales del año pasado, y aunque siguieron publicándose, lo hacen en condiciones precarias. *The New York Times* ha recortado casi un 80 por ciento su diviendo.

Veamos algunos datos de las empresas de comunicación españolas más emblemáticas.

Un total de 4.150 trabajadores mayores de 52 años se han prejubilado de RTVE mediante un ERE (Expediente de Regulación de Empleo), durante los últimos dos años. Además la Corporación dejará de ingresar 520 millones de euros tras la decisión del Gobierno de suprimir la publicidad como fuente de ingresos para la prestación del servicio público de televisión estatal.

El País ha prescindido de 80 trabajadores (10 periodistas) mediante prejubilaciones y la *Cadena Ser* de 18 (7

periodistas de plantilla y 6 colaboradores). El consejo de administración de Prisa ha propuesto reducir su propia retribución un 10 por ciento, bajar un 8 por ciento el salario de sus ejecutivos que ganen más cien mil euros. También se propondrá una disminución salarial a los trabajadores a cambio de reducción de jornada. Por su parte, el comité de empresa de *El País* ha solicitado a la dirección que se garantice por escrito el mantenimiento del empleo ante la partición de la compañía en cuatro sociedades diferenciadas: administración, imprentas, re-

dacción y publicidad.

El *Grupo Unidad Editorial* —propietario de *El Mundo*, *Marca*, *Expansión*, *Telva* y otras revistas, además de *Veo7tv*— rescindió 164 contratos, el 7,4% de su plantilla, de los que 130 causaron baja de manera voluntaria y el resto forzosa el día 30 de junio. Fue un ERE negociado por la empresa y los representantes sindicales, luego refrendado por los trabajadores en Asamblea. Sin embargo, el comité de empresa denunció a la editora ante la Inspección de Trabajo por entender vulnerados algunos puntos del acuerdo. Por ejemplo, al día siguiente de despedir al corresponsal en Berlín, con 20 años de antigüedad, fue sustituido por una colaboradora sin contrato que cobrará por artículo. Esa era —alertaron los sindicatos— una de las prácticas de la *gestión privada* de Unidad Editorial para lograr su objetivo estratégico de ahorrar 30 millones de euros al año en gastos. Asimismo ha decidido *contratar a terceros* la planta de impresión.

«La crisis económica puede lesionar la cultura democrática —anoten otra consecuencia— si la sociedad no está vigilante o se inhibe en la defensa de los baluartes democráticos, por muchas que sean las razones para criticarlos».



ABC, que también ha *externalizado* su imprenta, tiene en marcha un ajuste laboral que afecta al 52 por ciento de la plantilla. En total 244 profesionales de los que 90 son periodistas. Por su parte, el diario *Público* despidió a 16 trabajadores, casi el 9% de su plantilla, a mediados de noviembre.

La Vanguardia, de Barcelona, ha prescindido de 15 trabajadores y prejubilado a otros 31 a partir de los 53 años. Otro importante conglomerado, el Grupo Z, propietario de *Interviú* y *El Periódico de Catalunya*, ha presentado un ERE para 442 empleados de los más de 2.200 que tenía en nómina.

CONTRACCIÓN PUBLICITARIA

Con una caída en los ingresos del 28% durante el primer trimestre del año, es dable pensar que las empresas informativas continúen desangrándose, cuando no extinguiéndose. Según el «Informe Anual de Inversión Publicitaria de 2009», de *Infoadex*, la inversión publicitaria cayó en 2008 un 7,5 por ciento, pasando de los 16.121 millones de euros en 2007 a 14.915 millones. La participación en el PIB de la inversión publicitaria ha descendido hasta el 1,36 por ciento (desde un 1,53 del año anterior), a causa de la contracción del mercado publicitario. Por sus subgrupos, la prensa escrita padeció la mayor caída en inversión publicitaria. Sólo recaudó 1.507 millones de euros, un 20,4% menos con respecto al año anterior (1.894M€), retro trayéndose a niveles de 2003.

Las pérdidas de las televisiones nacionales y autonómicas en España fueron el año pasado de 369 millones de euros, al pasar de los 3.357 millones de euros obtenidos en 2007 a 2.988 millones. Según la consultora *Screen Digest*, la situación no se estabilizará hasta el verano de 2010, con el mundial de fútbol de Sudáfrica. La adquisición de los derechos de emisión de grandes acontecimientos deportivos se ha erigido en un despiadado campo de batalla de las compañías de televisión de todo el planeta para captar audiencias masivas con las que seducir a la publicidad.

Los grandes anunciantes se sitúan así como un verdadero poder fáctico en la cúspide de la pirámide comunicacional. Los cuatro principales grupos empresariales que más gastaron en anunciarse por tierra, mar y aire en España fueron en 2008: *El Corte Inglés*, 184 millones de euros; Telefónica, 174; Volkswagen, 145, y 132 millones, Procter and Gamble (propietaria de marcas como Gillette, Ariel, Fairy, Braun, Oral B, Hugo Boss y otras 66 marcas de primera línea...). Por cierto, este último grupo, P&G, continúa siendo el campeón mundial en la inversión publicitaria.

La industria automovilística constituye el primer sector inversor en publicidad de España, con casi 795 millones de euros invertidos el año pasado. 7 de los 20 primeros anunciantes en nuestro país, son firmas de vehículos.

CULTURA Y NUEVO MODELO PRODUCTIVO

Las industrias culturales están resistiendo bien la crisis, según los datos que obran en el Ministerio de Cultura. Porque —estima ese departamento— la sociedad no renuncia a los productos culturales; los considera parte esencial de su bienestar cotidiano. Por ejemplo, el mercado interior del libro creció el año pasado un 2 por ciento a pesar de la crisis general, con unos ingresos de 3.219 millones €. Ganancias que afluyeron pese a venderse 10 millones de libros menos de los casi 251 millones de volúmenes que se despacharon en 2007, según el Gremio de Editores.

En los últimos años, las industrias culturales habían llevado un ritmo de crecimiento anual del 3% y 4%, una tendencia que descenderá durante el tiempo que dure la crisis hasta la horquilla comprendida entre el 1 y 0,5%, según el profesor de ESADE, José María Álvarez de Lara.

Un sector que emplea en España entre 800.000 y un millón de personas. Aporta el 5% del Producto Interior Bruto, más de 50.000 millones de euros, si consideramos sólo los sectores clásicos como el editorial.

Pero la contribución a la riqueza nacional de las industrias culturales sería del 7% si por cultura aceptamos también manifestaciones como el diseño de moda, la arquitectura de autor o los videojuegos, que han emergido en las últimas décadas e influyen en tantos millones de personas, o más que lo definido hasta ahora como tal.

De hecho, el Gobierno sostiene que el sector de las industrias culturales será uno de los que propiciarán el cambio de modelo productivo que habrá que concretar al terminar la actual crisis. Con 22 millones de euros mantiene abierta una línea de financiación de proyectos encaminados a la consolidación, el desarrollo y la internacionalización de las industrias culturales en el ámbito del cine, las artes audiovisuales o la edición de libros. También en las artes escénicas, la pintura, la escultura, la fotografía, la música y la arquitectura. Sin olvidar el diseño, la moda, los nuevos géneros creativos multimedia, las industrias de contenidos digitales y cualquier otra manifestación artística con vocación de permanencia.

Para que se hagan una idea de la potencia global del valor económico de las industrias culturales, en 2005, la producción mundial de este sector fue de 1,3 billones de dólares, generó un comercio global de 60 billones de dólares y aportó el 7% del PIB del planeta.

En los Estados Unidos, la cultura da empleo a casi 6 millones de personas y genera una actividad económica de 166 mil millones de dólares anuales. Los artistas norteamericanos no han escapado a la crisis económica y algunos de sus representantes han denunciado este año ante el comité de educación y de trabajo de la Cámara de Representantes que la repercusión de la recesión iba más allá de que los músicos tuvieran que colgar sus guitarras y conseguir —ironizaban— trabajos de los *de verdad*. Afectaba al cierre de organizaciones culturales, según denunciaron en la audiencia en el Congreso norteamericano.

Por lo que respecta a la Unión Europea, según las últimas informaciones disponibles, de 2004, más de 5 millones de personas trabajaban para el sector cultural en la Unión Europea (entonces de los 25), es decir, un 3,1% de la población activa. También determinó que en 2003, el sector cultural contribuyó aproximadamente con un 2,6% del PIB de la UE. Si ese dato lo comparamos con otros sectores, la relevancia del sector cultural adquiriría más importancia al superar lo que aportaron actividades maduras de la economía como la inmobiliaria (2,1%), la industria alimentaria (1,9%), el textil (0,5%) o el químico (2,3%).

SECTOR PÚBLICO MUNDIAL

Para que las consecuencias de la crisis económicas no sean tan lacerantes como amenazan para quienes no la han provocado —los deudos del trabajo, la emigración, la hambruna y la pobreza—, tal vez, podamos encontrar un camino en la propuesta arrumbada, por utópica, del holandés Jan Pronk, durante años responsable de la Cooperación Internacional del gobierno de los Países Bajos: La creación de un sector público mundial. Defendía Pronk la necesidad de una economía mixta mundial, dotada de una fuerte y clara estructura de poderosas instituciones públicas, una especie de sector público mundial que fomentase la capacidad de generar riqueza y bienestar del sector privado mundial.

Para ese objetivo, a juicio del político holandés, se precisaba una internacionalización del concepto de Estado del bienestar, con transferencias de recursos dirigidas a corregir los casos más acusados de falta de equidad. Además para Pronk urgía el establecimiento de una democracia pluralista internacional en la que los países del tercer Mundo pudieran participar con eficacia en el proceso de toma de decisiones internacional.

Resulta descorazonador que nadie haya tratado de explorar las posibilidades que abrirían esos tres puntos de anclaje —sistema público mundial, estado del bienestar transnacional y democracia pluralista supranacional— para la cimentación de un mundo más fraterno, más igualitario y más libre. □

JUZGAR LA CRISIS. PERSPECTIVA ÉTICA

*De cómo sobrevivir a una
civilización desquiciada*

▣ **AGUSTÍN DOMINGO MORATALLA**
Profesor de Filosofía de la U. Valencia

INTRODUCCIÓN

Mounier reaccionó de manera contundente a la crisis de 1929 y propuso una revolución personalista y comunitaria. Aunque el trabajo que llevaba por título *Revolución personalista y comunitaria* apareció en 1935, los capítulos que componen la obra se habían publicado anteriormente como respuesta a esa crisis. En pocas horas se desploma el precio de las acciones en Wall Street y miles de empresas fueron a la quiebra. Las ilusiones y esperanzas que se habían construido durante aquella década se vinieron abajo en pocas horas. Mounier percibe con claridad que la respuesta a la crisis no sólo exige, como sabemos, «Rehacer el Renacimiento», sino poner en marcha una «Revolución personalista y comunitaria».

La crisis actual, que ha tenido su momento culminante en otoño de 2008 pero que había sido pronosticada varios años antes, nos ha sorprendido menos que la de 1929 porque la globalización ha contribuido a difundir los análisis de la situación económica y disponíamos de algunos indicadores que la anunciaban¹. Aunque económica, informativa y técnicamente estábamos más preparados para esta crisis, deberíamos preguntarnos si hemos aprendido las lecciones que Mounier nos ofreció cuando indicó la necesidad de *Rehacer el Renacimiento*. Incluso deberíamos preguntarnos por la vigencia de las



propuestas que ofrecía para hacer frente a una crisis que no es sólo económica.

Es una pena que tengamos que asistir a una crisis económica para descubrir que nuestra civilización está funcionando mal. Nuestra civilización chirría y las piezas de su engranaje no ajustan, como si nos faltara calma, serenidad y juicio, como si no conociéramos los límites en los que tienen que realizarse nuestros ajustes con el conjunto de la realidad. Con la crisis económica descubrimos el desajuste entre lo que decimos y lo que hacemos, entre los ideales de la civilización y su realización, entre lo que aspiramos a ser y lo que en realidad somos, entre los derechos humanos proclamados y las vergonzantes situaciones que manifiestan nuestro desinterés, entre la información disponible y su uso perverso. Lo que ahora llamamos «crisis» es el síntoma y expresión de un *desquiciamiento de civilización* que podemos percibir en numerosos órdenes de la vida cotidiana.

Un juicio ético de la crisis puede ayudarnos a encontrar el quicio o la serenidad para no perder la calma y seguir re-naciendo todos los días, aplicándonos la atractiva meta de Rehacer el Renacimiento. Un juicio en el que siempre debemos tener presente que quienes padecen necesariamente la crisis no son los que táctica o expresamente han contribuido a generarla.

1. Como afirma Raúl González Fabrè, «Esta no ha sido una crisis inesperada e impensable. Al revés, se la veía venir desde hace tiempo atrás. Pero era en el interés de muchos agentes fingir que no llegaría, para seguir haciendo beneficios en la parte alcista del ciclo... La participación de los políticos en esta distorsión imprudente merece una consideración aparte... llevaron a la gente a engañarse sobre la verdadera situación buscando prolongar una prosperidad de bases muy frágiles para convertirla en votos». Cfr. «Ética de la crisis global». *Razón y Fe* 1329-1330 (2009), 11-26, págs. 17-18.



No es fácil conseguir esta meta pero en tiempos de desolación no conviene hacer mudanza y por eso propongo tres tareas: (a) clarificar nuestra posición personal en el conjunto de esta crisis económica y de civilización, (b) evitar la simplificación de los problemas trabajando en clave de responsabilidad, (c) construir fraternidades que no hagan incoloras, insípidas, insolidarias y silenciosas ni las soledades ni las vulnerabilidades.

1. CLARIFICAR NUESTRA POSICIÓN PERSONAL EN LA ALDEA GLOBAL

Nos encontramos en una situación privilegiada. No sólo porque estamos situados en un país rico y del Norte, sino en un país más o menos administrado y con cierto horizonte de estabilidad institucional, con independencia de que nos gusten más o menos quienes nos administran. Aunque la crisis nos afecte de lleno porque no tenemos trabajo, porque hay reajuste de plantilla, porque terminamos en el paro o porque nos vemos en la calle, las *posibilidades de encontrar una tabla de salvación* para sobrevivir a la crisis son mayores que en otros países. No sería justo dar la espalda a todo un sistema cultural, social, político y administrativo que puede contribuir a mitigar las dimensiones socio-laborales de la crisis.

Aunque la tabla de salvación es diferente según la comunidad autónoma, el municipio o la familia en la que nos encontramos, hay recursos sociales y posibilidades para que el padecimiento de la crisis no sea dramático. Todos conocemos situaciones dramáticas y es raro encontrarse con una familia en la que no haya nadie en paro. Ahora bien, hemos ido tejiendo un sistema social, político y administrativo donde hay posibilidades para mitigar situa-

ciones dramáticas. A pesar de algunos líderes políticos, informativos y sociales que hacen poco para fortalecer las redes sociales, culturales y religiosas de nuestros pueblos, el tejido social de nuestro país tiene cierta firmeza para mitigar el dramatismo de algunas situaciones que ya están apareciendo.

No podemos juzgar la crisis sin denunciar los intentos de fragmentación, ruptura y atomización del tejido social que se están haciendo desde algunos medios de comunicación donde se ridiculizan algunas costumbres, tradiciones y hábitos comunitarios. Es muy fácil ridiculizar costumbres, tradiciones y hábitos cuando se vive de los presupuestos de la administración pública o se busca el dinero fácil a través de las audiencias. Casi todas las televisiones de nuestro país, públicas y privadas, están empeñadas en ridiculizar las costumbres, tradiciones y hábitos relacionados con la dimensión religiosa de la vida de los pueblos. Reducen todo a costumbrismo, folclore y negocio turístico, como si la fe no existiera, como si los vínculos que genera no fueran sinceros, como si los hábitos de solidaridad generados por la fe vivida comunitariamente fueran artificiales.

De nada vale Rehacer el Renacimiento si uno no reconoce que no ha nacido a nada, si uno no se reconoce enraizado a una comunidad desde la que se hace libre. No deberíamos olvidar que el nacimiento biológico y el nacimiento biográfico son diferentes. Aunque la tarea de Rehacer el Renacimiento tenga una dimensión biológica y ecológica, importa saber a qué se quiere re-nacer, es decir, a qué tipo de biografía queremos dar vida, en qué tipo de narrativas vitales queremos pertenecer, de qué tipo de historias queremos formar parte. De nada nos vale proponer «rehacer el Renacimiento» si no se sabe lo que significa, radicalmente y biográficamente, «nacer».

Juzgar la crisis no puede ser una actividad desinteresada de quienes se sitúan en un nivel diferente a los que la padecen. Si no sabemos lo que significa padecer la crisis será difícil juzgarla. Nuestros juicios serán más creíbles a medida que practiquemos la solidaridad y la compasión con los próximos que más la padecen. La credibilidad de nuestros análisis se medirá por la proximidad y cercanía a los que la padecen. Así pues, nuestro juicio ético debe contar con esta proximidad estructural a los más débiles que, sin quererlo y casi sin saberlo están siendo las víctimas de la crisis.

2. RESPONSABILIDAD LÚCIDA PARA UNA ECONOMÍA PERSUASIVA Y COMPLEJA

La clarificación de nuestra posición nos debe llevar a plantear nuestra posición ante el sistema económico para reconocer nuestra posición en él y saber en qué medida esa posición está condicionando nuestras relaciones. Muchos han aprovechado los ciclos de expansión y crecimiento no sólo para salvar moralmente esta versión del capitalismo sino para convertirse a planteamientos de individualistas posesivos. Muchos han dejado de lado las recetas del ahorro doméstico y se han convertido en especuladores profesionales. Casi todos conocemos amigos que durante estos últimos años se han convertido en expertos jugadores de bolsa, han presumido ante nosotros de haber ganado mucho dinero en poco tiempo y, sobre todo, que sabían cómo arriesgar el dinero dejándose llevar por agencias de calificación e inversión que sacaban oro de la basura.

Ha llegado el momento de poner sobre la mesa el número de éticas con las que uno está jugando porque la crisis está demostrando que estamos jugando, al menos, con dos éticas: una para tiempos de expansión y otra para tiempos de recesión. La crisis nos ha desvelado que nuestros representantes políticos y nuestros gestores más inmediatos juegan con dos barajas morales. Y lo peor de todo es que muchos de nuestros vecinos y amigos se han dejado llevar por esta hipocresía cortoplacista donde la especulación de los precios hace olvidar las cadenas de valor real². Nos costaba trabajo creer que sin ahorrar podíamos hacernos más ricos por el simple hecho de especular en la bolsa,

con el suelo edificable, o con la compra indiscriminada de viviendas.

Aunque el sentido común nos advirtiera que de la basura no puede salir oro y que sin ahorro es difícil generar verdadera riqueza, casi todo el mundo se ha dejado llevar por estos imprudentes principios vulgarmente publicitarios. A ver si en los nuevos programas de Educación para la Ciudadanía o los masters de las escuelas de negocio se estudia con mayor profundidad el cuento de los

tres cerditos porque si los ciudadanos, los gestores y las agencias de inversión hubieran conocido este sencillo cuento, esta y alguna que otra crisis podrían haberse evitado.

Al desvelar esta doble moral, la crisis también ha desvelado la fragilidad de un capitalismo informacional y cosmético donde el capital financiero ha desplazado al capital natural, al capital productivo o al capital social. Es más, un capitalismo desmoralizante que ha ido promoviendo lo que Richard Sennet ha llamado «corrosión» del carácter sin que la progresía bienpensante o los liberales liberticidas se hayan rasgado las vestiduras ante la desaparición de narrativas de sentido que facilitaban la

construcción de un carácter, de una identidad personal, o la integración en proyectos comunitarios de identificación.

La crisis ha puesto sobre la mesa la dimensión antropológica de las actividades económicas y no solo exigirá releer a Keynes o Marx para que las autoridades administrativas asuman sus grandes responsabilidades en esta crisis. También exige leer a Luis Vives, la Escuela de Salamanca o el propio Adam Smith cuando planteaban una economía a escala humana donde la racionalidad

«La crisis nos ha desvelado que nuestros representantes políticos y nuestros gestores más inmediatos juegan con dos barajas morales. Y lo peor de todo es que muchos de nuestros vecinos y amigos se han dejado llevar por esta hipocresía cortoplacista donde la especulación de los precios hace olvidar las cadenas de valor real».

2. Cfr. «Dos éticas para una crisis», *Culturas del Sur*, 4, Junio 2009, pp. 18-21.

económica no se identificaba con el lucro, la usura, la racionalidad formal, matemática o numérica.

Un juicio moral responsable también debería partir del principio de continuidad³. Cuando nuestros representantes políticos intentan travestirse en cada contienda electoral para ser lo que no son, es importante que los ciudadanos exijamos continuidad, coherencia y fortalecimiento de las tradiciones que se dicen defender. La continuidad no tiene nada que ver con el inmovilismo o el tradicionalismo sino con la estabilidad en los principios o valores, la honestidad, la sinceridad y la responsabilidad prudencial en el uso coherente de las trayectorias morales. ¿Qué autoridad tienen para sacarnos de la crisis quienes un día nos piden ser egoístas y otro día ser confiados? ¿Cómo vamos a fiarnos de quienes utilizan la ética como arma arrojada de la política y traicionan a los electores por un plato de lentejas (o puesto en algún consejo de administración)?

Estos elementos de ética económica personalista y comunitaria deberían completarse con algunas ideas básicas que no por repetidas deben dejarse de lado:

- a. La globalización no es un fenómeno moralmente neutral, tampoco es un acontecimiento que se impone a las gentes con la fatalidad de las catástrofes naturales. La economía global es también una economía informacional y por eso en la información también se producen fraudes y engaños. El mercado global no es un mercado

justo, por eso sigue siendo importante el trabajo cotidiano por la justicia.

- b. Más globalización exige más responsabilidad personal, más sociedad civil despierta y más estado justo. El mercado «global» no exime de las responsabilidades sino que las exige. Pero nos sitúa en el amplio terreno de la responsabilidad *social* donde no cabe ni la inocencia ni la ingenuidad. Y ahí está el problema porque no sabemos cómo hincarle el diente de lo «social» a una economía que se legitima moralmente como «economía social de mercado»... ¡Dígame con qué modelo de sociedad trabaja y le diré cómo saldrá de la crisis!

- c. Con crisis y sin crisis las relaciones entre compradores y vendedores siempre serán conflictivas. El Tribunal de las Aguas resuelve los conflictos entre regantes y los tribunales mercantiles regulan las transacciones comerciales convencionales. Ahora bien, ¿quién regula los nuevos productos financieros? ¿quién vigila al vigilante de las transacciones que se realizan en una economía informacional y global? Es interesante comprobar que en tiempos de economía informacional y global la pericia técnica progresa geoméricamente y la pericia moral aritméticamente. Podríamos llamarlo la ley Madoff de la nueva economía o el principio Ninja de la nueva moral económica⁴, ¿vino nuevo en odres viejos? ¿morales de aldea para transacciones de jungla global?



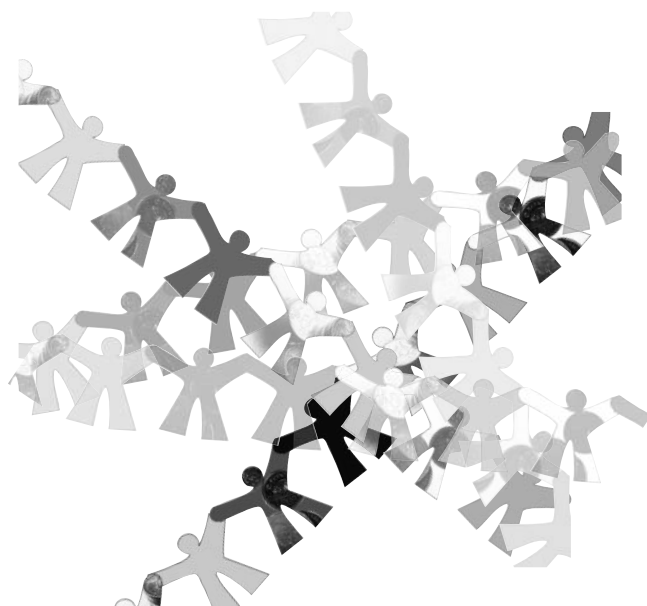
3. «El Derecho a la continuidad», *Las Provincias*, 14.VI.2009. Puede consultarse en nuestro blog: <http://marineroet.blogspot.com>

4. Recuerden que una de las causas de la crisis actual se situó en las hipotecas NINJA, es decir, hipotecas concedidas y gestionadas irresponsablemente a quienes no tenían ingresos con los que afrontarlas: ni renta (No-Income), ni trabajo (No-job), ni ingresos fijos (No-asset).

3. ENTRENARNOS PARA CONSTRUIR FRATERNIDADES

Si queremos sobrevivir a la civilización desquiciada tendremos que empezar renovando las fraternidades que nos alimentan y construyendo algunas nuevas que nos permitan algo más que ir tirando en esta economía informacional. ¿Cómo hacerlo? Pues de una manera muy sencilla:

- a. Sin dejar de lado la prudencia personal. Las fraternidades no son más sólidas cuando las personas o las familias son irresponsables, descuidadas, desmemoriadas y negligentes. Además de la fábula de los tres cerditos, la de la cigarra y la hormiga no vendría mal repasarla.
- b. Revisando nuestra ira hacia los financieros, los gestores económicos y los líderes políticos que han desatado la crisis. Estas figuras sociales han dilapidado el capital confianza que habían depositado en ellos sus vecinos y han comprometido sus ahorros en operaciones económicas o decisiones políticas excesivamente arriesgadas. Si los gestores económicos no han calculado bien los riesgos, tampoco la clase política los está calculando bien cuando está endeudando aceleradamente a los pueblos sin reconocer que han sido negligentes en el control, la regulación y supervisión de las actividades económico-financieras.
- c. Depurando la confianza depositada en cualesquiera de nuestros representantes sociales, económicos y políticos. No se fomenta la confianza transmitiendo el mensaje de que cuando hay beneficios masivos se privatiza la economía pública y cuando hay pérdidas desorbitantes se nacionalizan las empresas.
- d. Pidiendo estabilidad, seriedad y rigor administrativo en las políticas fiscales. No sólo para administrar mejor los recursos públicos sino para no penalizar fiscalmente la ayuda mutua familiar, la educación de los hijos, el cuidado de los mayores o las micro-empresas familiares.
- e. Reclamando información y políticas de transparencia en la gestión, administración y dirección de empresas públicas y Cajas de Ahorro. La responsabilidad social empresarial no puede ser un recurso cosmético, tam-



poco los balances sociales o el maquillaje de cifras en auditorías para recibir mayores plusvalías como directivos ante accionistas. Las entidades de control público y las agencias de riesgos financieros no pueden seguir trabajando de espaldas al sentido común, a la economía real y al bien común.

- f. Trabajando para no vivir con mercados de poca ley. Cuando los mercados no tienen fronteras, las leyes de los estados son insuficientes para promover una verdadera «economía social de mercado». Cuando los estados abusan de las leyes para imponer sus monopolios y establecen trabas administrativas o arancelarias injustas, también resultan insuficientes para que los ciudadanos descubran que las leyes son «justas». El empeño por mercados globales sólo tiene credibilidad cuando nos sometemos a leyes globales. La globalización de los mercados no se podrá reconducir sin la globalización de las instituciones, los valores y la justicia para que también sean «globales». ¿De qué vale una globalización económica si no la hay política, religiosa o cultural?
- g. Por último, las fraternidades posibles no son las fraternidades de política nacional o nacionalista. Aunque los ciudadanos tengan que volver a confiar en sus estados porque buscan apoyo y eso conlleva un rebrotar del nacionalismo, las fraternidades deberían construirse rompiendo la simplificación Estado-Mercado.

Cuando el juicio se limita a estos dos ámbitos se deja de lado el ámbito de las culturas, los valores y el sentido. Y aquí emergen cada día propuestas más revolucionarias basadas en el fortalecimiento de las comunidades de responsabilidad que se generan con la economía de comunión, con la economía del don y con fórmulas emergentes de generar confianza o capital social. Algo que también aparece en algunos programas de microcrédito organizados en términos personalistas y comunitarios⁵.

Estas y otras muchas consideraciones pueden aparecer en el horizonte de una ética social y económica si repasamos la historia de las cajas de ahorro y las cajas populares. El desquiciamiento al que nos referimos no sólo está relacionado con la falta de confianza sino con la falta de memoria. Quizá por ello, una de las primeras, básicas y sencillas recetas para superar esta crisis sea la de recuperar la memoria. □



5. Es importante recordar el papel estructural que tiene una ética de la donación para repensar no sólo las relaciones entre Estado-Mercado, sino para plantear con seriedad y rigor la misma naturaleza del Estado o el mercado. Ahora bien, el desafío más urgente está en el fortalecimiento de una sociedad civil global. En esta clave habría que leer en profundidad la encíclica de Benedicto XVI *Caritas in veritate*, un texto donde explícitamente se afirma «hay que esforzarse incesantemente para favorecer una orientación personalista y comunitaria, abierta a la trascendencia, del proceso de integración planetaria.» Pág. 42.

LA CRISIS, JUICIO DESDE LA ANTROPOLOGÍA

■ **ANTONIO CALVO ORCAL**

Miembro del Instituto E. Mounier, Zaragoza

Hay un hecho, absolutamente escandaloso, en el momento histórico que nos está tocando vivir: el abismo de injusticia, de desigualdad y empobrecimiento en el interior de los países y en el ámbito internacional. Estamos en un momento histórico con posibilidades reales, a pesar del pésimo uso y orientación de nuestras capacidades, de organizar una convivencia con las necesidades personales mínimas cubiertas y, sin embargo, los derechos humanos universales siguen siendo una hermosa cantinela. Nunca hemos vivido en una atmósfera tan podrida por la mentira y la manipulación.

La manipulación se ha convertido en la primera tarea de poder y, al parecer, de gobierno. Es necesaria en una sociedad del conocimiento y de la información en la que sólo es legítimo actuar en nombre de los derechos humanos, de la democracia, de la libertad y del progreso. Cuando no se actúa así, al menos es imprescindible que lo parezca, que la conciencia de los que legitiman con su voto el desorden establecido, esté tranquila.

LA EXPERIENCIA DE SER PERSONA

Sin embargo, la historia de la humanidad no ha caminado en balde. Es cierto, que siempre ha habido bondad y maldad y, probablemente, así seguirá siendo en los claroscuros de la historia. Pero, también es cierto, maravillosa y asombrosamente cierto, que el hombre ha ido cayendo en la cuenta de lo que le humaniza en medio de tanta crueldad, de tanta ignorancia, de tanto dolor. Contra los que sólo fundamentan la ética o el sentido de la vida en la naturaleza o en el hombre, afirmo que no es el hombre el que se ha inventado estas cosas. Él ha sido, por ser el oyente de la Palabra de la vida, el que ha ido descu-

briendo lo que le humaniza, el sentido de la realidad, al mismo tiempo que iba descubriendo su propio ser.

LA IDEA DE REVELACIÓN

La experiencia humana no sólo ha llegado a la convicción de que el amor es la clave de su realidad, también está convencida de que si el amor es clave de su realización, también lo es de su conocimiento. Sólo se entra a la verdad por el amor, él es el intérprete de la realidad y el único camino de realización. El amor no es pensamiento, es acción. Sólo existe amando. Lo que ha descubierto el hombre en su caminar es que la inteligencia es trabajadora, sólo es en la acción, una de cuyas actividades es el pensar, pero el pensar proviene de la vida y a ella debe volver, actuando. Más aún, lo que el hombre ha descubierto en su caminar es que su vida, su proceso de humanización es incesante. Sólo él es capaz de distinguir entre el bien y el mal, y este hecho único le hace responsable de todo y de todos y, al mismo tiempo y siempre, de sí mismo. Nos elegimos en todo lo que hacemos. Vivir humanamente requiere elegir siempre el bien, cuando no lo hacemos, dimitimos de nuestro ser. Nadie ha dicho que la vida personal sea un camino fácil, por el contrario, vivir es trabajar, ejercer, muchas veces contra el viento, la libertad.

Sin embargo, la libertad del hombre es, o mejor, debería ser, una libertad de amor. Nada humaniza si no es amando, tampoco la libertad. Sólo así la vida merece la pena, sólo así puede ser el yugo suave. Si falta el sentido y la alegría no hay energía para el camino del hombre.

Ésta es la asombrosa experiencia que ha ido acumulando el hombre en su proceso de humanización. Las re-

ligiones son las grandes parteras de estas verdades y de un comportamiento acorde con ellas. Las religiones son mediaciones que han hecho posibles experiencias culminantes de lo humano. Pero las religiones no son experiencias extraterrestres. Siempre han sido hombres concretos los que han hablado de Dios. Si sólo Dios puede hablar de sí mismo, lo ha hecho siempre a través de hombres y a través de la experiencia de estos hombres. Por esta razón, la revelación, que es al mismo tiempo de Dios y del hombre, no es asunto de las religiones, sino que importa a todos los hombres. Según creo, constituye un error trágico mantener hoy una **idea de revelación** que separe como un lugar privilegiado y restringido la experiencia religiosa como una experiencia concedida por Dios graciosamente sólo a algunos. El Dios en el que creo no hace distinción de personas y busca la plenificación humana de todos los seres humanos, siempre. No es Dios el que hace distinciones o concede arbitrariamente el don de creer o cualquier otro privilegio. Su ser es Don total, consiste en amar. Las resistencias provienen de la imperfección de la creación y de los comportamientos humanos.

A través de un tumulto de galaxias, de atmósferas irrespirables y de vida, se ha ido abriendo paso, imparable, la constante más poderosa de la realidad, el amor. Ha sido una asombrosa y espléndida agonía la que la ha manifestado y encarnado en nuestra vida, mucho antes de que fuéramos conscientes de un acontecimiento que ha introducido la eternidad en el tiempo. Pero ha venido para quedarse, no podemos vivir sin él. Para el hombre, que se ha descubierto persona, ser, es amar. No hay dos realidades. La capacidad de amar y su radical unión con la razón es la que ha hecho posible que el hombre haya ido cayendo en la cuenta de la existencia de un Dios Amor. Un Dios que no busca que seamos budistas, musulmanes o cristianos, sino que seamos verdaderamente humanos. Ser humano es ser criatura amorosamente creadora, a imagen y semejanza de quien le ha llamado a la vida y le mantiene en ella, el único que puede crear la vida y hacer vivir para siempre.

Todas las experiencias humanas han sido convocadas y necesarias para alumbrar esta verdad. Pero, aunque coinciden en intuiciones de fondo, se han concretado en tradiciones diferentes que nos abren diversos horizontes. Entre esas tradiciones, la cristiana es, a mi modo de ver, la que culmina la revelación acerca de Dios y del hombre. No parece posible concebir una mayor unión entre Dios

y el hombre que la que hace posible el amor entrañable de un ser que sólo consiste en amar y la cálida experiencia de confianza y de gratuidad que comienza a arder en un hombre cuando cae en la cuenta de que sólo se le pide que reconozca este asombroso hecho: que todos los hombres —varones y mujeres— somos hijos.

La experiencia de hijo, padre y hermano es relacional. Comprenderse como hijo es caer en la cuenta de que estamos en nuestro hogar, llamados a la vida por el amor de quien nos hace vivir y nos llama por nuestro nombre. Sólo en este contexto puede surgir afectivamente, con las inmensas consecuencias que tiene este hecho para el proyecto humano, la fraternidad. Sólo cuando un hombre tuvo esta experiencia y dio testimonio de ella, se sentaron las bases en la historia humana para universalizar un amor que estaba apresado en las redes de la naturaleza y en las miserias del hombre.

Es un hecho histórico que la idea de persona se elaboró en la teología cristiana para dar razón de la relación de amor entre las personas divinas. El mundo griego y romano, y cualquier otra cultura, carecía, hasta ese momento, de una herramienta conceptual para hablar del misterio personal de la realidad. Zubiri nos recuerda esta inmensa carencia de la metafísica griega.

Persona pasó a significar en la antropología el ser que puede disponer de sí mismo —*subsistencia*—, para hacerse disponible —*relación*—. No se trata ya de una relación cualquiera, lo que da razón de un hombre es que se trata de un ser, el único, que constituye su ser, a través de la relación de amor con el otro. Tú y yo son contemporáneos en la persona, no se dan aislados, se requieren, para ser y para realizarse.

Ésta es la tradición en la que ha sido posible la universalización de la dignidad de todo hombre, por serlo. Y en la que se han declarado, consecuentemente, los derechos del hombre. En esta tradición, el único proyecto verdaderamente humano que cabe es la fraternidad.

CRISIS DE ESPIRITUALIDAD, CRISIS DE CIVILIZACIÓN

¿Qué ha ocurrido para que hayamos llegado a este abismo de desigualdad, para que hayamos recorrido sendas totalitarias una y otra vez? ¿Dónde ha quedado esa lucidez y esa humildad que se dejó iluminar por el misterio? ¿Qué clase de ceguera es menester aprender para considerar incompatibles la ciencia y la experiencia

del amor? ¿Cuánta razón hay que dejar hecha jirones por el camino para considerar lo más sensato para el hombre la reintegración a la naturaleza?

El análisis de esta pérdida del sentido, la trágica desorientación de la civilización, sobre todo del universo cultural cristiano, no cabe en estas páginas. Pero, hay un hecho escandaloso: en un momento de la historia en que las posibilidades técnicas podrían facilitar una vida digna, es decir, a la altura de su dignidad, a todos los hombres, el empobrecimiento y el abismo de desigualdad es mayor que nunca. Es claro, que una civilización que orienta sus posibilidades construyendo un desorden tan establecido como el que tenemos actualmente en el mundo, es una civilización que debe rehacer sus valores, recuperar los fundamentos de su ser y recrear el mundo desde ellos.

La separación entre razón y fe; el auge de una idea científicista de la vida, que no considera razonable lo que según ella no es ciencia, como si la ciencia pudiera dar razón de toda la realidad personal, cuando ni siquiera puede hacerlo con la realidad material; el haber hundido el nombre de Dios en el lodazal de las disputas entre cristianos, en el absurdo racionalista, y en comportamientos absolutamente reprobables, mostrando que ni siquiera los que confiesan tener experiencia religiosa saben amar. La soberbia y el haber confundido la autonomía con autosuficiencia. Todo ha contribuido a crear el caldo de cultivo en el que ha enraizado la **barbarie** que padecemos. Una barbarie que ha transformado las creencias, los sentimientos y los comportamientos. **La razón** se ha hecho escéptica, relativista, indiferente, nihilista, naturalista, hedonista, pragmato-positivista. **La libertad**, individualista, desvinculada. **La acción** se ha desmembrado en ocio y empleo, a uno se le asigna la diversión y al otro la penosidad, los dos, en su desvarío, cotizan en el mercado de valores. El sentido de la vida, en medio de la impotencia aprendida y de una permanente excitación de los deseos, se apaga poco a poco en las catedrales del consumo, mientras la pobreza crece en la misma puerta. Y Dios, crucificado en los crucificados de la tierra, por toda clase de religiones, del imperio o de los templos, sigue convocando a todos, sin desesperar, sin descanso, sin prisas, encarnado, humilde, en los que aman, desde su eterno trabajo de lavatorio de pies, a que caigamos en la cuenta de que no se puede universalizar el amor sin aupar al pobre y al pecador. Todo poder, nos dice el que todo lo puede, es para servir, porque la clave de la vida es amar.

Así pues, **el punto de apoyo de nuestro juicio es la realidad personal** de todos los seres humanos, cualquiera que sean sus capacidades, e incluso, sus comportamientos individuales. La realidad personal no se gana o se pierde por capacidades o comportamientos. Es un misterio de comunión y de amor creador, no es cuantificable, ni útil, es una realidad espiritual que sólo se manifiesta en la humanidad y que se encarna en cada miembro de esa comunidad de manera única, corpórea, no se puede ver mirándola con ojos positivistas, individualistas, pragmáticos o naturalistas. Sólo la ternura, el respeto, el cuidado y la entrega pueden acoger todo su misterio.

Menos mal, que la ternura, la compasión y la entrega han llegado a ser experiencias inseparables de lo humano; pobres de los pobres, de los débiles, de los desagradables, de los malhechos y de los malhechores, si el ser humano no hubiera caído en la cuenta de que amar es la única manera de realizarnos humanamente y de que siempre consiste en buscar el propio bien en el bien del otro. Vivir humanamente no consiste en otra cosa que en amar siempre al ir viviendo, en todo lo que hacemos. **Para el hombre —varón y mujer— ser es amar.**

Algunos hechos son ineludibles y evidentes: la imposibilidad de llegar a ser sin el otro, la imposibilidad de llegar a ser humano sin el otro, la necesidad de hacer para ser, y la necesidad de amar para ser verdaderamente humano.

No es cierta la autosuficiencia humana, y tampoco es cierto que la reintegración a la naturaleza, que ahora se pretende con tanto afán, nos saque del atolladero de vivir. Si esta realidad en la que hemos surgido a la vida y, además, a una vida consciente, no es creación de amor, una historia misteriosa, pero en su ambigüedad y dureza terrible, una historia de amor, nada tiene sentido. Si la vida no es una historia de amor radical, en la que somos llamados por nuestro nombre a recrear este amor, que es la clave de la entera realidad y de nuestro ser, el mundo nunca será un hogar para el hombre, para todo el hombre y para todos los hombres, trabajaremos siempre en campo ajeno, en el que unos trabajan de trueno y es para otros la llovada.

Ser persona significa, en mínima síntesis, poder disponer de nosotros mismos, para poder hacernos disponibles. Se trata de haber descubierto que sólo la verdad del amar, con todo nuestro ser, nos hace humanos y nos libera de la selva. Porque somos personas y la experiencia del amor constituye la verdadera experiencia de nues-

tro ser, el mundo puede humanizarse con nuestra acción y la convivencia acercarse, en lo posible, a una fraternidad vivida. Nunca ha habido paraísos en la tierra y nunca los habrá, pero el hombre no puede desengancharse de la utopía que se le confirma como la gran verdad, la única verdad, cuando descubre su capacidad de amar y de ser amado. El amor busca lo eterno, manifiesta lo eterno, estamos siempre en camino hacia la eternidad, en el tiempo.

Estas cosas son algunas de las que el hombre, en su corto caminar evolutivo, considera verdaderas, y lo siguen siendo para la gente sencilla y con una inteligencia sana. No se entra a la verdad, sino por el amor, y el amor no es algo de cuento de hadas, se trata de nuestro único camino de realización. Negar la existencia del misterio que se manifiesta en esta realidad personal, en nombre de la pretendida ciencia, y afirmar descaradamente que lo que el hombre puede saber, según la idea que el positivismo se hace del saber, es lo único que hay, es inaceptable, por falso, reduccionista y contradictorio.

Por eso, **todas las crisis del hombre son espirituales**. Nuestra espiritualidad nos descubre la profunda unidad de todo lo que existe con el Creador y, en consecuencia, entre todos nosotros. Nuestra realidad espiritual es la que nos hizo decir «Padre», en una cultura mediterránea de hace dos mil años y sacar las consecuencias de esa filiación: la fraternidad, en el mundo y para siempre. Sólo amando, hasta dar la vida por los otros, nos comportamos como lo que somos. Más aún, si no amamos a nuestros enemigos, no podemos llamarnos verdaderamente hijos de este amor. Por eso, en esta tradición y en las circunstancias de la historia, **la santidad es la única política válida**. Esto es así porque el caminar del hombre en la historia siempre es de cruz y resurrección, sin ilusiones, aunque nunca pierda la esperanza. Nunca ha habido paraíso y nunca lo habrá en la historia. La impaciencia de los poderosos de cualquier signo siempre ha acabado en totalitarismos.

SÓLO HAY UNA REALIDAD

El mundo que corresponde a un ser personal es el reino del amor. Estoy convencido de que, así como pasó la idea de persona a la antropología, debe pasar el concepto de **Reino de Dios**. La persona está hecha para vivir en el amor, sólo un proyecto de fraternidad está ajustado a su

ser y a su realización, y es claro que un proyecto así no es sólo para los que creen en un determinado dios, sino para cualquier persona. Creyentes en Dios o en sí mismos, no pueden eludir el amor para realizarse. Esta es la razón de que se viva a Dios antes de reconocerle. A Dios se le proclama en cada acto de amor y, a veces, la historia personal hace posible afirmar su existencia con la palabra.

La existencia de un Dios Amor es lo más razonable para un hombre cuyo ser, sentido y fundamento depende del amor con el que es querido y con el que quiere.

Creo que éste es el lugar de encuentro de todas las religiones y de todos los hombres de buena voluntad y respetuosos con los hechos que descubre su inteligencia. En nombre de Dios y del hombre sólo se debe amar.

Desde esta antropología mínima, pero suficiente, **el juicio que es necesario** hacer a esta crisis es, en resumen, el siguiente:

1. Se trata de la manifestación, una más, de una crisis de civilización, que manifiesta a su vez, una crisis profunda de espiritualidad.
2. Forma parte de una estrategia de dominio del hombre por el hombre, que da la espalda a la experiencia más honda del ser humano, la de ser personas.
3. Es, por lo tanto, una cruel manipulación de las conciencias pretender hacer creer que ha consistido sólo en una mala práctica financiera de algunos irresponsables que se han pasado de avaricia o de ignorancia.
4. La realidad es mucho más cruel y compleja. Se trata de una forma de vivir y de sentir, de planificar minuciosa y fríamente la existencia con el fin de tener y de seguir teniendo controlados todos los registros de poder.
5. El afán de poder sin la orientación de servir a las personas concretas y al proceso de humanización, que sólo puede ser de fraternidad, ha pervertido la civilización y las instituciones que podrían llevar a cabo ese proceso.

Ante este desorden establecido y que, por medio de crisis como ésta, trata de establecerse mucho más poderosamente, sin detenerse ante el sufrimiento y las muertes que causa, sólo hay una política válida: **la santidad**. Sin mística en política no es posible oponer resistencia a esta barbarie. Es menester recrearlo todo. Persona y amor deberían decir lo mismo. □

LA DIMENSIÓN AMBIENTAL EN LA CRISIS ECONÓMICA Y EL DECRECIMIENTO COMO ALTERNATIVA

▣ JUAN RAMÓN CALO

Miembro del Instituto E. Mounier

La reciente crisis económica-financiera ha dejado entrever la debilidad del sistema económico capitalista sobre el cual se han construido las sociedades modernas, al manifestarse la existencia de otras múltiples crisis (social, alimentaria, ecológica, energética, de los cuidados, etc.), además de la primera. Sin embargo, si hay una crisis que debemos tener especialmente en cuenta esa es la crisis ecológica, en la medida en que si la base material del mantenimiento de la vida humana sobre la tierra no es sostenible, parece bastante evidente que tampoco lo será el tipo de civilización causante de dicha insostenibilidad. Partiendo desde esta perspectiva podremos además aproximarnos a entender algunos de los elementos que permiten o promueven el desenlace de las otras muchas crisis. Así mismo, daremos algunas pinceladas acerca de un concepto o eslogan que cada vez está adquiriendo más fuerza en el seno de los movimientos sociales y que podría ser la semilla de un nuevo paradigma que resulta cada vez más necesario: el decrecimiento.

Las alertas sobre la crisis ecológica tienen su origen en los años sesenta y setenta. Fue por entonces cuando se publicó el conocido informe acerca *Los límites del crecimiento*, que fue encargado por el Club de Roma a un grupo de investigadores del MIT (Massachusetts Institute of Technology). Este informe alertaba sobre la imposibilidad de que la humanidad siguiera manteniendo un crecimiento exponencial de la población, la industrialización, la producción de medios de subsistencia, la contaminación y uso de recursos naturales. Una metáfora a la que se suele recurrir para explicar el crecimiento exponencial es la metáfora del nenúfar. Se trata de una persona que vive al lado de un lago junto al cual suele pasear a diario. Un día observa que ha creci-



do un nenúfar en uno de los extremos del lago. Al día siguiente son dos los nenúfares, cuatro al tercero, ocho al cuarto día, y así sucesivamente... Un día el paseante se sorprende de ver que los nenúfares han llegado a ocupar la mitad del lago, pero no se preocupa demasiado puesto que imagina que todavía tardarán un tiempo en llegar a cubrir todo el lago. La pregunta que cabe hacer aquí es: si el lago se llena el día 30, ¿cuándo llega el paseante a verlo lleno hasta la mitad de nenúfares? La respuesta es el día 29. Esta metáfora trata simplemente de señalar en qué consiste el crecimiento exponencial y lo engañoso que puede llegar a ser.

El crecimiento exponencial se refiere por tanto al hecho de que cualquier cosa que crezca de forma continua en el tiempo siempre acabará duplicándose al cabo de un tiempo. Sin embargo suele utilizarse como dato el porcentaje al cual lo que estemos estudiando está creciendo, a pesar de que se entienda mejor el crecimiento de algo de forma continuada cuando se sabe cuándo se va a duplicar, más que cuando se sabe su tasa de crecimiento. Así, por ejemplo, solemos oír hablar de la tasa a la que está creciendo el Producto Interior Bruto (PIB). Imaginemos que nos dicen que la economía del país X (su PIB) está creciendo al 3 por ciento al año: esto significa que el tamaño de su economía, si mantiene este nivel de crecimiento de forma constante, será el doble dentro de 23 años. Sin embargo, si existe un referente del progreso en nuestras sociedades, dominadas por el economicismo, este es el Producto Interior Bruto (PIB), el cual mide la cantidad de bienes y servicios que se producen a lo largo de un año, lo cual a su vez es un indicador de las riquezas (o rentas) que se generan en dicho territorio. Sin embargo, aparte del hecho de que este indicador no refleja cómo se distribuyen dichas riquezas, el PIB no refleja los cos-

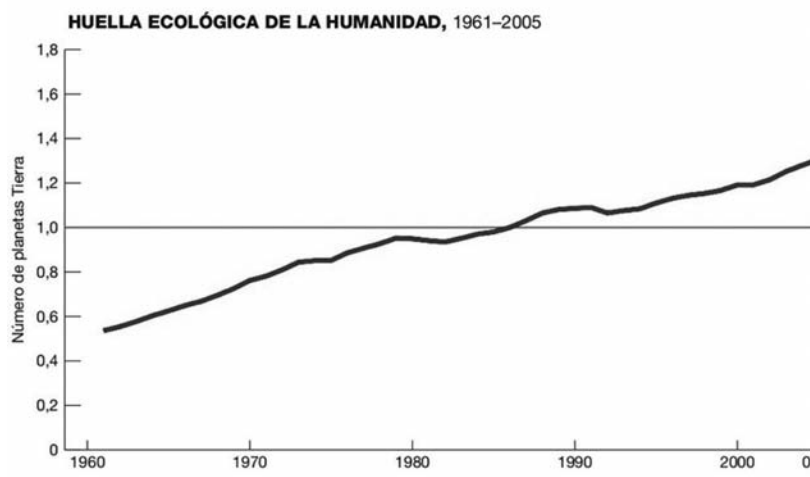


Gráfico Huella Ecológica de la Humanidad:

tes del crecimiento: en realidad muchos de estos costes contribuyen positivamente al indicador. La destrucción de riqueza natural, por ejemplo la tala de un bosque para obtener madera, suma al PIB por valor de su producción en madera y, sin embargo, no resta por la pérdida de riqueza natural. Otros muchos «males» contribuyen al PIB haciéndole crecer: los gastos médicos derivados de las enfermedades respiratorias que genera la contaminación, los accidentes de tráfico, la producción armamentística o incluso el más evidente de los males, la muerte de un individuo. Sin embargo el problema no es solo que el PIB agregue de forma positiva algunos «males» sino que además no tiene en cuenta muchos «bienes» por no estar mercantilizados: el ocio, la amistad o el amor; bienes y servicios convivenciales que son precisamente los que más contribuyen al bienestar de las personas, una vez se han cubierto unos mínimos materiales.

Con todo, el PIB es uno de los indicadores que no ha dejado de crecer en las últimas tres décadas, y cuando deja de hacerlo, como con la crisis actual, las consecuencias son aparentemente desastrosas y suena la alarma, puesto que donde más suele redundar es en el aumento del desempleo. Así pues, el sistema económico capitalista es completamente dependiente del crecimiento económico, que se nos presenta como la medicina que todo lo cura: el paro, el déficit fiscal, la pobreza y el hambre; pero ¿no es en realidad el crecimiento ilimitado lo que nos ha hecho enfermar hasta llevarnos al punto en el que estamos?

¿En qué punto estamos? ¿En qué elementos puede verse la crisis ecológica? Fundamentalmente dos: el

cambio climático y el déficit ecológico global. El crecimiento económico que se ha dado desde el principio de la era industrial, especialmente desde mediados del siglo xx, ha corrido paralelamente al hecho de que los seres humanos hemos alterado la estructura y el funcionamiento de los ecosistemas del mundo de manera más rápida y generalizada que en ningún otro periodo de la historia de la humanidad. Una de las múltiples consecuencias ambientales de esta realidad es el cambio climático, el cual, según el último informe realizado por Panel Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático (IPCC) de Naciones Unidas, es ya una realidad insoslayable. La causa principal es bien conocida: la emisión de gases de efecto invernadero (GEI) derivada de diversas actividades entre las cuales cabe destacar el uso de combustibles fósiles (carbón, petróleo, gas natural). El IPCC señala que para evitar que el cambio climático pueda llegar a generar consecuencias desastrosas para la humanidad, los países industrializados tendrían que reducir sus emisiones de GEI entre un 80% y un 95% de aquí a 2050, una meta bastante inalcanzable teniendo en cuenta la dinámica actual, pues el crecimiento de las emisiones de CO₂ ha sido casi paralelo al crecimiento económico del último siglo. Sin embargo, hoy estamos pudiendo comprobar cómo, con la crisis económica y la reducción de la producción y el consumo, estas emisiones se han reducido de forma notable...

Por otra parte, cuando hablamos de déficit ecológico global nos referimos a la diferencia entre huella ecológica de la humanidad y capacidad biológica o biocapacidad del planeta. La Huella Ecológica puede definirse, a

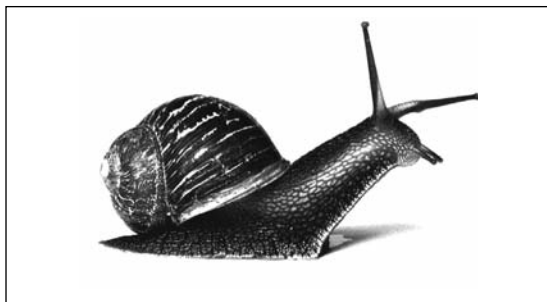
nivel global, como «la demanda de la humanidad sobre la biosfera en términos del área de tierra y mar biológicamente productiva requerida para proporcionar los recursos que utilizamos y para absorber nuestros desechos»¹, pudiendo aplicarse esta definición a niveles regionales, locales, individuales, etc. Ésta se mide en hectáreas, o también hectáreas globales (en el sentido de hectáreas de espacio bioproductivo global) cuando hablamos de Huella Ecológica por persona. El equivalente en términos de oferta sería el área bioproductiva total del espacio estudiado, también conocido como *biocapacidad*. Según los últimos datos de Huella Ecológica global publicados por el *Informe Planeta Vivo 2008* (WWF, 2008), con fecha de 2005, la humanidad está ya tomando los recursos del planeta a un ritmo mayor al que estos se renuevan, puesto que dicha Huella Ecológica fue de 17.500 millones de hectáreas globales (hag), es decir 2,7 hag por persona (teniendo en cuenta la población mundial en 2005), mientras que la biocapacidad del planeta se calculaba en 13.600 millones de hag, esto es 2,1 hag por persona. Por lo tanto, volviendo a la metáfora del nenúfar, hoy estaríamos en el día treinta y uno... ¿Qué significa esto? Pues simplemente que estamos utilizando los recursos naturales a un ritmo mayor que el que se nos ofrece por parte de la naturaleza. Es como gastar más dinero del que se tiene, sólo que aquí la deuda (el déficit ecológico global) no se puede saldar, el embargo, por así decirlo, es automático: se paga en especie (nunca mejor dicho). Nuestras sociedades industriales están ya chocando de frente contra los límites biofísicos de nuestro planeta. Evidentemente el choque tampoco es uniforme: los países industrializados, desarrollados, ricos, o como se les quiera llamar, tienen una huella ecológica media por persona que supera con creces la biocapacidad media por persona a nivel global, mientras que en los demás países, generalmente del Sur, sus huellas ni siquiera han alcanzado dicha biocapacidad en la gran mayoría de los casos. Así pues, si todo el mundo viviera como un español medio, se necesitaría un poco más de dos planetas y medio, y si fuera como un estadounidense medio, ¡necesitaríamos cuatro planetas y medio! Parece claro que nuestro nivel

de vida no es generalizable a todas las personas que viven en el planeta.

Es normal que ante esta problemática muchos se pregunten acerca de si el crecimiento económico no nos ha permitido por otra parte desarrollar mejores tecnologías que nos permitan reducir la contaminación y hacer un uso más eficiente de los recursos. Este es de hecho el argumento fundamental de la economía convencional. Efectivamente, el crecimiento económico ha permitido que se desarrollen tecnologías mucho más limpias que las que utilizábamos anteriormente, generándose así una mayor eco-eficiencia en los procesos productivos. Sin embargo, si observamos la realidad en términos absolutos, veremos rápidamente que para muchos contaminantes, como el CO₂, por mucho que se reduzca la emisión por unidad de PIB, las emisiones totales, así como sus concentraciones en la atmósfera no dejan de crecer. Este efecto, conocido como *efecto rebote* o *paradoja de Jevons*, según el cual la eficiencia en el uso de un recurso genera un incremento mayor del uso del mismo, se viene analizando desde comienzos de la revolución industrial. El *efecto rebote* fue descrito por W. S. Jevons, que estudió, a mediados del siglo XIX, cómo las diferentes innovaciones en las máquinas de vapor permitían un uso cada vez más eficiente de ellas, a la vez que el consumo total de carbón aumentaba de forma exponencial. Este efecto puede aplicarse igualmente a la menor contaminación generada por cada unidad de producto. En este sentido, resulta interesante el ejemplo que Riechmann rescata de Lester Brown y otros (1992). «Como la historia de los dos decenios pasados prueba elocuentemente, señala, de nada sirve mejorar la eficiencia energética o el ahorro de materiales un 1% o un 2% anual, si el objetivo económico sigue siendo crecer un 3 ó 4% anual: el impacto devastador sobre la biosfera seguirá aumentando. Por ejemplo, no servirá de nada reducir a la mitad las emisiones contaminantes de cada automóvil individual si al mismo tiempo se duplica la distancia total recorrida por estos vehículos: esto es precisamente lo que ha sucedido en EEUU entre 1965 y 1990, y el ejemplo parece paradigmático»².

1. WWF, 2008. *Informe Planeta Vivo 2008*. WWF Internacional.

2. Riechmann, J. (coord.), 1998. *Necesitar, desear, vivir. Sobre necesidades, desarrollo humano, crecimiento económico y sustentabilidad*. Ed. Los Libros de la Catarata, Madrid.



«El caracol construye la delicada arquitectura de su concha añadiendo una tras otra las espiras cada vez más amplias; después cesa bruscamente y comienza a enroscarse esta vez en decrecimiento, ya que una sola espira más daría a la concha una dimensión 16 veces más grande, lo que en lugar de contribuir al bienestar del animal, lo sobrecargaría». IVAN ILLICH

Otra forma un poco menos sutil de resolver los problemas de contaminación que han permitido las tecnologías, sobre todo del transporte, ha sido el desplazamiento de buena parte de las emisiones contaminantes a países periféricos a los cuales se deslocalizan las primeras fases de la producción. Estas últimas, son, además de

las más contaminantes, las que menos valor añadido generan, y por tanto las menos remuneradas. Esto permite vislumbrar algunas de las causas de las desigualdades Norte-Sur.

En definitiva, siempre se suele decir que la fe mueve montañas: pues eso viene a ser un poco lo que ha ocurrido con la tecnología. La fe en que con el progreso tecnológico resolveremos todos nuestros problemas es precisamente el motivo de que no actuemos yendo a la raíz de los problemas. Lo opuesto es precisamente lo que se pretende hacer desde el incipiente movimiento por el decrecimiento.

El decrecimiento constituye un ariete contra la idea mitológica del crecimiento ilimitado vigente en nuestra sociedad y que no ha hecho más que agravar las desigualdades sociales y el deterioro ecológico a nivel global. En un medio finito como es la Tierra nada puede crecer materialmente de forma indefinida. Sin embargo, la necesidad de crecer siempre es consustancial al capitalismo, que opta por una huída hacia delante, por lo tanto, la propia idea de capitalismo verde es una falacia. ¿Es el decrecimiento entonces un movimiento anticapitalista revolucionario? En la medida en que por ello entendamos el hecho de defender la necesidad de una transformación radical de nuestra sociedad y una ruptura con las estructuras establecidas, sí. Pero podríamos decir que se trata también de un movimiento de gentes tranquilas que de forma pacífica manifiestan una necesidad de que su felicidad no se reduzca a valores materiales.

No obstante, el decrecimiento no se propone como una receta ni se plantea como una doctrina cerrada, más bien aspira a la confluencia de diversas tradiciones de transformación radical del sistema. El esquema de transición decrecentista se ubica en tres esferas: individual, colectiva y cambio político. En lo que a la persona

se refiere, ideas como la simplicidad voluntaria, la autoproducción o la reducción de la dependencia del mercado son elementos esenciales y que se oponen frontalmente a la sociedad de consumo. Como seres sociales que somos, lo individual no puede disociarse de lo colectivo, en donde la autogestión y la autoorganización

resultan fundamentales en el planteamiento de iniciativas alternativas como son las cooperativas de producción, las de consumo o los sistemas de intercambio no mercantil.

Pero si todo ello no es acompañado por un cambio político, toda iniciativa, individual o colectiva, será marginal y abocada a desaparecer. Cabe por tanto rescatar y reivindicar múltiples propuestas políticas formuladas desde diversos ámbitos: reducción y reparto del tiempo de trabajo; redistribución de las riquezas (política de salarios máximos, renta básica); banca pública; información real a los ciudadanos acerca de niveles de contaminación y sus consecuencias; cambio de indicadores como el PIB por otros que reflejen más la calidad de vida y el bienestar social que la riqueza material; incremento de la participación colectiva en la toma de decisiones desde lo local; limitación de la publicidad; relocalización de la producción (limitar el comercio a larga distancia) y retoma de la agroecología (frente a la dependencia del petróleo); rediseño de las ciudades conforme a criterios de sostenibilidad medioambiental, en especial en movilidad; fomento de tecnologías limpias y energías renovables; fomento de la prevención frente a la reparación; reconversión de los sectores más contaminantes (aumento de la industria del reciclaje, aprovechar la industria del automóvil para fabricar sistemas de cogeneración eléctrica, sustitución de la construcción por la reforma y el mantenimiento inmobiliario, eliminación del uso de sustancias tóxicas en la industria química a favor de la química verde). Todo hacia la deshabituación del consumo mediante políticas de gestión de la demanda, incentivos al ahorro, y penalización de la publicidad y el despilfarro. En definitiva: el decrecimiento no significa recesión ni regresión, sino construir entre todos y todas una sociedad más equitativa y socialmente sostenible. □

CRECER EN HUMANIDAD

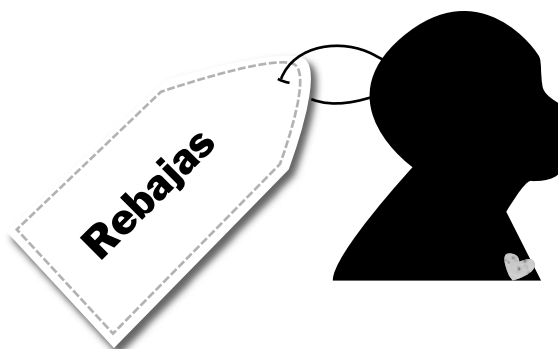
■ CARLOS DÍAZ
Catedrático de Filosofía

ESTAMOS CONTRA LAS REBAJAS DE LAS REBAJAS

¿Dónde aprender hoy los *studia humanitatis*, los *studia humaniora* que en el siglo xv eran los de jurista, canonista, moralista y artista? ¿En los estudios grecolatinos que hacían a la persona depender de la naturaleza y carecer de libertad? ¿O en los estudios latinos, donde la persona dependía de las leyes jurídicas y cortesanas?

¿Y qué decir del antihumanismo actual presente en las Facultades de Economía, de Derecho, de Medicina, e incluso de Filosofía? ¿En qué Escuela matricularse para crecer en humanidad, y no solamente en currículos, en títulos y en canciones ordálicas como el *Gaudeamus igitur*, alegrémonos por ser jóvenes cerdos del rebaño de Epicuro? ¿Y en qué parte del mundo, en Europa, Japón, Estados Unidos, Canadá, sedes de toda inhumanidad y motores de más hambre que alimentos? ¿Y en qué religión, en la cristiana tan contaminada por el mundo burgués, donde el sacerdote se metió primero a cura obrero, luego a sociólogo (para reflexionar sobre el trabajo sin trabajar), luego psicólogo (para reflexionar sobre la mente del de-mente que no trabaja), y finalmente sexólogo para desculpabilizar alegremente lo que otrora fuese considerado el mayor pecado, el del sexto? En nada refleja esta metamorfosis el *cristismo* de los seguidores de Cristo, tan sólo el cristianismo de una cristiandad decadente. Rebajas y más rebajas, pasen y vean la crisis desnuda.

Y, como las rebajas nunca vienen solas, de la filosofía del *hombre blanco* se ha ido a la *sabiduría amarilla*, o sea, a las ciencias blandas, hacia la nube del no-saber —aunque también se vende en los escaparates de la *City* londinense—, con el consiguiente ingreso en nómina de los apenadores, los mastines y los rabadanés.



CONTRA LA REBAJA DEL NIHILISMO

La gente decide quedarse a medio construir. Aunque no sepan lo que es, practica esa forma de sabiduría demoníaca, especializada en negar y volver a negar siempre, a la que se llama *deconstruccionismo* que anhela hacernos creer que el inconsciente oculta, que lo prerreflexivo es anterior a lo reflexivo, que el yo debe ser buscado en los estadios irreflexivos de la conciencia, los cuales son un nido de piojos donde campan a sus anchas el sexo y la noche. ¿Y cómo va a cantar la humanidad de cada persona humana el inmundo que tiene la boca llena de inmundicias? Nietzsche así viene a confirmarlo en *El filósofo y su sombra*: «El alma debe disponer también de cloacas donde verter sus basuras. Para este fin pueden servir muchas cosas: personas, relaciones, clases sociales, tal vez la patria e incluso el mundo y, por último, para los más orgullosos, el buen Dios». Es el acusativo, con su *lógica del mal*: soy odiado, luego existo. Atención a esta que podríamos denominar *fábula de inhumanidad*: un ventrudo sapo graznaba en su pantano cuando vio resplandecer a una luciérnaga y pensó que ningún ser tenía derecho a lucir cualidades que él mismo jamás poseería. Mortificado y congestionado por su propia envidia, el sapo saltó hasta ella y la cubrió con su frío vientre. La inocente luciérnaga osó preguntarle: «¿Por qué me tapas?» Y el sapo devolvió esa pregunta con otra: «¿Por qué brillas?». El nihilismo es fundamentalmente envidioso, pues no soporta la excelencia del otro, es «un zopenco de marca mayor, un zoquete sin más inteligencia que su caballo, suponiendo que lo tenga y lo monte, porque esos caballeros no suelen ser caballos, precisamente, lo que montan. En cambio, en el sentido quijotesco, en el noble, en el puro, hay caballeros que jamás han montado a caballo, o que montan en burra. En bu-

rra, como montó el Divino Maestro antes de su pasión en Jerusalén»¹.

La persona, escribía Sören Kierkegaard, es una síntesis de finito e infinito, por lo que estar privado de lo infinito, o de lo finito, disminuye desesperadamente: la desesperación se define por la ausencia de esa síntesis. Cuánta razón tenía el genial precursor Kierkegaard cuando alertó sobre las dos formas posibles de *desesperación*, la de no querer ser uno mismo y la voluntad desesperada de ser uno mismo, la impotencia del yo para alcanzar por las solas fuerzas el equilibrio y el reposo, o sea, la infinitización del yo².

CONTRA LA REBAJA DEL CONFORMISMO

¡Hombre mediocre tampoco tú buscarás humanidad! El hombre mediocre es investigador, pero no se atreve a investigar cual verdadero investigador afrontando lo desconocido y abrazándolo cuando es mejor que lo ya habido. Se asemeja al fraile a quien siempre le sobraba bollo para el chocolate, o chocolate para el bollo, y los engullía sin parar. El mediocre renuncia a crecer derecho y a sacar fruto a sus talentos; se limita a cumplir las leyes por temor a las penas; desaparece entre los engranajes de la rutina; del casticismo sólo le importa la casta, y no aquello que aquel tiene de universal y eterno; es *buen-*

cito, con ese *buenismo* que no es sino la moral de los cobardes «pequeños virtuosos», apoteósicos *tontos buenos*, monótonos semimuertos, «donde el hábito de los sonsonetes de tonadilla y los versos metronómicos de tantán congolés ha hecho perder el sentido del ritmo»³. El rebaño ofrece infinitas posibilidades al alma de siervo, mejor para Hitler. Masa rebañega, se ha tomado demasiado al pie de la letra el *no es bueno que el hombre esté solo*, y «llaman *sensatos* a quienes suscriben mansamente los errores consagrados, y *conciliadores* a quienes renuncian a tener creencias propias»⁴. Carteristas del metro y aspirantes a cualquier cartera de ministro se saben de memoria esta cuarteta: «Procure siempre acertarla/ el honrado y principal/ pero si la acierta mal/ defenderla y no enmendarla». Si por algo se caracteriza la persona mediocre es por su especial inautenticidad⁵.

En la *Parábola de Buda* escrita por Bertolt Brecht queda magistralmente denunciado: «Mientras el fuego le chamuscaba las cejas, uno me preguntó qué tiempo hacía afuera, si hacía viento... Sin responderle, volví a salir: 'Esta gente, me dije, tiene que arder antes de que acabe con sus preguntas'. La persona mediocre está atrapada entre el malquerer de su abulia (mero desear — *epithymía*— sin atreverse a querer, mero querer sin atreverse a amar), de su anorexia, de su vida vegetalizada, *vinta dallo stomaco* y ganada por *la pereza*, por eso rechaza incluso el Jardín del Edén si tiene que labrarlo y re-

1. Unamuno, M. de: *Recuerdos e intimidaciones*. Ed. Giner, Madrid, 1975, pp. 528-529.

2. Siendo también la persona *síntesis consciente de posibilidad y de necesidad*, si se pierde —es decir, *si se desespera— en lo posible*, es «como aquel caballero que de pronto ve un pájaro raro y se empecina en seguirlo habiendo creído en un primer momento que estaba a punto de cazarlo, pero a quien el pájaro se le escapa siempre, hasta que cae la noche y el caballero, lejos de los suyos, ignora su camino en la soledad, algo propio de lo posible del deseo» (Kierkegaard, S: *Tratado de la desesperación*. Ed. Gradifeo, Buenos Aires, 2007, p. 48). *Pero también puede perderse (desesperarse) en la necesidad carente de lo posible*: «Carecer de posible significa que todo se nos ha vuelto necesidad o trivialidad» (Ibi, p.50). Por eso, «un posible, y nuestro desesperado recupera el aliento, revive; y todo es posible para Dios. Y este es el movimiento dialéctico de la fe» (Ibidem).

3. Unamuno, M. de: *Recuerdos e intimidaciones*. Ed. Giner, Madrid, 1975, p. 349.

4. Ingenieros, J: *El hombre mediocre*. Ed. Época, México, 1967, p. 167.

5. Algo que, sin embargo, con su neurosis hiperbólica presenta así: «Estaba yo hace pocos años en Barcelona y fui a visitar al Manicomio de Las Corts en Sarriá... Mientras le recorría con el doctor Coroleu, díjome éste que uno de los reclusos, sabedor de que yo pasaba por allí de visita, había manifestado deseos de conocerme y saludarme: 'Es perfectamente tranquilo y muy razonable', me dijo el doctor Coroleu. Al poco llamó a un joven muy bien portado y me presentó a él. El joven recluso me preguntó: '¿El señor don Miguel de Unamuno?' 'El mismo', respondí; y él entonces: '¿Pero el auténtico, el de verdad, y no el que viene retratado en los papeles?' 'El auténtico', contesté sin pararme a pensar la respuesta, porque si la pienso... ¡Gracias!', añadió, y sin más decime alejose... ¿Por qué le contesté que sí, que yo era el auténtico Unamuno? ¿Estaba yo mismo seguro de ello? ¿No será el auténtico el otro, el que viene de vez en cuando retratado en los papeles? Eso del retrato es una traducción; pero ¿es que yo no me traduzco a mí mismo? ¿Mi Unamuno, el mío, será el auténtico?» (Unamuno, M. de: *Recuerdos e intimidaciones* Ed. Giner, Madrid, 1975, pp. 534-535). De esta teatralidad del yo añade: «Cada uno de nosotros llevamos al comediante dentro de sí, y ¡ay de quien tiene que ahogarlo por falta de público y de escenario! O, en todo caso, representará para sí mismo. ¿No te has sorprendido nunca a solas haciendo la comedia para ti mismo?» (Ibi, p. 339). Quizá también por eso escribiera Manuel Machado: «El pueblo es una cosa respetable. El vulgo es una cosa detestable. El público es una cosa detestable»).

garlo con el sudor de su frente, y es desgraciada: «Desgraciado aquel que no sabe sacrificar un día de placer a los deberes de la humanidad» (Rousseau), aquel que ignora que el colmo de la sabiduría es aprender a ayunar.

CONTRA LA REBAJA DEL ROBO A VIUDAS, HUÉRFANOS Y EXTRANJEROS

Hoy se cree que podemos ser felices sin ser justos, y pocos se preguntan si son dignos de felicidad los malvados. ¿Acaso no estamos aceptando que la medida de humanidad es el producto interior bruto, la media *per capita*? Quien roba a las viudas y a los huérfanos es una «criatura monstruosa con pico de águila, garras de tigre, dientes de hiena y colmillo de víbora» (Khalil Gibran). Aunque la gente habla de las plagas y de la gripe mortal estremeciéndose de miedo, cuando se refiere a gentes como el reverendísimo Obama agraciado con el Premio Nóbel de la Paz, cae en éxtasis religioso, olvidando que temer al diablo no es dudar de Dios, sino una acción ética. ¡Qué terrible es el afecto de quien pone un ladrillo en una parte del edificio y destruye una pared del otro lado! ¡Y qué triste es que cortes tus alas con tus propias manos y que, en vez de luchar, tu espíritu sufra arrastrándose por el suelo como un gusano! La voracidad compulsiva del yo monstruoso es un espejo que refleja al yo interior tratando de suicidarse mientras se come a sus hijos. ¡Y yo mismo qué lejos me siento de ellos cuando estoy junto a ellos, pero qué cerca cuando estoy distante! A veces pienso que aún no he descubierto a una criatura monstruosa cuyas raíces no se hundan en las mías...

CONTRA LA REBAJA DE LA DEGRADACIÓN DE LA ONTOLOGÍA DE LA PERSONA

Molesta ser persona, se nos quiere animales venidos al mundo como producto del azar y de la necesidad genética, sin por qué ni para qué. Esta genética es incompatible con la dignidad humana y su única propuesta consiste en conservar la bestia genética en su máximo esplendor, el Proyecto Gran Simio. Así que sólo podría salvaguardar nuestra existencia un Estado que a su vez fuera el monopolio de la violencia. Arte, religión y filosofía, lejos de constituir la gloria del Estado, serían sus aberrantes fulguraciones. Y ahora el famoso progreso que iba a



alumbrar el Estado ilustrado lo constituye la evolución hacia el Gran Simio. ¿La meta? Sustituir la «humanidad» abstracta por el gozo. Ni huella de aquel Aristóteles para quien «al elegir una vida adecuada al ganado, la mayoría se muestra totalmente abyecta».

NO SÓLO CONTRA. TAMBIÉN A FAVOR DE: VIVIR PERSONALMENTE, ACTUAR LOCALMENTE Y PENSAR GLOBALMENTE. CON LOS NECESITADOS. DESDE ABAJO. FRENTE A LO INJUSTO. CON RESISTENCIA PACÍFICA

Viviendo con sobriedad y trasvasando los bienes excedentarios

Reduzcamos desde ahora de forma drástica el consumo en un 3% (mínimo) y trasvasémoslo al Sur; nada lograremos sin una cultura de la austeridad, sin cambiar nuestra mentalidad respecto al uso de los bienes y de los recursos. Cuantos más bienes trasvasados, tanto mejor. Con los empobrecidos, contra la pobreza. La justicia es una virtud que puede medirse en calorías. Lo que en el mundo opulento se llama renta per capita no es precisamente virtud per capita, sino ingesta per capita de las calorías de los pobres. Llamémoslo pauperofagia. Los empobrecidos lo saben, porque una cosa es ser pobre y otra muy distinta tener un coeficiente mental bajo, y por eso son los que más agradecen su labor a quienes luchan por la justicia; en todo caso, son los que te dan infinitamente más de lo que tú puedas pensar en darles. Ciertos papás creen que, por el mero tocar pobre, sus hijos van a morir, así que los sobreprotegen con guaruras y miedos.

Sin embargo, el mejor regalo que pueden darles a sus hijos es ayudarles a descubrir el rostro de la viuda, del huérfano y del extranjero.

Colaborando en las acciones organizativas ordenadas a salvaguardar la naturaleza

Boicoteando todos los productos que atenten en su proceso de producción y en su publicidad contra la dignidad del ser humano y de la naturaleza. Deja además limpio lo que encuentres sucio, y no a la inversa. Recoge las cáscaras de plátano en el suelo y deposítalas en la próxima papelera. Quien ha hecho esta operación cincuenta veces termina convirtiéndose en un buen ciudadano.

Luchando contra el hambre y contra todo lo que mata. ¡Ayunando de lo superficial!

Cloacas sin tapadera, señalizaciones equívocas, mil peligros siguen ahí por tiempo, causando incluso víctimas. La gente procura sortearlos ellos mismos y en todo caso alertar a sus amigos, pero ¿por qué no avisar también a la policía, al ayuntamiento, a los bomberos y evitar el peligro a los demás como si del tuyo propio se tratase?



Ayudando a reconstruir la identidad reflexiva

No basta con hacer la buena obra del día o de la semana y luego a casita que llueve; hay que estudiar con seriedad cuáles son los mecanismos estructurales que hacen sufrir a las tres cuartas partes de la humanidad, para cuya restauración en la raíz no bastan soluciones parciales. Es duro, y cuando uno se unce al arado recuerda aquella respuesta de Bernard Shaw en una horrenda fiesta en la cual alguien le preguntó si se divertía: «Es lo único que puedo hacer aquí». □